

NUNCA FUIMOS A
KATMANDÚ

Lola Mariné



viceversa novela

A Laura le cuesta despertarse los domingos, y ahora todav_a mßs. Acaba de cumplir cincuenta años y su vida transcurre demasiado tranquila desde su separaci_n. Elena es su mßs _ntima amiga desde la infancia y su contrapunto: mujer fuerte y vehemente, se pone el mundo por montera. Gloria no tiene nada en com_n con ninguna de las dos: es superficial y esclava de las apariencias. Tambi_n Teresa, una mujer humilde y trabajadora dispuesta a todo para hacer realidad el sue±o de su hija, y Ruth, una jovencita idealista y rebelde, forman parte de este mosaico de mujeres que viven y trabajan en Barcelona. Cada una de ellas cuenta con una historia propia y una singular forma de comprender la vida y de disfrutarla. Pero sus caminos se han cruzado y entre ellas surge una profunda complicidad que las ayudarß a enfrentarse a sus propios miedos, a sus problemas,à y a compartir experiencias inolvidables. Una historia fresca y actual protagonizada por mujeres que se enfrentan a sus diferentes destinos. Un retrato de las relaciones humanas en nuestra sociedad.

Autor: Mariné, Lola

©2010, Viceversa

Colección: Viceversa novela

ISBN: 9788492819355

Generado con: QualityEbook v0.56

OceanofPDF.com

I

El sol del nuevo día se colaba impertinente por entre las rendijas de la persiana. Laura se dio la vuelta en la cama y se colocó de espaldas al ventanal en un intento por evitar que la luz le diera en los ojos, y de ese modo, poder seguir durmiendo un rato más. Aquél siempre era un momento difícil para ella; no quería despertar aún, no quería tener que enfrentarse al nuevo día. Y a aquel día, menos que a ninguno.

Pero tras removerse en el lecho durante un rato para conseguir únicamente que su mente se poblara de negros pensamientos, comprendió que ya era inútil; el sueño había escapado del cuarto por alguna de aquellas malditas ranuras y estaba completamente despierta. Era preferible levantarse y tratar de distraerse haciendo cualquier cosa que ocupara su mente, en lugar de permanecer allí tendida, atormentándose en vano.

Suspiró con resignación antes de decidirse a abrir los ojos y consultar la hora en el reloj luminoso de la mesita de noche: faltaban unos minutos para las diez. Tenía por delante un largo domingo con el que no sabía qué hacer, como tantos otros domingos, solo que éste, además, era un domingo especial. Contempló distraídamente los destellos de luz que, diseminados por encima de la colcha, convertidos en varillas deformes y quebradizas o dibujando caprichosas manchas amarillas, jugueteaban en la penumbra, cambiando de posición, de forma, de intensidad...

Entonces, la puerta de la habitación emitió un tenue gemido de protesta al ser levemente empujada y permitir que asomara tras ella una juvenil cabeza de melena incandescente y leonada.

—¿Estás despierta?—preguntó Marta en un susurro.

—Sí, cariño—respondió Laura, renunciando definitivamente a la dulce evasión que le proporcionaba el sueño—y si no lo estuviera ya me habrías despertado tú.

Marta rió y empujó la puerta con decisión abriéndola por completo para saltar después, en pijama, sobre la cama de su madre.

—¡Feliz cumpleaños, mamá!—gritó.

—¡Oh, cielo! ¡No me lo recuerdes, por favor...!—protestó Laura cubriéndose la cabeza con el embozo de la sábana.

—Vamos, mamá. ¿Qué son cincuenta años? ¡Si estás estupenda!

—¡No vuelvas a repetir esa cifra! ¡Te lo prohíbo!

Laura se había sentado sobre la cama de golpe y apuntaba a su hija con un dedo amenazador al tiempo que componía una cómica expresión de enfado.

Marta soltó una carcajada y besó a su madre en la mejilla.

—Venga. Levántate, que te voy a preparar un desayuno digno de un hotel de cinco estrellas. Ya verás.

—Sí, encima tú, engórdame... —protestó Laura, obedeciendo, sin embargo, a su hija y sentándose de mala gana en el borde de la cama para ponerse las zapatillas.

Todavía soñolienta, con los párpados entornados mientras trataba de habituarse a la fuerte luminosidad que invadía la casa, se dirigió hacia el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría para despejarse. Hacía tiempo ya que se negaba a enfrentarse al espejo tan solo levantarse de la cama. Antes tenía que refrescarse la cara para desprenderse del entumecimiento de la noche. No quería ver sus ojos hinchados por las horas de sueño, su cabello enmarañado, su expresión bobalicona de recién levantada; se deprimiría apenas empezase la jornada. Cincuenta años ya... casi no podía creerlo. Había llegado a la cifra fatídica: cambiar el cuatro por un cinco en las decenas marcaba el principio del fin, del declive; ¡era una cincuentona! Se encaminaba inexorablemente hacia la vejez, hacia la decrepitud, y no había vuelta atrás, no había forma de detener el paso del tiempo. Pese a todo, ella seguía siendo la misma de cuando tenía veinte años, seguía sintiéndose joven, pero sabía que el mundo ya no la veía así, y eso era bastante desalentador. Había que rendirse a la evidencia: lo cierto era que

tenía medio siglo de vida a sus espaldas y no le quedaba más remedio que aceptarlo.

Mientras se aplicaba una crema hidratante se decidió a examinar la imagen que le devolvía el espejo con la mayor objetividad posible: no le disgustó del todo su aspecto. Marta tenía razón: no estaba tan mal... para su edad. Aquella coletilla le resultaba odiosa; cuando alguien la añadía a una amable aseveración, le parecía que destruía por completo el efecto del cumplido; de repente, se transformaba en un comentario compasivo, benevolente. “Bueno, seamos realistas”, se dijo, “tengo patas de gallo, bolsas bajo los ojos, mi pelo ya no tiene el brillo de antes, y ya no me sirve la ropa de hace tres temporadas; he ganado algún kilo y ya no hay forma humana de deshacerse de él...”

—¡Mamá! ¡El desayuno está listo!—gritó Marta desde la cocina. Y Laura se alegró de poder poner fin a aquel implacable análisis.

—¡Ya voy, cariño!— Respondió. Suspiró encogiéndose ligeramente de hombros y se atusó un poco el cabello antes de salir del baño.

“¡Qué le vamos a hacer...!”, le dijo a la mujer que la contemplaba desde el espejo, con gesto resignado.

En la cocina, Marta había preparado la mesa del desayuno con especial mimo: Había cruasanes, zumo de naranja, una humeante cafetera colocada entre las dos tazas y, junto a la de Laura, una rosa roja. Sonrió y abrazó a su hija con cariño.

—¡Ay, mi niña, muchas gracias! ¡No sabes cuánto te quiero...!— exclamó apretujándola con fuerza entre sus brazos.

—Y yo a ti, mami —rió Marta, mientras trataba de desasirse de aquel “abrazo de oso”, como lo llamaba su madre—Venga, siéntate que se enfría el café.

El delicioso aroma del café recién hecho le permitió olvidar por un rato la efemérides del día y disfrutó de los cruasanes y de la atropellada charla de su hija adolescente que, al parecer, de repente bebía los vientos por un compañero de instituto llamado Sergio, el cual —según recordaba Laura, que lo había visto en alguna ocasión—, llevaba tantos pearsings entre orejas, labios y cejas, que difícilmente habría superado el control de metales de cualquier aeropuerto. Asimismo, un tatuaje tribal decoraba su pierna

izquierda desde el tobillo hasta la rodilla, y lucía con orgullo una cresta azulada sobre su cabeza, además de mostrar una obstinada propensión a salvar al planeta de la globalización, del calentamiento, de la desertización, y de cuantos desastres de todo tipo habían pergeñado sus mayores antes de su impagable llegada a este mundo.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba!—exclamó Marta cuando terminaron de desayunar—tengo un regalo para ti.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Otro, además de este estupendo desayuno? ¡Qué bien!—dijo Laura sonriendo ilusionada, mientras empezaba a recoger la mesa de la cocina en tanto que su hija corría a su habitación y regresaba momentos más tarde con un paquete algo mayor que una caja de zapatos, primorosamente envuelto en papel dorado y adornado con un elaborado lazo de color rojo.

Marta depositó el paquete en manos de su madre con una sonrisa traviesa y ésta lo examinó y lo sopesó intrigada: era mucho más liviano de lo que esperaba, dado su volumen.

—¿Qué es?—preguntó sin poder contener su curiosidad— ¿Un sombrero? ¿El mapa de un tesoro? ¿Una pluma de avestruz?

—Frío, frío...—rió Marta, rememorando el juego que le hacía su madre cuando era niña y le escondía los regalos por todos los rincones de la casa, diciéndole únicamente “frío”, cuando se hallaba lejos de su objetivo, “templado” cuando se encontraba más cerca, o “caliente”, cuando lo tenía ya al alcance de su mano, exclamando por fin un “¡que te quemas!”, cuando la pequeña descubría su regalo, presa de excitación, y ambas reían alborozadas.

Laura se dirigió al salón con el paquete en la mano seguida por su hija, y tras sentarse en el sofá empezó a desatar el lazo rojo con deliberada parsimonia mientras tarareaba una melodía que pretendía ser de suspense.

—¡Vamos, mamá!—la acució Marta, impaciente, acomodándose a su lado.

Soltando una carcajada, Laura acabó de deshacer el lazo y abrió el dorado envoltorio para encontrarse con una simple caja de embalaje. Sonrió: sabía lo que había dentro. Desde pequeña, Marta había utilizado aquel ardid infantil para demorar el momento de descubrir la sorpresa y

dotar de mayor importancia y misterio a los modestos regalos que le ofrecía a su madre, ya fueran sencillos trabajos escolares o pequeños detalles que le compraba, en connivencia con su padre. Y en efecto, tal como Laura esperaba, dentro de aquella caja apareció otra de menor tamaño también envuelta en papel de regalo, y dentro de ésta, otra; y así, sucesivamente, fue descubriendo todas las cajas hasta encontrarse, en la última de todas ellas, con un sobre blanco. Miró interrogante a su hija que la observaba con una sonrisa en los labios y rasgó el sobre con decisión. En el interior descubrió una tarjeta plastificada en la que aparecían su nombre y su fotografía.

—Te he hecho socia del gimnasio que tú querías—explicó Marta ante su gesto de extrañeza. Y añadió: —Como siempre dices que quieres apuntarte y nunca te decides...Ahora ya no tienes excusa. Puedes ir hoy mismo, si quieres.

—¡Cariño...!—Exclamó Laura, gratamente sorprendida por la originalidad del obsequio— ¡Es un regalo estupendo! ¡Justo lo que necesitaba! Muchas gracias, mi amor.

Besó a Marta en la mejilla en señal de agradecimiento, pero ésta insistió desconfiada:

—¿Te gusta de verdad, mamá? No estaba segura de acertar...

—¡Claro que sí, cielo! Es un regalo genial. Mañana mismo me compraré el equipo y empezaré a ir enseguida. Te lo prometo.

—Vale. Me alegro de que te guste, mami—aceptó la joven, abrazando zalamera a su madre—, pero tendrás que pagar tú las cuotas mensuales ¿eh? yo sólo te he regalado la matrícula.

—No te preocupes—rió Laura—Has tenido una gran idea, mi vida, gracias.

—¡Huy! ¡Que tarde es ya!—exclamó Marta levantándose de un salto, tras consultar el reloj del salón— tengo que irme. ¡No me esperes para comer!

—Pero hija, pensaba invitarte a un restaurante...

El sonido del agua de la ducha, que Marta acababa de abrir en el baño, ahogó la débil protesta de Laura.

—¡Lo siento, mami! —Gritó Marta, para hacerse oír por encima del rumor del agua— Es que he quedado con Sergio y unos colegas. Comemos

juntas otro día ¿vale?

Laura no respondió. Tampoco su hija esperaba ninguna respuesta; había cerrado la puerta del baño y canturreaba una canción que había seleccionado previamente en su inseparable MP3. Laura suspiró resignada tragándose su decepción y se dispuso a poner un poco de orden en la casa. Bien mirado, se dijo, ¿Qué importaba? Ya no tenía edad para andar celebrando cumpleaños.

Era casi medio día cuando el timbre del teléfono interrumpió sus concienzudos ejercicios de autocompasión.

—¡Felicidades, preciosa!— exclamó Elena desde el otro lado de la línea telefónica.

—¡Vaya! ¡Gracias! Creía que este año te habías olvidado de mí...

—¿Cómo iba a olvidarme, tonta? Es que no quería molestarte demasiado temprano. Bueno, ¿Qué planes tienes para celebrarlo? ¿Está Marta contigo?

—¡Que va! Hace rato que se ha ido, y no creo que vuelva a verle el pelo en todo el día.

—¡Será descastada!—bromeó Elena—te habrá felicitado, por lo menos.

—Sí, claro...Y además me ha preparado el desayuno y me ha hecho un regalo estupendo—explicó Laura con orgullo.

—Bueno, menos mal...Entonces, ¿Qué te parece si comemos juntas?—Y sin esperar respuesta, añadió—: hace un día estupendo. Paso a recogerte dentro de una hora y te invito a comer en alguna terraza del Puerto Olímpico.

Laura apenas tuvo tiempo de responder antes de que su amiga colgara el aparato. Elena era así: dinámica, arrolladora... a veces, incluso un poco estresante; pero era su mejor amiga y Laura, que la quería como a una hermana, no podía concebir la vida sin ella.

Se conocieron en la escuela primaria, y desde entonces, no habían vuelto a separarse. Crecieron juntas, compartieron las primeras ilusiones y las primeras decepciones en sus años infantiles; los momentos más dichosos, y los más tristes a lo largo de los años; descubrieron el mundo de la mano y afrontaron unidas los misterios y avatares de la vida. Y, pese a ser

muy diferentes la una de la otra y de haber encaminado sus vidas por muy distintos derroteros, su amistad se había mantenido siempre intacta.

Elena tenía un carácter fuerte y decidido. Ya desde sus primeros años de colegio había mostrado un voluntarioso temperamento y una gran capacidad de liderazgo. Y en lo concerniente a los estudios, era una buena alumna que lograba notas magníficas sin tener que esforzarse demasiado. Pero, sorprendentemente, algún rasgo peculiar en su manera de ser, le había permitido eludir siempre el temido e indeseable epíteto de “empollona” que la malicia de otros niños y niñas, menos inclinados al estudio, solía adjudicar a quienes, como ella, entendían que iban al colegio para aprender. Quizá ese respeto que le mostraban sus condiscípulos se debía a que no encajaba en la típica imagen de la niña tímida y callada que solía refugiarse en los libros, sino que era abierta y comunicativa, ocurrente y divertida, tomaba la iniciativa con frecuencia —por no decir siempre— y era incuestionablemente secundada por sus compañeros y compañeras de clase que se enorgullecían de poder contar con su amistad y su aquiescencia. Elena manifestaba un genuino deseo de aprender, su curiosidad era insaciable, y abordaba cualquier tema de conversación con tan apasionada convicción y aparente conocimiento de causa que resultaba difícil rebatirla. Desde muy niña tuvo una actitud firme y perseverante cuando se enfrentaba a cualquier reto, por nimio que pareciera, lo que le había permitido alcanzar, a lo largo de toda su vida, cuantas metas se había propuesto sin que ningún obstáculo la hiciera flaquear ni plantearse siquiera la posibilidad de abandonar un proyecto, sino que por el contrario, se crecía ante las dificultades y parecía disfrutar doblemente vencéndolas.

Por alguna razón, con el paso de los años, entre sus convicciones, cobró especial fuerza la de no casarse ni tener hijos nunca. Alegaba, medio en broma medio en serio, que le horrorizaba la idea de tener a un hombre roncando en su cama durante toda su vida, y que los niños, lejos de ser tan tiernos y encantadores como se empeñaban en afirmar sus madres —probablemente con la loable intención de persuadirse a sí mismas ante la necesidad de tener que soportarlos durante muchos años, decía—, no eran más que pequeños monstruos ruidosos y egoístas, y con frecuencia sucios y malolientes que, cuando por fin estuvieran medianamente educados,

abandonarían ingratos a sus sufridos progenitores sin el menor cargo de conciencia ni volver la vista atrás.

A Laura, las teorías de su amiga le divertían, y de alguna manera, siempre había sentido una secreta admiración por ella porque era rompedora, vehemente, osada. Nunca le había preocupado lo más mínimo la opinión que de ella pudieran tener los demás; al contrario que a ella misma, que sin ser mojigata, —y probablemente a causa de la fuerte influencia de su madre, una mujer excesivamente protectora y perfeccionista— había sido siempre mucho más tímida y de pensamiento y conducta más conservadores.

Elena, pese a haber tenido varias relaciones de pareja estables y duraderas a lo largo de su vida, se había mantenido siempre fiel a sus principios y jamás ningún hombre había conseguido doblegar su carácter ni ponerla siquiera en la tesitura de plantearse traicionar su ideario. Ya en su madurez —tenía la misma edad que Laura con pocos meses de diferencia— disfrutaba de su preciada soltería en un bonito y confortable apartamento situado en una zona residencial del extrarradio de Barcelona, en el que disponía de toda clase de comodidades, y vivía absolutamente entregada a su trabajo, que le resultaba apasionante y parecía llenar su vida por completo. Laura no recordaba que su amiga hubiera hecho jamás ningún comentario que indujera a pensar que pudiera sufrir, aunque fuera ocasionalmente, el peso de la soledad—como le ocurría a ella a menudo—, ni manifestaba arrepentimiento alguno por haber renunciado a la posibilidad de ser madre; decía que aquello del reloj biológico de las mujeres era una soberana estupidez, y añadía con sorna que, en todo caso, el suyo, vino averiado de fábrica. Sin embargo, era tan cariñosa y comprensiva con Marta que ésta, perspicaz como cualquier niña de su edad, solía recurrir a ella para que terciara ante su madre cuando surgía algún conflicto entre ambas —cosa que ocurría con frecuencia desde que la joven entró en la pubertad y durante buena parte de su adolescencia—, y “tía Elena”, de mente más abierta y liberal que Laura, solventaba el asunto casi siempre en favor de la muchacha, que sabía muy bien hacia quién dirigir sus protestas y lamentos.

A Laura aquellas intromisiones de su amiga en su vida familiar no le molestaban en absoluto, sino que por el contrario, incluso las agradecía y no

dudaba en consultar con ella las dificultades que se le planteaban con la educación de su hija. Elena era el contrapunto que necesitaba; desde una perspectiva más distante y objetiva, la ayudaba a tomar decisiones con respecto a Marta cuando se veía confrontada con los frecuentes problemas de aquellos primeros años de juventud en los que la joven necesitaba probarse a sí misma —y a los demás— constantemente, encontrar su lugar en el mundo y afianzar su personalidad; lo que, en ocasiones, sobrepasaba la capacidad de Laura que no podía contar con la ayuda del padre de la chica en la medida en que lo hubiera deseado, sino que más bien él, era otro punto de fricción entre madre e hija porque la consentía y la malcriaba en exceso durante el tiempo que pasaba juntos, cosa que Laura comprendía, pero después, era ella la que se las veía y se las deseaba para volver a meter a la niña en cintura y se lamentaba de tener que jugar siempre el papel de “mala”. No obstante, era evidente que, a sus diecisiete años, Marta entendía con meridiana claridad cuanto su madre había hecho por ella, y la adoraba. Y Laura se sentía compensada por todos los malos momentos que había tenido que pasar durante aquellos años en los que tuvo que criarla y educarla, prácticamente sola.

Se encontraba ya en el rellano de la escalera esperando el ascensor cuando el sonido del teléfono la obligó a entrar de nuevo en su casa y correr al salón para atender la llamada.

—¡Felicidades, hija!—gorjeó la voz de su madre.

—Gracias, mamá.

—¿Qué? ¿Cómo te sientan los cincuenta?—Laura sintió un escalofrío. Su madre disfrutaba hurgando en las heridas, aunque fuese en tono de broma—Pronto me vas a alcanzar ¿eh?

En efecto, la edad de su madre se había perdido en algún oscuro agujero del tiempo y parecía que nunca iba a confesar los setenta, aunque ello le supusiera convertirse, años tras año, en una madre cada vez más precoz...

—Oye, hija—continuó, tras reír ella sola su propia gracia—vendréis a comer la niña y tú ¿verdad?

—Mamá, ya te dije que no iría, y Marta no está. Voy a comer con Elena que me está esperando abajo. Por la tarde me paso un ratito a veros ¿De

acuerdo?

—Pero hija—insistió la madre, apenada—estas cosas deben celebrarse con la familia... tu padre se va a llevar un disgusto.

—Dile que no se preocupe, que pasaré a tomar el café con vosotros—respondió Laura armándose de paciencia ante uno de los habituales chantajes emocionales de su madre.

—Desde luego... —se lamentó la mujer—hoy día es que ya no se respeta nada, se están perdiendo hasta las tradiciones familiares. No sé dónde vamos a ir a parar... ¿Y tu hija? ¿Cómo es capaz de dejarte sola en un día como éste?

—Es joven, mamá. No tiene importancia...

—Está bien, hija. Tú sabrás...Ven cuando quieras. Aquí estaremos, como siempre...—concedió la madre, tratando de dar a su voz el tono más lastimero posible.

—Hasta luego, mamá. Dale un beso a papá de mi parte.

—Adiós, hija.

Colgó el aparato soltando el aire que había estado conteniendo durante toda la conversación con su madre. Lo último que deseaba aquel día era pasárselo escuchando innumerables consejos no solicitados y un rosario de reproches, ante la dolorosa presencia, casi espectral, de su padre; encogido en un rincón del sofá observándola, ora con extrañeza, como si no la reconociera; ora con una súbita expresión de adoración, que la enternecía, mientras ella le sonreía con impotencia acariciando su mano, sin poder hacer nada por evitar que las tinieblas se adueñara poco a poco de su mente y le sumieran en una oscuridad de la que nunca podría regresar.

El teléfono volvió a sonar y Laura resopló fastidiada. Al parecer su madre había olvidado decirle algo.

—¿Sí?—respondió.

El desconcierto inicial se trocó en desagrado al reconocer la voz de Javier tras un breve silencio. Javier parecía siempre sorprendido y confuso cuando era Laura la que contestaba al teléfono y eso la irritaba sobremanera, ¿Qué esperaba? Sabía perfectamente que ella también vivía en aquella casa.

—Esto...Perdona...soy yo...—balbuceó él al fin.

Sabía de sobra de quien se trataba, y de no haber olvidado que era domingo y la hora exacta a la que él solía llamar a su hija, no habría cogido el teléfono.

—¿Se puede poner Marta?—preguntó.

—No está—respondió Laura secamente.

—¡Ah...! Bueno. Ya la llamaré en otro momento.

—Bien—Laura colgó bruscamente, sin despedirse ni aguardar a que él lo hiciera.

Volvió a salir de su casa, y tras cerrar de nuevo la puerta con llave entró en el ascensor que ya se encontraba detenido en su piso. Se echó una ojeada en el espejo del interior y se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido. Respiró hondo y trató de relajarse. La conversación con su madre la había puesto de mal humor, y sólo le faltaba Javier para acabar de estropearle el día... ¿Cómo era posible que después de diez años separados todavía le perturbara oír la voz de su ex marido? “Ni siquiera ha sido capaz de felicitarme por mi cumpleaños”, rumió con tristeza, “Quizá no se ha acordado...Bueno, en realidad, ¿por qué habría de hacerlo...?”.

Había llegado a la planta baja, y después de cerrar la puerta de la cabina tras de sí, sacudió la cabeza como si tratara de desembarazarse de aquellos ridículos pensamientos, bajó los cuatro peldaños que la separaban de la puerta de la calle y se dejó envolver por aquel reconfortante y tibio sol de primavera. Vio a Elena al otro lado de la calle que había aprovechado la espera para fumarse un cigarrillo junto a su coche y la saludaba con la mano mientras tiraba la colilla —por más que Laura lo había intentado, no había conseguido convencerla de que dejara de fumar, pero nunca lo hacía cuando estaba con ella porque sabía que le desagradaba—. Respondió a su saludo con alegría. Era cierto, hacía un día espléndido. Al fin y al cabo, no se le ocurría una forma mejor de celebrar su cumpleaños que disfrutando de una buena comida junto al mar y de la amena e inagotable charla de su amiga.

II

Empujó la puerta del vestuario de mujeres con cautela y la envolvió un calor húmedo con esencia de eucalipto, así como toda una mezcla de olores de productos y afeites femeninos: gel de baño, desodorante, champú, crema hidratante, acondicionadores del cabello, y un sinfín de fragancias más. Buscó un rincón discreto donde cambiarse de ropa entre todos aquellos cuerpos desnudos que se desenvolvían con naturalidad entre charlas y risas, zumbidos de secadores, rumores de duchas y una música ambiental apenas perceptible si no fuera porque Laura estaba alerta, pendiente del más mínimo detalle de todo cuanto acontecía a su alrededor, como le ocurría siempre que se enfrentaba a una situación nueva o a un ambiente desconocido y temía hacer algo inapropiado o ponerse en evidencia. Aquella sensación de inseguridad que se sentía incapaz de controlar, pese a haberlo intentado reiteradamente a lo largo de los años con todo tipo de razonamientos lógicos, la había acompañado durante toda su vida. Era algo que tal vez resultara comprensible en la infancia y la adolescencia, pero en plena madurez, le provocaba un gran enfado consigo misma y un sentimiento de desagrado por no poder dominarse, pese a que se esforzaba por racionalizar lo absurdo de aquellos temores. Sonrió con ironía al recordar un consejo que le había dado Elena en una ocasión en la que se lamentó ante ella de aquel problema: “Cuando te sientas intimidada por alguien”, le dijo, “imagínatelo completamente desnudo, verás como todos tus celos se disipan de inmediato. En pelotas todos somos iguales”, sentenció Elena. Tenía que recordar decirle a su amiga que aquella fórmula mágica no funcionaba con ella.

Cambió sus ropas de calle por un pantalón pirata deportivo y un top que dejaba su estómago al descubierto, y tras dudarlo unos instantes se puso encima una discreta camiseta que la cubría hasta las caderas, tal como había acabado haciendo en días anteriores. Se calzó las zapatillas de deporte y se encaminó hacia la sala de gimnasia. La clase estaba a punto de empezar y todos los participantes habían tomado posiciones frente al gran espejo que revestía por completo una de las paredes de la sala. La joven monitora, que lucía un peinado imposible —un moño descomunal sujeto por una ancha banda de tela morada del que escapaba una cascada de gruesas rastas de color castaño que se esparcían por su espalda— estaba colocando un CD en el equipo de música y se situaba después frente al espejo, en el centro de la sala. Laura consiguió encontrar un hueco en la última fila gracias a una despampanante rubia, de aproximadamente su edad —a la que ya había visto en días anteriores y con la que había intercambiado algún breve saludo—, que se apartó un poco y, con una amable sonrisa, la invitó a ocupar un sitio a su lado; Laura le dio las gracias con un gesto y cuando la música arrancó, ambas se concentraron en la monitora para seguir sus movimientos, al igual que el resto de sus compañeros y compañeras de clase.

Una hora más tarde Laura regresaba al vestuario, agotada y sudorosa, pero sintiéndose pletórica, cargada de energía y satisfecha consigo misma. El ejercicio había estimulado las endorfinas de su cerebro y se sentía optimista y llena de entusiasmo. Balanceaba despreocupadamente su recatada camiseta en la mano y lucía su cuerpo sin complejos mientras se reía con las ocurrencias de Gloria, la atractiva rubia con la que había compartido espacio, risas, y comentarios ingeniosos a lo largo de toda la clase.

Gloria era simpática y locuaz. Cuando abandonaron el vestuario después de ducharse y vestirse, había sometido a Laura a tal batería de preguntas que ya sabía más de ella que muchos de sus vecinos y otros conocidos con los que trataba a diario desde hacía años. Aun así, todavía le quedó tiempo —a Gloria—, para hacerle partícipe de su propia vida; de suerte que Laura, sin proponérselo, supo que su nueva amiga estaba felizmente casada, que su marido era guapísimo y tenía un importante

trabajo de gran responsabilidad que le obligaba a viajar a menudo por diversos países europeos, que tenían un hijo de veinticuatro años, estudiante de Económicas y una hija de veinte que aspiraba a ser modelo; aunque entre ella y su marido habían conseguido que, al menos de momento, continuara con sus estudios de Pedagogía Infantil, mientras trataba de abrirse camino en el siempre difícil mundo de la moda. Y quizá, con el tiempo —pensaban ellos—, se le quitase de la cabeza aquella idea descabellada. Sus dos hijos vivían todavía en el hogar familiar, ya que el tema de la vivienda —explicaba Gloria—, estaba muy difícil para los jóvenes, y ellos, acostumbrados a disfrutar de toda clase de comodidades, no se mostraban especialmente inclinados a prescindir de ellas. Por fortuna la familia disfrutaba de una desahogada posición económica, por lo que podrían ayudarles en ese sentido si fuera necesario, pero Gloria prefería tenerlos cerca mientras fuese posible, aunque lo cierto era que el chico paraba ya muy poco por casa. De hecho, Christian, su hijo, prácticamente vivía con una chica. Con todo, seguía teniendo la mayor parte de sus pertenencias en la casa de sus padres y acudía allí a diario, aunque sólo fuese a comer y cambiarse de ropa; y un poco también —sospechaba Gloria—, para no sentirse tan comprometido con su novia y tener la certeza de que había un lugar al que regresar, si las cosas se torcían. Pero a Gloria ese ir y venir de su hijo de una casa a otra no le molestaba en absoluto, sino que por el contrario, se alegraba de que fuera así; de ese modo, decía, podía seguir viéndole con frecuencia y no se le hacía tan dura la separación definitiva, pese a que comprendía que más pronto o más tarde, tendría que producirse.

—Los jóvenes, ya se sabe... —lo justificó Gloria. Y Laura se mostró de acuerdo con ella asintiendo con la cabeza.

Gloria le explicó también que tenían una casita en la Costa Brava a la que solían escaparse los fines de semana y durante las vacaciones, al menos, así lo habían venido haciendo durante muchos años, mientras los niños eran pequeños —agregó con cierta nostalgia—, salvo en agosto, cuando el pueblo se llenaba de turistas y todo estaba tan lleno de gente que resultaba incómodo. Durante ese período, ellos optaban por permanecer en la ciudad, que se quedaba casi vacía, o realizar algún viaje al extranjero.

—Un día tienes que venir—le dijo a Laura— los chicos ya suben poco, casi siempre prefieren quedarse en Barcelona para poder salir por ahí “de fiesta”, como dicen ellos, con sus amigos. Pero a mi marido y a mí nos gusta seguir yendo. Es agradable poder escaparse de la ciudad de vez en cuando.

El monólogo de Gloria continuó un rato más en el aparcamiento, hasta que, entre una frase y otra, consultó su magnífico reloj de pulsera.

—¡Uf! Con tanta charla, no me había dado cuenta de lo tarde que era... —dijo—tengo que dejarte. A mi marido le gusta encontrarme en casa cuando él llega. No es capaz de hacer nada sin mí...

—No te preocupes—respondió Laura, algo sorprendida por aquel comentario que le resultaba un tanto anacrónico en boca de la guapa rubia —, yo también tengo que irme ya.

—¿Vas a venir el lunes?—preguntó Gloria.

Laura se encogió ligeramente de hombros.

—Si las agujetas me lo permiten... —bromeó, para explicar después—: Llevaba mucho tiempo sin hacer ejercicio, y la verdad es que estoy hecha polvo.

—Tienes que tomar mucha miel, mucho azúcar, zumos y esas cosas. Van muy bien para las agujetas—le aconsejó Gloria.

—Si lo hubiera pensado antes...a estas alturas me parece que ya no queda más remedio que aguantarme.

—Bueno—rió Gloria, comprensiva—Descansa el fin de semana y verás como el lunes ya te sientes mucho mejor. Pero no dejes de venir. Cuando se empieza es mejor no parar. Si no, no sirve de nada...

—De acuerdo. Nos vemos el lunes, entonces.

—Estupendo. Que tengas un buen fin de semana.

—Igualmente.

Se alejaron la una de la otra en direcciones opuestas para recoger sus respectivos automóviles. Cuando Laura abandonaba el aparcamiento en su coche vio a Gloria que salía por delante de ella conduciendo un coqueto *mini* de color rojo y la saludaba con un gesto, sacando la mano por la ventanilla. “¡Cómo no!”, pensó con una sonrisa maliciosa, “Una rubia explosiva como ella sólo podía tener un coche de ese color...”. Respondió a

su saludo y se dispuso a sumergirse en el denso tráfico del centro de la ciudad con una leve punzada de tristeza en el corazón cuyo origen no era capaz de precisar. “Soy mezquina”, se reprochó a sí misma, “¿Es posible que sienta envidia de Gloria? ¿Por qué? ¿Porque tiene un marido que la quiere y se preocupa por ella y yo me siento sola? ¿Porque tiene una verdadera familia esperándola en una casa estupenda? ¿Porque es guapa y simpática y ni siquiera tiene necesidad de trabajar...?”. Esbozó una sonrisa en un gesto de indulgencia hacia sí misma. “Pues sí”, se respondió, “la verdad es que es para morirse de envidia...”, rió para sí. “Bueno, a mí tampoco me va tan mal...”, reflexionó, “tengo a Marta, a mis padres, a Elena; tengo un buen trabajo... En realidad no tengo motivos para quejarme”. Días atrás había leído en una entrevista a una famosa escritora que para ser razonablemente feliz era preferible no mirarse demasiado el ombligo, es decir, que era mejor no detenerse demasiado a reflexionar sobre uno mismo y las circunstancias personales. Le pareció un pensamiento muy inteligente, pero difícil de llevar a la práctica, al menos para ella, que tenía tendencia a darle mil vueltas a todo.

Suspiró y conectó la radio del coche. Se alegró de encontrarse con Joaquín Sabina, interpretando, con su cascada voz de simpático canalla *19 días y 500 noches*. Era su disco favorito y nunca se cansaba de oírlo. Se sabía todas las letras de memoria, pero siempre descubría algún nuevo matiz capaz de arrancarle una sonrisa. Sabina tenía la virtud de ponerla de buen humor con la sabia y magistral ironía de sus versos. Para ella no era tan sólo un cantautor, sino uno de los más grandes poetas contemporáneos, el poeta urbano por excelencia, y Laura admiraba aquella capacidad suya de crear hermosas y sugerentes imágenes y saber expresarlas de forma tan sencilla.

Conducía despacio por la Avenida de l’Estadi disfrutando de las espectaculares vistas que ofrecía la ciudad desde allí, con el mar a su izquierda y la montaña del Tibidabo a su derecha. El sol, a medida que se aproximaba el verano, se mostraba cada día más remiso a retirarse para ceder su lugar a la noche, por lo que, en ocasiones, le sorprendía la luna. Por encima de los tejados, una masa sonrosada de nubes, como de algodón de azúcar, se deshilachaba perezosa. Era lo que más le gustaba a Laura de

acudir a aquel gimnasio: el camino de vuelta tranquilo y relajado por Montjuïc, con la ciudad a sus pies y acompañada de buena música. Aquellos eran unos momentos que la reconciliaban con el mundo.

Gloria conducía su utilitario hacia la parte alta de la ciudad, y, en contra de la idea que pudiera haberle transmitido a Laura, tampoco ella se sentía muy satisfecha consigo misma: “¡Otra vez he vuelto a hacer lo mismo de siempre!”, se recriminaba a sí misma, “El psicólogo me lo ha repetido cientos de veces: hablas demasiado, Gloria, tienes que hablar menos y escuchar más; los asuntos de los demás también son importantes, al menos, lo son para ellos mismos. A nadie le gusta estar oyendo a una persona hablar sobre sí misma sin parar, la considerarán presuntuosa y maleducada y se sentirán menospreciados...”. “¿Qué habrá pensado Laura de mí? Que soy una charlatana insoportable y una engreída, claro. Seguro que el próximo día que nos veamos ni siquiera me saluda.”. “¡A mi marido le gusta encontrarme en casa cuando llega!”, se parodió a sí misma, “No sabe hacer nada sin mí...”. “¡Seré majadera!”.

Cuando llegó a su casa, después de atravesar la ciudad, dejó el coche en su plaza de aparcamiento y observó que la de Diego todavía se encontraba vacía; quizás habría aparcado en la calle. Eso significaba que tenía intención de volver a salir, tal vez quisiera cenar fuera o ir a tomar una copa más tarde. ¿Por qué no? La noche invitaba a pasear.

Sin embargo, cuando entro en su piso lo encontró oscuro y silencioso. Le extrañó; a aquellas horas su marido ya debería de haber llegado, y si iba a retrasarse la habría llamado... ¡El móvil! No se había acordado de comprobar si tenía alguna llamada. Lo buscó en su bolso con ansiedad, temiendo lo que se iba a encontrar, y tal como esperaba, la pantalla le indicaba que tenía varias llamadas perdidas y un mensaje en su contestador.

—Hola, nena—la voz de Diego sonaba extraña y metálica a través del buzón de voz—te he estado llamando pero no lo cogías, supongo que estabas en tu clase de gimnasia. Bueno, quería decirte que no me esperes para cenar, han venido unos clientes de Madrid y tengo que acompañarles a un restaurante y luego a tomar unas copas, ya sabes como son estas cosas...

No sé a que hora llegaré, así que no me esperes levantada. Nos vemos mañana. Te quiero. Un beso.

Sí, ya sabía como eran esas cosas. ¿Cómo no lo iba a saber? Desde hacía algún tiempo las cenas de negocios y los viajes se habían multiplicado.

Se sirvió un whisky con hielo en la oscuridad del salón y salió a la terraza; la primavera estaba en pleno apogeo y hacía buena temperatura. Las luces de las calles y de los edificios iluminaban la ciudad como farolillos en una noche de verbenas. La Diagonal, bullía de vida y juventud dispuesta a apurar el fin de semana que ya olía a verano y a fiesta, y ella se sentía ajena, excluida, contemplando el espectáculo desde la distancia con envidia y tristeza, aislada en su palacio como una princesa desdichada, sin tener adonde ir ni con quien estar... No le apetecía cenar sola. Su hijo Christian no vendría, y su hija Rebeca le había dicho por la mañana que pasaría el fin de semana fuera de la ciudad con unas amigas.

Apuró el whisky y se sirvió otro antes de sentarse en la terraza. Roberto, su psicólogo, estaba en lo cierto cuando le decía que a punto de cumplir los cincuenta y siete seguía siendo una niña inmadura y caprichosa; aquella niña preciosa y mimada que sus padres tenían entre algodones y a la que evitaban el menor contratiempo disfrazando la realidad para ella de bonitos colores. Por esa razón, Gloria, no había desarrollado la menor tolerancia a la frustración y se había creado un mundo ficticio en el que todo era maravilloso y perfecto. Se mentía a sí misma tanto como a los demás. Hasta el punto de que había llegado a creerse sus propias mentiras de tal modo que en ocasiones no era capaz de distinguir lo que era real de lo que era fruto de su imaginación. Roberto le decía que tenía que aprender a aceptar los avatares de la vida, sus sinsabores, y aprovecharlos para sacar de ellos una enseñanza positiva que le permitiera crecer como persona. “Desengáñate, Gloria”, le decía, “la vida no es una novela rosa. Todo el mundo tiene sus problemas, más grandes o más pequeños; hay que saber aceptarlos y hacerles frente”. Tenía que ser valiente y afrontar la realidad, que en su caso, decía, tampoco era tan terrible. Tenía que madurar. Y si no hacía el esfuerzo de intentarlo, él no podría seguir ayudándola. No observaba avance alguno en su terapia, y eso le llevaba a pensar que ambos

estaban malgastando su tiempo, y ella, además, su dinero. A veces Roberto le preguntaba por qué razón seguía acudiendo a su consulta cada semana, y ella se encogía de hombros y le respondía que le hacía bien hablar con él, que la ayudaba, aunque él no lo creyera; entonces el terapeuta replicaba que si lo que necesitaba era hablar con alguien, desahogarse, podía hacerlo con alguna amiga, que incluso le resultaría más gratificante, y Gloria se veía obligada a confesarle que no tenía ninguna amiga con la que pudiera sincerarse ni hablar con la libertad con la que lo hacía con él. Jamás se le pasaría por la cabeza mostrar el menor signo de debilidad ni descubrir su intimidad ante ninguna de sus supuestas amigas. Había demasiados salones de belleza, centros de spa y exceso de tiempo libre para damas desocupadas y pocos temas de conversación: faltaría tiempo para que todo su entorno estuviera enterado de sus asuntos y murmuraran a sus espaldas.

Sí, claro. Seguramente para un psicólogo joven como él resultaba más estimulante tratar a un psicópata, a un depresivo con tendencias suicidas, a un maníaco compulsivo; hurgar en una mente seriamente perturbada y reintegrar al individuo, una vez recuperado, a su lugar en la sociedad. En todo caso, pensaba Gloria, si era eso lo que le motivaba, tal vez debería haber opositado a prisiones o trabajar en un hospital psiquiátrico, en lugar de montar una consulta de diseño en un palacete de Pedralbes. Por otra parte, dudaba que muchos enfermos realmente necesitados de tratamiento pudieran pagar los honorarios del Dr. Roberto Beltrán... Roberto no tenía “pacientes”, sino “clientes”, y esa denominación en sí misma ya marcaba una diferencia. Tanta, que era uno de los invitados imprescindibles en todas las fiestas de postín que se celebraban en la ciudad.

Pero si lo que esperaba de ella era que se enfrentara a la realidad, lo haría, decidió Gloria de pronto.

Apuró su whisky de un solo trago y se levantó de la silla, resuelta. Fue a su vestidor a cambiarse de ropa y se repasó el maquillaje en el tocador; cogió el bolso, las llaves de casa y las del coche y bajó al garaje. En unos minutos se hallaba inmersa en la noche del viernes con el entendimiento algo nublado, a causa de la excitación y del alcohol. Apenas sin darse cuenta, se encontró frente al restaurante favorito de Diego. Era muy probable que él estuviera allí, lo que no tenía muy claro, era con qué fin

había acudido ella. Detuvo el auto en el chaflán opuesto al restaurante que ofrecía una buena perspectiva del interior y, forzando la vista, buscó a su esposo con la mirada sin apearse del vehículo, a través de los grandes ventanales de estilo modernista que permitían ver las mesas decoradas con velas sobre el fondo de arabescos granate y dorado de las paredes —que Gloria adivinaba más que veía, ya que conocía muy bien aquel local—. No le costó dar con su marido, Diego era un hombre previsible, de hábitos arraigados: estaba en su mesa de siempre, la misma que solicitaba expresamente cuando acudían juntos a cenar allí; charlaba animadamente y sonreía como hacía mucho tiempo que Gloria no lo veía sonreír, con un aire tan despreocupado y alegre que incluso le hacía parecer más joven. A Gloria, el corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio sus sospechas confirmadas: aquella no parecía una formal cena de negocios ni eran respetables caballeros encorbatados quienes compartían mesa con su esposo, sino una bella joven —muy joven— de rubia melena, que sonreía a su vez con coquetería y estudiada timidez.

Gloria aparcó su coche en un lugar estratégico desde el que podía observar la mesa en la que se encontraba la pareja sin correr el riesgo de ser descubierta. Necesitaba detenerse a pensar un momento, aclarar la confusión de su mente para decidir cuál debía ser su siguiente paso: ¿entrar en el restaurante y montar una escena? Sabía que aquello sería terrible para Diego; tan preocupado siempre por mantener las apariencias, se moriría de vergüenza... pero ella también. Aunque, no debía precipitarse. Cabía la posibilidad de que Diego no le hubiera mentido y aquella joven fuese una clienta de Madrid, y entonces ella quedaría en ridículo. Que fuese joven y guapa no la incapacitaba para ser una inteligente y emprendedora mujer de negocios. Decidió esperar a que salieran del restaurante y observar su actitud, sería lo más razonable. Conectó el equipo de música del coche y puso en CD que la ayudara a relajarse un poco. Intentó distraerse observando la calle repleta de bares y restaurantes que se iba poblando de alegres y bulliciosos jóvenes a medida que avanzaba la noche. De tanto en tanto, lanzaba una ojeada al restaurante y trataba de restar importancia a cada gesto, a cada sonrisa cómplice, a cada fugaz caricia cuando las manos de ambos se rozaban como por casualidad y se retiraban con presteza

mirando a su alrededor con disimulo, como niños traviesos temerosos de ser cogidos en falta. A Gloria, a su pesar, se le estaba formando un doloroso nudo en la garganta que apenas le permitía respirar.

Cuando vio que por fin se levantaban de la mesa se irguió en el asiento del coche y todos sus músculos se tensaron. Los perdió de vista por unos instantes, y poco después, reaparecieron en la puerta del restaurante. La joven reía alegremente, con despreocupada coquetería —ahora que la podía observar mejor tenía que reconocer que era muy bella, de hecho, le sorprendió comprobar que se parecía mucho a ella misma, algunos años atrás...— Diego salió tras la chica sonriendo a su vez. En cuanto rebasaron la fachada del restaurante él tomó a la muchacha por el talle y la atrajo hacia sí, la besó ligeramente en los labios y ella apoyó con ternura la cabeza sobre su hombro mientras caminaban enlazados; parecían dos adolescentes estrenando su primer amor. Gloria salió del coche aturdida, y sin pensar lo que hacía fue tras ellos con el corazón acelerado y la respiración agitada. Eran la viva estampa de una pareja feliz disfrutando de la noche y de su amor, mientras Gloria, siguiendo sus pasos, sentía que la pena le rasgaba las entrañas. Ajena al bullicio y a las risas que la rodeaban, caminaba con paso vacilante, buscando la protección de las paredes en un intento por ocultarse, y al mismo tiempo, por tener un punto de apoyo ante el temor de que le fallasen las fuerzas y se desplomara en plena calle.

Reconoció el BMW gris metalizado de Diego aparcado a lo lejos, y cuando llegaron junto a él, su marido, caballeroso como de costumbre, se dirigió a la portezuela del acompañante y la abrió para que la joven se acomodase en el interior, pero antes, ambos se fundieron en un largo y apasionado beso, y sus cuerpos se adhirieron de tal modo que parecían haberse convertido en uno solo. Gloria se detuvo, pegó la espalda a la pared y contuvo la respiración, abrumada. Se quedó allí paralizada, observando cómo el automóvil arrancaba y la pareja se perdía en la noche, sin duda, con destino hacia algún lugar discreto que les permitiera dar rienda suelta a su pasión.

Desanduvo el camino hacia su coche en estado de shock, sin ver las calles por las que pasaba ni apercibirse de aquella insultante juventud que pululaba en torno a ella sin prestarle la menor atención, ignorando a aquella

mujer que caminaba entre ellos como un zombi. Llegó hasta su automóvil y se dio cuenta de que ni siquiera había cerrado la puerta con llave. Se sentó en el interior y accionó el contacto de forma mecánica, pero el coche no respondió; aquello la devolvió a la realidad y el pánico se apoderó de ella. “¡No, por favor, no...! ¡No me falles ahora...!”, suplicó. Repitió el gesto varias veces de forma insistente, pisó el acelerador con ansiedad, con desespero, pero el motor no respondía. Entonces comprendió que había dejado las luces y el equipo de música encendidos durante todo el tiempo que había permanecido allí, y al parecer, la batería se había agotado. De pronto se sintió desamparada, perdida; al borde de la histeria, un grito ahogado de angustia escapó de su garganta, las lágrimas afloraron a su rostro y se entregó desconsolada al llanto, protegida por la intimidad del vehículo.

Tras aquel primer arrebato, siguió sollozando quedamente durante mucho tiempo sin voluntad para interrumpir el recorrido de sus lágrimas y enjugarlas. Pero en algún momento dejó de llorar, sus mejillas se secaron y el dolor se adormeció en su pecho. Respiró hondo, comprobó su aspecto en el espejo retrovisor y trató de recomponerlo un poco, ensayó la más encantadora de sus sonrisas y, con ella pintada en el rostro salió del coche y se dirigió hacia un taxista que se había detenido a su lado, para solicitar su ayuda. Sin embargo, cuando le expuso su problema, el hombre se excusó aduciendo que no llevaba cables para poder recargar su batería. Gloria comprendió que, en realidad, no quería arriesgarse a perder ninguna carrera en una noche de viernes por entretenerse ayudándola, aunque ello supusiera mostrarse atento con una dama y recibir a cambio una buena propina. Le dio las gracias de todos modos y se aproximó a un grupo de jóvenes arremolinados en torno a un automóvil, estacionado cerca del suyo, que permanecía con las puertas abiertas para que se pudiera oír mejor la música a todo volumen que salía de su interior, y que la habían estado observando con admiración, sin el menor disimulo. Pero también ellos se disculparon alegando que aguardaban a unos amigos y tenían que irse enseguida. Gloria desistió. No le quedaban fuerzas para seguir intentándolo. Volvió a su coche, recogió sus cosas y se aseguró de cerrar bien todas las puertas antes de irse; ya se ocuparía de él al día siguiente, o al otro. ¡Qué más daba! Ya se

ocuparía de todo. En aquellos momentos lo único que deseaba era llegar a su casa y meterse en la cama. Dormir, olvidarse de todo, descansar...

Mientras esperaba un taxi, sola en una esquina, invisible en medio de aquella barahúnda de hormonas desatadas, se sintió ridícula y fuera de lugar con su conjunto primaveral de Adolfo Domínguez, con su artificial melena rubia cuidadosamente teñida y su exceso de maquillaje; con su obsesión por conservar una juventud que el tiempo, implacable, se empeñaba en arrebatarse —aquellos chicos y chicas que la rodeaban eran más jóvenes que sus propios hijos— y a la que ella se aferraba de forma artificiosa a base de frecuentes visitas al quirófano y continuos tratamientos de belleza.

Todos los taxis que pasaban estaban ocupados, y el taxista al que le había pedido ayuda hacía rato que se había marchado. No veía el momento de alejarse de allí, de que acabase aquella noche de pesadilla; anhelaba llegar a su casa y tomarse una copa tranquila, en la seguridad de su hogar, de su exquisito mundo. ¡Por fin una luz verde! Levantó el brazo con presteza, temerosa de que alguien le arrebatara aquella tabla de salvación. Por fortuna, el vehículo se detuvo ante ella y se introdujo en él ansiosa. Respiró tranquila. El pequeño habitáculo era un remanso de paz en aquella selva de ruido y luces de neón, de desprecio hacia los que no pertenecían a la propia especie, de la más absoluta soledad en medio de la gente; la peor soledad de todas las posibles.

Pensó entonces que ni siquiera se le había pasado por la cabeza llamar al servicio de asistencia de su seguro. Bueno, la verdad era que no habría sabido ni dónde buscar el número de teléfono; ella no estaba acostumbrada a ocuparse de aquellas cosas. En otras circunstancias, habría llamado a Diego. Era lo que solía hacer cuando le surgía algún problema, y él se hacía cargo de todo... Refugiarse en su casa, en la oscuridad de su dormitorio... Tendría que tomarse algún sedante para poder descansar y olvidar aquella noche infausta. Por la mañana, el sol volvería a brillar.

III

Elena se encontraba en el aeropuerto del Prat aguardando que anunciaran la salida de su vuelo para Menorca. Viajaba sola. Estaría ausente un par de días con la única finalidad de huir de la verbena de San Juan que llevaba semanas anunciándose mediante petardos aislados en los parques y las calles de la ciudad. Odiaba aquel tipo de celebraciones, el divertimento forzoso en fechas determinadas como si se hubiera establecido por decreto. Lo mismo le ocurría con las navidades y las fiestas de fin de año. Por poco que pudiera, también se escapaba en esas fechas. Mientras volaba hacia la isla, no pudo por menos que recordar una de aquellas verbenas que le quedó vivamente grabada en la memoria hasta en sus más mínimos detalles:

Ocurrió varios años atrás. Aquella mañana, después de la verbena de San Juan, aparcó el automóvil frente a su casa y exhaló un hondo suspiro antes de decidirse a recoger su bolsa de viaje y el resto de sus pertenencias, arrojadas a toda prisa en el asiento trasero. Había hecho todo el camino de regreso desde la casa de su hermana en tensión, agarrando el volante como si quisiera arrancarlo de su lugar, pisando el acelerador con rabia contenida; revuelto el pensamiento y la sangre hirviendo en sus venas de indignación. Ya en su mundo, en el entorno que conocía, que le era familiar y en el que se sentía segura, sus músculos se relajaron. Se volvió desde su asiento y se dispuso a guardar sus cosas en la bolsa con una lentitud inusual en ella, con la mente ocupada en recobrar el sosiego, en comprender lo ocurrido en casa de su hermana Irene y analizar sus propios sentimientos al respecto.

De alguna manera se sentía liberada: la farsa había terminado. Siempre supo que aquello tenía que ocurrir algún día. Hacía mucho tiempo, años,

que la relación entre Irene y ella se mantenía en un delicado equilibrio. Sólo la firme voluntad de ambas —si no de entenderse, al menos de tolerarse—, había logrado salvaguardar el invisible lazo de sangre que las unía; frágil y quebradizo tras tanto tensarlo, mil veces roto y recompuesto mil veces más a lo largo de los años; y que, pese a todo, ambas trataban de preservar evitando cualquier conflicto o enfrentamiento. Sin embargo, en aquella ocasión, Elena tenía la absoluta certeza de que la ruptura era definitiva. Por esa razón no podía evitar que una cierta tristeza se colara, subrepticamente, entre el maremágnum de sentimientos encontrados que se agitaban en su interior. Irene era su única familia ¿por qué le resultaba tan difícil conservar una relación? Ni siquiera con su propia hermana había sido capaz de lograrlo. Tal vez fuera porque nunca aprendió a entregarse sin reservas a los afectos; porque en su familia los besos y los abrazos eran un bien escaso y parecían impúdicas las demostraciones de amor. Tal vez porque su madre era una mujer distante y reservada que no mostraba —ni permitía que nadie lo hiciera—, sus sentimientos en público, ni tan solo en el íntimo reducto familiar.

No conoció a su padre. Su madre le había dicho siempre que murió a causa de un accidente al poco tiempo de nacer ella y por esa razón no lo recordaba. Nunca quiso darle más detalles, no le gustaba hablar de aquel asunto y Elena no insistía, porque si lo hacía, su madre se ponía nerviosa y de mal humor, y al final ella acababa recibiendo alguna bofetada por cualquier nimiedad de la que ni siquiera se había apercebido. Pero Elena nunca la creyó. Si interrogaba a su hermana Irene tampoco ésta era capaz de confirmarle la existencia de aquel misterioso padre —pese a que era cinco años mayor que ella y forzosamente tendría que recordarlo—, alegaba que durante un largo período de tiempo la mandaron a vivir con su abuela, y cuando regresó a casa, Elena ya estaba allí. Si algo tenían claro las dos hermanas era que no habían tenido el mismo progenitor, tal y como les confirmó su propia madre en una de aquellas raras ocasiones en las que les hacía alguna confidencia relacionada con la familia. Al parecer, también el padre de Irene había fallecido prematuramente, y la infortunada viuda volvió a casarse sin conseguir que su suerte cambiara con su segundo marido.

De todas aquellas peregrinas historias de muerte y cúmulo de desgracias, lo único cierto para Elena era que su madre había sido una mujer desdichada a la que la vida no había tratado bien, y resultaba fácil suponer que en la época en la que le tocó vivir, debió ser muy duro para ella sacar adelante a sus dos hijas sola, sin tener a un hombre a su lado y expuesta a la maledicencia y las habladurías de la gente. Por eso, cuando tuvo edad suficiente para comprenderlo, le perdonó su carácter áspero y esquivo y jamás le confesó lo que pensaba. Aprendió, no obstante, que debía ser fuerte; y por consiguiente, no lloró cuando acudió a su entierro. Por más que hurgó en su interior, no fue capaz de encontrarse las lágrimas. De todos modos, su madre no habría aprobado que llorara.

Caminó el corto trecho que la separaba de su portal por la calle desierta en aquella mañana de resaca, después de una larga noche en la que los restos de petardos y algunas botellas vacías evidenciaban la algarabía que habrían tenido que soportar sus vecinos durante su ausencia. Con la bolsa colgada del hombro abrió la puerta de su apartamento deteniéndose por un instante a contemplarlo desde el umbral antes de entrar, como si lo viera por primera vez, y de inmediato, la invadió una sensación de bienestar, de honda satisfacción. Le gustaba su casa. A Irene también le gustaba.

—¡Qué suerte tienes...!—le decía cada vez que iba a visitarla, en un tono desenfadado que no ocultaba, sin embargo, cierto poso de envidia— poder vivir aquí sola...tú si que te lo has sabido montar bien.

Y Elena tenía que morderse la lengua para no responderle por enésima vez:

—Tú podrías hacer lo mismo, si quisieras...

—Sí—replicaría Irene con una sonrisa amarga—Tú lo ves todo muy fácil, siempre has tenido mucha suerte.

Era la frase favorita de Irene en todo lo referente a su hermana pequeña. A Elena le molestaba enormemente; le parecía que con aquella repetitiva expresión trataba de desvalorizar, de una manera consciente y expresa, cualquier logro, cualquier esfuerzo, como si nada de lo que ella hiciera tuviera ningún valor. A lo largo de toda su vida, cada paso adelante que había dado Elena, cada éxito, había sido para su hermana, invariablemente, una consecuencia de su buena suerte, sin tener en cuenta los años de

estudio, de dedicación, de sacrificio, de lucha por conseguir alcanzar sus metas.

No siempre había sido así. Irene, al ser mayor que Elena, la había convertido en su juguete favorito desde que ésta nació. De niñas era su muñequita; cuidaba de ella, la mimaba, la protegía, le enseñaba todo cuanto sabía y Elena la idolatraba. Más que su hermana mayor era como una segunda madre para ella, su confidente, su mejor amiga. Elena gozó de una infancia feliz y confiada bajo su sombra protectora y recibió de ella todo el afecto que le escamoteaba su madre, pero, a medida que fueron creciendo y Elena fue ganando autonomía, la distancia entre ambas se hacía cada vez mayor.

Si Elena se reveló pronto como una buena estudiante y disfrutaba aprendiendo, a Irene, en cambio, le costó acabar los estudios elementales y colgó los libros en cuanto pudo. Sus aspiraciones se limitaban a encontrar un buen novio, casarse y tener un hogar feliz lleno de niños, a la manera de las familiares comedias americanas que devoraba a través de la televisión. Y en tanto llegaba el hombre de sus sueños entretenía la espera trabajando de dependienta en una pequeña tienda de modas del barrio, ya que entendía, que el lugar de la mujer estaba en el hogar cuidando de su marido y de sus hijos, lo cual, enervaba a Elena, que se rebelaba contra un destino predeterminado por la tradición y las costumbres.

Elena, por su parte, que tenía, según su hermana, la suerte de valer para estudiar, siguió adelante con su formación académica y se matriculó en la universidad, compaginándola, durante toda la carrera, con ocasionales trabajos de media jornada que le dejaran el suficiente tiempo libre para dedicarse a sus estudios, no pudiendo evitar por ello que su madre y su hermana le reprocharan constantemente no aportar lo bastante a la economía familiar y perder demasiado tiempo con los libros.

Fue durante esa época cuando se hizo patente el distanciamiento entre las dos hermanas. A Irene le gustaba ir a bailar con frecuencia —la discoteca era una buena cantera de posibles futuros maridos— y encontrarse con sus amigos después del trabajo en un bar próximo a su casa; e insistía en que Elena la acompañara, pero ésta se aburría en aquel ambiente y prefería ocupar su tiempo estudiando o leyendo un buen libro, o

compartirlo con sus compañeros de facultad, con los que se sentía más identificada. A Irene le disgustaba la actitud de su hermana y la tachaba de soberbia, de creerse superior a ella y sus amigos porque iba a la universidad, y le advertía que si seguía actuando de aquel modo jamás iba a encontrar un novio y no conseguiría casarse, cosa que a Elena, ya por aquel entonces, le tenía absolutamente sin cuidado.

Irene empezó a salir con un chico y a fantasear con la idea de formar un hogar idílico, decorado con muebles de formica y permanentemente impregnado de olor a colonia Nenuco y papillas infantiles. Sin embargo, el joven pretendiente, tal vez asustado por el apremio de su novia, de un día para otro la dejó plantada y desapareció. Pero Irene, sin apenas haberse enjugado las lágrimas por el desengaño sufrido, se comprometió enseguida con otro muchacho y a los pocos meses se casaron, dejando pasmada a Elena y a toda su familia, así como a sus propios amigos.

Elena se graduó en la universidad en la carrera de Periodismo. Desde niña había deseado convertirse en una abanderada de las causas perdidas, hacer oír su voz en nombre de los más oprimidos y denunciar las injusticias y los abusos de poder. Tuvo que trabajar duro para lograr hacerse un hueco en una profesión en la que, por aquel entonces, las mujeres ocupaban generalmente puestos como secretarias, asistentes, o, a lo sumo, como articulistas en revistas femeninas o de sociedad. Pero ella aspiraba a mucho más: quería viajar por el mundo y hacer grandes reportajes, escribir sobre los temas de más candente actualidad, estar siempre en el ojo del huracán, a la caza de la noticia. Quería trabajar en un medio serio, quería llegar a lo más alto; por lo que se vio obligada a redoblar sus esfuerzos para demostrar su valía y ganarse el respeto de sus colegas masculinos y la confianza de sus superiores. Y siendo muy joven todavía, llegó a ser redactora jefe en una revista especializada en investigación y denuncia social. Fueron años de absoluta dedicación en los que su vida personal quedó relegada a un segundo plano, pero a Elena no le importaba; consiguió lo que quería y alcanzó prestigio profesional, además de una buena posición social y económica. Para entonces, ya no tenía vida privada. Su trabajo se había convertido en su principal fuente de satisfacción y en el motor de su existencia; a través de él, cubría sobradamente sus necesidades de

comunicación y de relación con otras personas, incluso, en ocasiones— ¿por qué no?— de manera íntima. Su profesión le permitía, asimismo, viajar con frecuencia a cualquier rincón del mundo, como siempre había deseado, y vivir experiencias que nunca habría podido disfrutar —o sufrir— si hubiese elegido otra forma de vida. Además —aunque eso sólo se lo había confesado a Laura—, le encantaba medirse constantemente con hombres en términos de igualdad, y, en muchos casos, acabar doblegándolos.

Mientras, los sueños de Irene se desmoronaban ahogados en la cotidianidad y el hastío de su humilde hogar, como madre de dos niñas malcriadas que exigían constantemente su atención, y esposa de un hombre gris y anodino que parecía haberse convertido en parte del mobiliario. Cuando Elena iba a casa de su hermana, a veces olvidaba que él estaba presente; vivía tumbado permanentemente en el sofá y absorto con todo cuanto aparecía en la pequeña pantalla, incluidos los anuncios. Y Elena sufría un sobresalto cuando Manuel daba señales de vida profiriendo un alarido de entusiasmo o decepción, en función del comportamiento de su equipo favorito de fútbol en el partido que estaba viendo.

Elena, en una ocasión en que fue a visitar a su hermana, y percibiendo con preocupación el estado de ánimo en que se encontraba, cada vez más melancólico, la animó a que se buscara un trabajo.

—Ahora que las niñas ya son mayores y no te necesitan tanto—le dijo—te iría bien. Te distraerías y podrías ganar tu propio dinero.

—¿Y en que quieres que trabaje?—replicó Irene—me he quedado atrás, no tengo preparación ni estudios.

—Hay cursos de formación...—arguyó Elena.

—No tengo dinero.

—Los hay gratuitos.

—Para ti todo es muy fácil—le espetó Irene, irritada—tú siempre has tenido mucha suerte.

Y Elena no insistió. Quizás Irene tuviera razón, se dijo, ella tenía mucha suerte; la suerte de ser decidida, tenaz y disciplinada, de ser capaz de perseguir sus sueños sin rendirse hasta conseguir hacerlos realidad, de creer firmemente que la suerte aguardaba agazapada en cualquier esquina y había

que salir a buscarla cada día, aferrarse a ella con fuerza y no bajar nunca la guardia para que no pudiera escapar.

Irene vivía con su marido y sus hijas en un pequeño pueblo cercano a Barcelona que se convirtió, durante años, en el refugio favorito de Elena cuando, agobiada por los estudios, el trabajo o el ajetreo de la ciudad, se tomaba unos días de descanso y se permitía el lujo de no hacer nada —ya que no había nada que hacer allí— más que leer junto a la chimenea y pasear por aquellos bosques solitarios y silenciosos entre imponentes montañas. Sin embargo, con el tiempo, sus visitas se fueron haciendo cada vez más esporádicas hasta acabar por limitarse a determinadas fechas señaladas, dado el ambiente enrarecido de la casa y el cambio operado en el carácter de su hermana que se mostraba cada día más irritable y tensa, y no tenía ningún reparo en expresar, bien a las claras, que estaba harta de su marido y de sus insoportables hijas adolescentes, lo que incomodaba a Elena, testigo involuntario de sus quejas y de las frecuentes discusiones familiares. Por otra parte, Irene, tampoco se molestaba en disimular una cierta animadversión y una creciente agresividad hacia su propia hermana.

Pese a todo, aquel año, después de un largo periodo sin verse, aunque hablaban con frecuencia por teléfono, Elena decidió ir a pasar con su familia la verbenas de San Juan. No le apetecía permanecer en la ciudad y verse obligada a participar, quisiera o no, de la noche más corta del año, del bullicio de la fiesta, del absurdo divertimento de los incesantes y estruendosos petardos, que, al parecer, era a lo que había quedado reducida aquella celebración. Recordaba con nostalgia las verbenas de su niñez, el excitante burbujeo del champán bajo su nariz —entonces se llamaba champán, y no cava— cuando le permitían tomar un sorbito; y la voz de Joan Manel Serrat cantando *Aquellas pequeñas cosas* en el tocadiscos que habían instalado en la calle para que todos los vecinos bailaran y disfrutaran de la fiesta.

El pueblo en el que vivía Irene conservaba, de alguna manera, aquel sabor de las verbenas de antaño. En la plaza principal, frente a la iglesia, se colocaban cada año varias hileras de mesas y sillas y todos los vecinos aportaban diversos manjares entre los que no faltaban la sangría y el buen vino, además de la tradicional coca de piñones o de frutas, a las que con el

tiempo se fueron incorporando las nuevas variedades que iban apareciendo en el mercado. La música y las risas, la alegría y el desenfado animaban la celebración y las conversaciones, que se prolongaba hasta altas horas de la madrugada.

Aquella noche, Irene se mostraba muy excitada, exultante. No había cesado de hablar y de reír, ni de soltar puyas contra su marido, que todos, incluso él mismo, celebraban como divertidas ocurrencias mientras el vino corría generoso de mesa en mesa. Avanzada la noche, y quizás harto de ser el blanco de todas las bromas, Manuel se excusó y decidió retirarse. Pero no por ello su esposa dejó de encarnizarse con él; era como si no pudiera parar, como si tuviera la necesidad de vomitar todo el desprecio que sentía por aquel hombre. Elena se dio cuenta de que los comentarios de su hermana empezaban a rallar el mal gusto y que sus convecinos, incapaces ya de reírle las gracias, trataban de cambiar de conversación, y al no lograrlo, se desentendían de ella ostensiblemente.

Cuando Elena logró por fin convencerla de que regresaran a casa, y tan solo cruzar el umbral de la puerta, el ánimo de Irene sufrió una repentina transformación: la euforia se trocó en llanto, y sus jocosos comentarios, en imparables lamentos que se prolongaron casi hasta el amanecer. Elena, con el juicio ligeramente embotado a causa del alcohol, hizo ímprobos esfuerzos por escuchar a su hermana con atención y mostrarse comprensiva. Hasta que, exhaustas y vacilantes las dos, se retiraron a sus respectivas habitaciones cuando ya el sol, inclemente, derramaba sus primeros rayos sobre las colinas.

Elena dio vueltas en la cama durante horas tratando inútilmente de conciliar el sueño. La cabeza le estallaba, y un terrible malestar oprimía su pecho. Por lo que en cuando oyó a Irene trasteando en la cocina, decidió levantarse. Una ducha y un buen desayuno le sentarían bien.

Poco más tarde, las dos hermanas se encontraban en el comedor frente a sendas tazas de humeante café. La resaca les estaba pasando factura y la imparable verborrea de Irene de la noche anterior, había dado paso a un obstinado silencio que, pese a resultar embarazoso para Elena, no se sentía con ánimos de atajar. Aun así, Irene trataba de dar un aire de normalidad a la situación, como si no hubiera ocurrido nada de particular y prefiriera que

su hermana olvidara aquel momento de debilidad que, era obvio, lamentaba haber mostrado horas antes. A Elena le dolía la cabeza, pero no podía apartar de su mente las desesperadas revelaciones que le había hecho Irene de madrugada; los duros reproches contra su marido, el resentimiento que albergaba contra él y que envenenaba su alma y se manifestaba en su vida cotidiana, en una excesiva dureza contra todo y contra todos. Tenía la sensación de que su hermana estaba al límite, completamente hundida.

—¿Por qué no le dejas de una vez?—dijo sin poder contenerse.

—¿A quién?—preguntó Irene, sorprendida.

—A Manuel...— Elena lamentó de inmediato haber iniciado aquella conversación.

—¿Te has vuelto loca?—replicó Irene, indignada— las cosas no son tan fáciles. No se puede uno deshacer de una familia como de un traje pasado de moda.

—Pero es evidente que no le quieres. No le soportas. Se te nota que no puedes más con la vida que llevas. Yo te ayudaría en todo lo que pudiera. — insistió Elena, a su pesar, consciente de que no había elegido el mejor momento para plantear aquella conversación, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Te crees muy lista ¿verdad?—estalló Irene. Y fue como si una chispa hubiera prendido en un cargamento de pólvora— ¿Qué sabes tú de mí, de mis sentimientos? Siempre te has creído superior a los demás, a mí, a mi familia, a la gente de este pueblo. Nos miras a todos por encima del hombro porque vives en un apartamento de lujo en la ciudad y tienes estudios. Pero no eres mejor que nosotros. ¿Qué crees que has conseguido tú? ¿Crees que tu vida es mejor que la mía? Ni siquiera has sido capaz de formar una familia. En realidad, eres una fracasada: estás completamente sola.

Irene se había puesto en pie con súbita violencia y le gritaba a su hermana a la cara, fuera de sí.

—Mírate...—replicó Elena dolida por las palabras de su hermana y sorprendida por su desmedida reacción. Era como si Irene hubiera estado conteniendo durante todos aquellos años sus sentimientos de hostilidad contra ella y estallaran de golpe—Estás llena de odio. Me odias a mí, odias a todos cuantos te rodean, te odias a ti misma porque no soportas tu propia

vida y no eres capaz de cambiarla. Eres cruel y malvada con todo el mundo. ¡Estás amargada!

—¡Tú sí que estás amargada!—gritó Irene—Y vienes aquí con tus aires de sabelotodo a decirnos cómo debemos vivir nuestra vida. ¿Quién te ha pedido tu opinión? Mejor sería que te ocuparas de ti misma, ¡que buena falta te hace!

Elena se levantó bruscamente de la silla. Los gritos de ambas habían despertado la alarma de Manuel y sus dos hijas que presenciaban atónitos la discusión junto a la puerta del comedor. Elena no alcanzaba a comprender cómo un simple comentario con el que sólo había tratado de ayudar a su hermana mostrándole su solidaridad y su comprensión, había degenerado en aquella desaforada pelea.

—No te preocupes—declaró mordiendo las palabras, ofendida—puedes estar segura de que no volveré a inmiscuirme en tu vida. De hecho, no pienso volver a pisar esta casa. Me voy.

Se encaminó hacia su habitación dispuesta a recoger sus cosas y marcharse mientras la voz despechada de Irene seguía tronando a sus espaldas.

—¡Si te vas es porque quieres! ¡Nadie te ha echado! ¡Siempre has sido bienvenida a mi casa!

Elena no respondió. Cerró violentamente la puerta de la habitación en tanto que Irene se daba la vuelta y, abriéndose paso de un manotazo entre su marido y sus hijas, salía del comedor. Un espeso silencio se extendió por toda la casa mientras Elena recogía sus pertenencias a toda prisa y las lanzaba dentro de la bolsa de viaje de cualquier manera, de modo que tuvo que salir de la alcoba con algunas prendas que no le habían cabido colgadas del brazo y la bolsa sin cerrar, pero en aquellos momentos, lo único que deseaba era irse cuanto antes. Sus sobrinas, sentadas en el sofá del salón, muy quietas y calladas, la observaban con reprobación. En cambio Manuel, que fumaba un cigarrillo, de pie junto a la chimenea, le dirigió una comprensiva mirada desde un rostro que expresaba una infinita tristeza. Elena lo besó en la mejilla y él la abrazó en silencio. Después, ella salió de la casa y levantó la vista a la ventana de la cocina antes de meterse en el

coche: los ojos de Irene, cargados de rencor, permanecerían vivos en su memoria durante mucho tiempo.

Desde entonces, cuando se aproximaba la verbena de San Juan, Elena calculaba mentalmente el tiempo que llevaban sin verse: un año, dos años, tres años... hasta que acabó por perder la cuenta. En ocasiones estuvo tentada de llamarla, pero nunca se decidió a hacerlo ¿Para qué? Jamás podrían entenderse. Irene, por su parte, tampoco trató de ponerse en contacto con ella, y Elena no se lo reprochaba, en realidad, casi lo agradecía; aquel lazo invisible que las unió no admitía más nudos, no valía la pena seguir intentándolo. Era preferible aceptar la realidad y que cada una viviera su vida de la forma que mejor entendiera.

Pasó tres días en la isla de Menorca en un apartado y confortable hotel, disfrutando del mar y de largos paseos al atardecer por los alrededores, como si de un retiro espiritual se tratara; y regresó a casa y al trabajo recomfortada y en paz consigo misma. Aquellas escapadas, de vez en cuando, eran cuanto necesitaba para sentirse feliz y plena de energía.

IV

Era domingo. Otro de aquellos odiosos domingos en los que las horas parecían ralentizarse, estirarse como un chicle sólo para atormentar a quienes como Laura, no tenían con quién compartir su tiempo libre ni sabían cómo emplearlo en soledad. Decidió ir al gimnasio a nadar un rato en la piscina exterior y tomar un poco el sol. Prefería con mucho disfrutar de la tranquilidad que le ofrecía la piscina del gimnasio que ir a la playa y tratar de conseguir un hueco entre cuerpos sudorosos y ávidos de sol que acudían en masa en aquellos primeros días del incipiente verano, para salir de allí rebozada en arena y sal hasta las pestañas, y con los nervios en tensión a causa del inquietante y pertinaz sonido de un balón, inevitablemente próximo a ella, que en cualquier momento iría a parar a su toalla o, peor todavía: golpearía su cabeza con violencia -estaba convencida de que tenía un extraño atractivo para las pelotas de playa que parecían perseguirla como si tuviera un imán—, y acabaría la jornada playera totalmente estresada y huyendo a todo prisa, con el único anhelo de llegar a su casa para darse una reparadora ducha y poder relajarse al fin. Como si alguna fuerza superior la hubiera obligado a permanecer en aquella playa atestada durante horas y por fin se viera liberada de su condena. No, decididamente sería mejor la piscina. Allí se respiraba tranquilidad y el baño la tonificaría, al tiempo que le permitiría dilapidar algunas de aquellas festivas e interminables horas.

De todos modos tenía que admitir que en verano la soledad era más llevadera. Siempre cabía la posibilidad de matar el tiempo en la playa, tumbada bajo el sol, o en la piscina, o paseando por algún parque,

observando a la gente y siendo de alguna manera partícipe de sus vidas, aunque sólo fuera como mudo testigo. En invierno era más duro. Había que salir de casa para dirigirse a algún lugar en concreto. Por ese motivo, si no tenía ningún plan determinado, optaba por permanecer encerrada en la soledad de su hogar, como si cumpliera un arresto domiciliario —a veces, ni siquiera se quitaba el pijama en todo el día—, viendo la vida pasar a través de la ventana y sintiendo envidia de todas aquellas gentes que transitaban por la calle y tenían algún lugar a donde ir y alguien que les esperara, y esa idea acrecentaba su tristeza y la pena que sentía por ella misma. Tenía la posibilidad de acudir a casa de sus padres, su madre no dejaba de pedírselo cada semana, pero le dolía comprobar el estado de su padre que se deterioraba por momentos, y siempre salía de allí más deprimida de lo que llegaba.

Cuando Marta era pequeña nunca se sentía sola, ni siquiera cuando Javier la dejó. La tenía a ella. Su vida giraba en torno a la pequeña y siempre estaba ocupada. Iban juntas a todas partes, se evadía participando con entusiasmo en las actividades y los entretenimientos que ideaba para distraer a la niña y disfrutaba con sus juegos y sus ocurrencias. Pero Marta había crecido y ya no la necesitaba. Tenía sus propios amigos y nuevos intereses. Y Laura no podía evitar que la nostalgia le pellizcara el corazón ante la energía arrolladora de su hija y sus ganas de vivir que le recordaban a ella misma cuando tenía su edad. Ella había llegado a un punto en el que la vida le pesaba, le daba pereza vivirla, y se sentía aliviada cuando miraba atrás y veía el camino recorrido; ya quedaba menos... en eso se había convertido la existencia para ella: en un largo y penoso camino que tenía que recorrer hasta llegar al final.

Sí, probablemente era demasiado joven para estar tan desencantada, para dejarse languidecer de aquel modo, pero no se sentía con fuerzas para hacer otra cosa. Por supuesto que deseaba que su vida cambiara, no dejaba de mantener una leve esperanza, pero odiaba la idea de andar sola por ahí, buscando ¿Qué? Proclamando a los cuatro vientos que no tenía a nadie a su lado... A su edad su vida debería estar estabilizada, fluir mansa y felizmente sin que ella tuviera que hacer nada, ningún desesperado esfuerzo por dotarla de algún sentido y seguir teniendo ganas de levantarse de la cama cada

mañana. Elena siempre le decía que tenía que salir más, hacer amistades, buscar alguna actividad que le gustase y en la que pudiera conocer a otras personas; ella misma la invitaba a acompañarla siempre que le era posible. Pero Laura se sentía incómoda e insegura entre los cultos y mundanos amigos de Elena y a menudo declinaba su invitación; se encontraba mejor en la confortable y familiar soledad de su hogar.

Años atrás, cuando vivía con Javier, le encantaban los domingos. Sobre todo en invierno: despertarse por la mañana sin prisa, sin sentir el tic tac del reloj apremiándola, pisándole los talones por toda la casa; desperezarse como un gato y acurrucarse de nuevo junto al cuerpo de Javier buscando su calor, tal vez, hacer el amor aun somnolientos, desayunar con calma y salir después a dar un largo paseo, tomar el aperitivo en alguno de los bares del barrio y quizá comer en un pequeño y acogedor restaurante. Y aquellas tardes tranquilas en las que permanecían refugiados en la calidez de su hogar burlando al frío que se pegaba a los cristales sin poder entrar, o contemplando la lluvia que caía silenciosa mientras merendaban pastelillos y los acompañaban con cava... Cuando nació Marta se mantuvieron fieles a aquella especie de tradición que se habían inventado adaptándola a las necesidades de la pequeña: los paseos y el aperitivo se trasladaron a los parques, y el cava, que incitaba al amor, aguardaba impaciente el ansiado momento en el que, después de comer, los párpados de la niña se entornaban y les concedía la gracia de una larga y reparadora siesta.

Después, todo acabó. Y los domingos se convirtieron en una pesadilla recurrente: una montaña interminable de horas vacías salpicadas de soledad y tristeza.

El vestuario del gimnasio estaba desierto y silencioso cuando Laura entró. Posiblemente, tal como ella había supuesto, la mayoría de los usuarios habituales estarían en la playa, o aprovechando aquellos primeros días de sol para hacer alguna escapada fuera de la ciudad.

Laura eligió una taquilla al azar y empezó a desnudarse. Entonces la vio. Estaba sentada en un rincón, tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared, y una escoba en la mano que amenazaba con escapar de sus dedos en cualquier momento y caer al suelo con estrépito. Vestía el

uniforme de las empleadas de la limpieza del gimnasio y parecía profundamente dormida. Laura ralentizó sus movimientos tratando de no hacer ruido para no molestarla, pero la mujer pareció adivinar su presencia y abrió los ojos de súbito, al tiempo que se ponía en pie azorada.

—¡Oh! Disculpe, señora...Sólo me había sentado a descansar un momento...—balbuceó con la cabeza baja, y se puso a barrer de forma mecánica, todavía aturdida.

—No te preocupes—sonrió Laura, amistosa—por mi puedes seguir descansando.

—Si me llega a pillar la jefa...

—Bueno, hoy no parece que haya mucho trabajo—Laura no sabía que decir para tranquilizar a la pobre mujer que se mostraba avergonzada.

Ella no respondió. De repente, pareció sufrir un vahído, y tras apoyarse en la pared un instante, se dejó caer de nuevo sobre uno de los bancos, se cubrió el rostro con las manos y un gemido escapó de su garganta. Laura temió que fuera a desmayarse o que se echase a llorar. Acabó de enfundarse el bikini con rapidez y acudió solícita a su lado.

—¿Te encuentras bien?—preguntó sentándose junto a ella y posando su mano sobre el hombro de la muchacha.

La joven asintió en silencio con un cabeceo, retiró las manos de su cara y miró a Laura con gesto abatido.

—Lo siento, no quería asustarla. Es sólo que estoy un poco cansada...

Era bastante mas joven que ella, apenas si habría cumplido los treinta y cinco años, pero unas oscuras bolsas bajo sus ojos y su aspecto cansado la hacían parecer mayor.

En aquel momento la puerta del vestuario se abrió y apareció Ruth, la monitora de las rastas que dirigía las clases a las que asistía Laura. Llevaba un diminuto bikini blanco que dejaba al descubierto la mayor parte de su esbelto cuerpo y resaltaba su magnífico bronceado. Era muy guapa, pensó Laura, y muy joven.

—¿Qué te pasa, Teresa?—preguntó con preocupación al descubrir a la muchacha de la limpieza, acudiendo de inmediato junto a ella.

—No es nada, Ruth. Me he mareado un poco, pero ya me encuentro mejor—respondió la joven—es que apenas he dormido esta noche...

—¿Por qué?—la interrogó Ruth con cierta rudeza al tiempo que se sentaba a su lado— Has estado trabajando ¿verdad?

—Es que me llamó la hija de la Sra. Jacinta, ya sabes, mi vecina, para que me quedase con su madre esta noche porque ella tenía que salir por un compromiso, y se ve que la mujer no se sentía muy bien y no quería quedarse sola—explicó Teresa.

—Pero es que tú no puedes estar trabajando veinticuatro horas al día, mujer—la reprendió Ruth en tono afectuoso—acabarás por caer enferma.

—Bueno, he podido dar alguna cabezadita durante la noche...De todas maneras, si Dios quiere, pronto podré dejar alguno de los trabajos—agregó Teresa con un leve brillo de esperanza en sus ojos.

—Trabaja aquí por las mañanas—explicó Ruth dirigiéndose a Laura—, por las tardes limpia una escuela, y muchas noches se las pasa cuidando de esa anciana vecina suya, y encima los fines de semanas viene a hacer horas extras.

—¡Vaya!—terció Laura—todo eso parece demasiado.

—Es por mi hija—dijo Teresa, y su rostro se iluminó con una dulce sonrisa—Quiere ser bailarina ¿sabe? siempre le gustó bailar. Si casi no sabía ni andar y ya se pasaba las horas delante del espejo de casa bailando de puntillas. No se dónde lo aprendió. Supongo que ya nació con eso...

Se encogió ligeramente de hombros con una mezcla de resignación y orgullo, como si acabara de decir que su hija había tenido la desgracia de nacer superdotada y no tenían más remedio que aceptarlo y aprender a vivir con aquel problema.

—Una profesora del colegio le dijo que la niña tenía facultades para bailar—intervino Ruth—, que debería llevarla a clases de danza. Pero claro, Teresa no podía pagarlas. Bastante ha hecho ya con criar a su hija sola, la pobre, después de que el sinvergüenza del padre desapareciera cuando supo que estaba embarazada.

—Éramos unos críos -lo justificó Teresa - y supongo que se asustó. Si no hubiera sido por mi madre... Pero bueno, eso ya es agua pasada.

—El caso es que la maestra de Beatriz, su hija—continuó Ruth—, le presentó a una amiga suya que tenía una escuela de ballet, y cuando vio bailar a la niña se entusiasmó con ella, pero Teresa le dijo que no tenía

dinero para pagar el curso, así que Blanca, la directora de la escuela, le propuso que se ocupase de la limpieza de las instalaciones a cambio de las clases.

—A mi niña le hacía tanta ilusión que no pude negarme—dijo Teresa.

—¿Cuántos años tiene tu hija?—preguntó Laura.

—Acaba de hacer los quince. Lleva bailando desde los cinco, y todos dicen que puede llegar a ser una gran bailarina.

—¡Seguro que lo será!—confirmó Ruth.

—Blanca, su profesora de danza—siguió Teresa—, se ha tomado siempre mucho interés por ella. Pero dice que ya no puede enseñarle nada más, que si sigue en sus clases se estancará, y que tendría que ir a una escuela más profesional. Y como sabe que no nos sobra el dinero lo ha arreglado todo para que le den una beca a la niña y pueda seguir preparándose.

—Mañana es el examen. —terció Ruth sonriendo y rodeando a Teresa con el brazo en un gesto de cariño—Si tiene suerte entrará en una escuela de danza muy importante de Madrid y pronto podrá empezar a bailar profesionalmente.

—¡Dios quiera que lo consiga...!—dijo Teresa elevando los ojos al techo al tiempo que se santiguaba.

—Seguro que lo logrará—la animó Laura.

—Lo único que me preocupa es que tendremos que separarnos. Imaginaros, mi niña sola en Madrid...

—¿Y tú no puedes acompañarla?—preguntó Laura.

—De momento no. ¿Qué iba a hacer yo en Madrid? Aquí al menos tengo trabajo. No sé, espero poder ir más adelante. Por ahora Beatriz vivirá en casa de una hermana de Blanca. Se están portando muy bien con nosotras y les estamos muy agradecidas. Y es la ilusión de la niña...Yo nunca haría nada para quitarle esa ilusión.

—Claro...—Laura escuchaba conmovida a aquella mujer dispuesta a hacer cualquier sacrificio por cumplir el sueño de su hija.

—Todo saldrá bien, Teresa, ya lo verás—añadió Ruth, con entusiasmo—y entre todos te ayudaremos a encontrar una solución para que puedas reunirte con tu hija en Madrid lo antes posible.

—Gracias, Ruth. Eres muy buena conmigo—dijo Teresa con humildad.

—Tu sí que eres buena, Teresa—replicó Ruth—y mereces que todo os salga muy bien a ti y a tu hija.

—Bueno, tengo que seguir trabajando—se disculpó la mujer, sonriendo con timidez— perdonad que os haya aburrido con mis problemas.

—¡No seas tonta!—protestó Ruth, afectuosa.

—Nada, mujer—añadió Laura—, y si hay algo que pueda hacer por ti...

—Gracias -dijo Teresa- Ya nos veremos por aquí...

—Claro. Suerte mañana para tu hija.

Teresa asintió sonriendo agradecida, y tras despedirse de Ruth, empuñó el carro cargado con los útiles de limpieza y salió del vestuario.

—Bueno—se despidió Laura también— Nos vemos mañana en clase.

—Hasta mañana, Laura—Ruth, que acababa de desnudarse por completo, se dirigía a la ducha con su voluminosa cabellera envuelta en una toalla.

Laura se colgó del hombro la bolsa de playa y la toalla, de modo que ésta última cubriera su cuerpo estratégicamente, y se encaminó hacia la piscina. Había poca gente y reinaba un apacible silencio. Olía a cloro y hacía calor. Con la charla, se había hecho un poco tarde y el sol ya estaba alto. Eligió una tumbona al azar, extendió sobre ella su toalla y se tendió encima. Hizo una larga y profunda inspiración y soltó el aire despacio; una suave brisa contrarrestaba el calor del medio día. De inmediato, la invadió una agradable sensación de bienestar, se abandonó al dulce abrazo del sol y se dejó acariciar dócilmente. El pasado invierno había asistido a un curso de Pensamiento Positivo, y aprendió que la verdadera felicidad consistía en saber disfrutar de pequeños momentos como aquél, sólo había que estar alerta para aprehenderlos cuando se presentaban y exprimirlos hasta la última gota. Sumándolos todos a lo largo de la vida, conformarían una existencia feliz. Eran momentos, situaciones, pequeños destellos de luz que estaban por todas partes, siempre al alcance de la mano. Como decía el joven maestro budista, era más fácil conseguir de este modo la felicidad que persiguiéndola con ahínco durante toda la vida, dejando escapar, entretanto, aquellas pequeñas cosas que se cruzaban en el camino y a las que ni siquiera se prestaba atención, preocupados tan solo por conquistar aquel

ideal de FELICIDAD, con mayúsculas, que una y otra vez se escurría de entre los dedos convertido en humo. Porque la felicidad, explicaba, no es un objeto tangible que se pueda amasar ni guardar en un cofre bajo llave como un preciado tesoro; es volátil y escurridiza, y hay que apurarla hasta la última gota en el preciso instante en el que se nos ofrece.

A la mañana siguiente, cuando los relojes habían rebasado con creces la hora que indicaba el medio día, Blanca, la profesora de danza de Beatriz, y su hijo David, aguardaban nerviosos y firmemente asidos del brazo, en el hall del teatro en el que se realizaban las pruebas de ballet. Ninguno de los dos apartaba la vista de la cima de la escalera por la que tenía que aparecer la joven bailarina en cualquier momento. De súbito, la melodía de piano que les llegaba desde la planta superior cesó y ambos se miraron conteniendo la respiración y aguardando expectantes la aparición de la muchacha. Poco después, Beatriz se asomaba jadeante a la barandilla, enfundada su estilizada figura, casi infantil, en un maillot blanco y unos leotardos del mismo color. El rostro arrebolado y grave el semblante, los observó unos instantes con sus grandes ojos azules. Algunos mechones de sus rubios cabellos se habían desprendido del pequeño moño con que los recogía y flotaban en torno a su cara formando una especie de aureola dorada; estaba preciosa, pensó David contemplándola embelesado. Entonces ella sonrió, y lanzando un grito de alegría, voló literalmente escaleras abajo hasta arrojarle en los brazos de ambos.

—¡Lo he conseguido!—gritó, con regocijo—¡Me van a dar la beca! ¡Me voy a Madrid!

—¡Cuánto me alegro, cariño!—dijo Blanca, emocionada, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—¡Sabía que lo lograrías!—David apartaba con ternura los cabellos húmedos pegados al rostro de la muchacha mientras aguardaba impaciente el momento de poder abrazarla también.

Beatriz se separó de Blanca y se lanzó al cuello del muchacho que la levantó en volandas y ambos giraron enlazados por el hall del teatro riendo a carcajadas. Cuando la depositó de nuevo en el suelo se besaron levemente

en los labios bajo la mirada complacida de Blanca, y Beatriz sonrió, algo cohibida.

—Estoy toda sudada...—se disculpó.

—Estás preciosa—respondió David.

—Me refresco un poco, me cambio en un momento y os lo cuento todo ¿vale?— cogió la mochila que Blanca le tendía y agregó—: esperadme fuera y nos tomamos algo para celebrarlo. ¡Me muero de sed! Vuelvo enseguida.

La joven echó a correr como una exhalación en dirección a los camerinos para cambiarse de ropa mientras madre e hijo se fundían en un abrazo y, sonriendo felices, se dirigían hacia las puertas del teatro para aguardar a la muchacha bajo la marquesina.

Más tarde, en un bar cercano, Beatriz daba buena cuenta de una botella de agua mineral mientras explicaba a sus amigos entre grandes aspavientos y poseída por una incontenible excitación, todos los detalles de cuanto había acontecido en el transcurso de la prueba.

—Cuando he entrado en la sala—decía—creía que iba a desmayarme de la impresión: los tres miembros del tribunal estaban sentados detrás de una mesa mirándome muy serios. Me han preguntado mi nombre y no sé cuantas cosas más, ¡ni siquiera me acuerdo de lo que he contestado! Después me han dicho que podía empezar. A mí me ha entrado pánico: creía que en cuanto intentara mover un pie tropezaría y me caería delante de ellos. A pesar de todo, le he hecho una seña al pianista y enseguida ha empezado a tocar...No sé lo que me ha pasado, ¡os lo juro! cuando he oído la música, mis pies han empezado a moverse solos, me he olvidado de los profesores, de dónde me encontraba, de lo importante que era aquello para mí, de lo que me jugaba...sólo oía el piano y bailaba, bailaba, bailaba...por mí no habría parado nunca de bailar. Hasta que el pianista ha dejado de tocar de golpe y yo he vuelto a la realidad. He mirado al fondo de la sala y todos me estaban observando con la cara muy seria, sin mover un músculo, y muy callados. Se me ha venido el mundo encima: ¡no había superado la prueba! Pero de repente, la directora del ballet de Madrid ha sonreído, me ha dicho que lo había hecho muy bien, que les había impresionado y que

habían disfrutado mucho con mi actuación; podía irme a casa tranquila: ¡la beca ya era mía...! ¿No es increíble?

—No, cariño—repuso Blanca sonriendo con ternura—es lo que tú te mereces. Has trabajado mucho para conseguirlo.

—Pero si tú no me hubieses ayudado, si no hubieses confiado en mí, nunca habría llegado hasta aquí. Todo te lo debo a ti, Blanca—Beatriz se abrazó a su profesora, agradecida, con lágrimas en los ojos.

—¡Eh! ¿Y yo qué?—protestó David, riendo—¿No me merezco nada después de todas las horas que me he pasado tocando el piano para que ensayaras?

—¡Tú te lo mereces todo, guapísimo!—rió Beatriz, melosa, abrazándose a su novio. Después miró su reloj de pulsera—Ahora tengo que irme. Estoy deseando contárselo a mamá.

—Sí, querida—intervino Blanca—ve a decírselo en seguida. Seguro que Teresa se pondrá muy contenta.

Beatriz los besó de nuevo a ambos y salió corriendo del bar entre bromas y risas.

Segundos después, el estridente chirrido de unos neumáticos y los gritos de la gente congelaron la sonrisa en los labios de David y Blanca que, asaltados por un terrible presentimiento, se abalanzaron sobre la puerta de la calle para ver qué había ocurrido. En medio de la calzada había un coche atravesado y un hombre salía de él llevándose, desolado, las manos a la cabeza:

—¡No la he visto! ¡Ha aparecido de repente! ¡No he tenido tiempo de frenar...!— repetía una y otra vez.

Blanca y su hijo, angustiados, se abrieron paso entre la multitud que se arremolinaba ante la parte delantera del vehículo, y lo que vieron, les heló la sangre en las venas: bajo las ruedas, Beatriz, más menuda y frágil que nunca, yacía inerte como una muñeca rota.

V

La casa del barrio de Sarriá donde vivía Gloria disponía de amplios jardines y una agradable piscina, pero allí ya hacía demasiado calor para pasarse las horas muertas tendida al sol, como ella acostumbraba, por lo que decidió bajar hasta la playa donde podría dar un largo paseo por la orilla del mar y disfrutar de la brisa y el rumor de las olas.

Era una mañana de jueves de finales de junio y la playa no estaba demasiado concurrida. Gloria, recostada sobre una tumbona, luciendo un bikini dorado que resaltaba su permanente bronceado de rayos UVA, contemplaba el espejeo del sol sobre las tranquilas y azuladas aguas del Mediterráneo mientras rememoraba las últimas sesiones que había tenido con Roberto, su psicólogo. Desde la noche en la que descubrió, o más bien confirmó sus sospechas, puesto que nunca antes había reunido el valor suficiente como para comprobar por sí misma que su marido le era infiel; y acudió desconsolada a la consulta del terapeuta, las sesiones habían cobrado un renovado vigor que la estimulaba; hasta el propio Roberto parecía más interesado por sus problemas, lo que la llenaba de satisfacción y orgullo por haber logrado despertar su interés.

El doctor Beltrán era joven y atractivo. Lo cual, unido a aquella capacidad suya para escuchar y comprender los problemas ajenos— inherente a su trabajo, por otra parte—lo convertía en un hombre diferente a los demás, único, en una “rara avis” que resultaba irresistible para cualquier mujer; al menos, así se lo parecía a Gloria. Ella, que sentía la incontrolable necesidad de seducir a cualquier individuo del género masculino que se le pusiera por delante, no podía sustraerse a la tentación de coquetear con él

sutilmente, cosa que, según había podido comprobar, en ocasiones llegaba a incomodar al psicólogo. No obstante, cuanto más azorado veía al joven, más se divertía ella con su inocente, a la vez que malévolos juego.

Gloria le contó con todo lujo de detalles lo acontecido aquella noche que calificó como “la más espantosa de su vida”, y el terapeuta quiso conocer sus sentimientos al respecto en profundidad, tanto aquella noche, como en los días sucesivos, una vez superado el shock inicial. Lo que supuso un enorme esfuerzo para Gloria, que no estaba habituada a hurgar en su interior, y menos aún, a verbalizarlo.

—¿Cómo fue el reencuentro con tu marido al día siguiente?—le preguntó el psicólogo.

—Bueno, normal... por la mañana Diego y yo desayunamos juntos, como de costumbre—dijo con un leve encogimiento de hombros—. Me pareció de mal gusto sacar el tema en aquel momento y provocar una desagradable discusión de buena mañana. Además, necesitaba tiempo para pensar.

—Bien—concedió el doctor Beltrán—ya han pasado algunos días. ¿Cómo te sientes ahora?

—No sé...estoy desorientada...—confesó Gloria—no sé qué es lo que se supone que debo hacer. De repente, me siento vieja y fea, es normal que a mi marido le atraigan mujeres más jóvenes que yo...

—¿Estás intentando justificarle?—inquirió el terapeuta.

Gloria se removió en el sillón, incómoda, y carraspeó ligeramente antes de responder.

—No, pero ¿Qué quieres que haga? ¿Que le plantee un ultimátum? ¿Que le diga que ella o yo? ¡Eso sería ridículo! Todos los hombres de nuestro círculo tienen amiguitas. Es normal. Y las mujeres debemos mantener la dignidad y saber estar en nuestro sitio. Después, siempre vuelven a casa, a su comfortable vida. No lo van a tirar todo por la borda para irse con cualquier pendón.

—¿Y tú puedes aceptar eso? ¿Puedes vivir así?

—La verdad es que en un primer momento me llevé un gran disgusto. Todavía estoy disgustada. No es algo agradable para ninguna mujer, es como si te gritaran a la cara que estás acabada. Pero a fin de cuentas, hay

que admitir que ya no soy tan joven y bonita como hace unos años. Tampoco es el fin del mundo...

—¿Y crees que ese es tu único valor como persona? ¿Tu belleza? ¿No te parece que le das demasiada importancia a tu aspecto físico?

—Es importante, no nos engañemos. Una buena apariencia física abre muchas puertas. Yo no estaría donde estoy si no hubiese sido una jovencita guapa y bien educada.

—Pero la belleza es algo efímero, Gloria, es superficial. Tú tienes otros valores.

—¿Y a quién le importan esos valores?—replicó Gloria—A mi marido desde luego, no. Es evidente...

—¿Crees que a él ya no le importas porque no eres tan joven y atractiva como antes?

—Eso parece ¿no? Si le importara no andaría por ahí liándose con crías que podrían ser sus hijas —dijo sin ocultar su despecho.

—Bueno, también para él pasan los años. Tal vez necesite reafirmarse. Muchos hombres sienten la necesidad de seducir a una mujer joven para demostrarse a sí mismos que siguen siendo atractivos para ellas.

—Ahora eres tú quien le justifica—le reprochó Gloria—. Claro, tú le defiendes porque también eres hombre, y los hombres siempre os apoyáis entre vosotros.

Roberto reprimió una sonrisa ante aquel ingenuo comentario pero guardó silencio. Ella, tras una breve pausa, frunció el ceño y preguntó:

—¿Piensas que yo necesito reafirmarme?

—Si no es así ¿por qué te preocupa tanto tu aspecto?—preguntó a su vez el psicólogo.

—A ti también te preocupará cuanto tengas mi edad.

Aquella respuesta provocó en Roberto una franca sonrisa que puso al descubierto su perfecta dentadura y acentuó el brillo de sus ojos color miel, y Gloria lo encontró más encantador que nunca.

—Sigues siendo una mujer muy atractiva, Gloria—confirmó el especialista inclinándose por encima de la mesa que les separaba para mirarla directamente a los ojos y dotar así de mayor fuerza a sus palabras, con la intención de infundirle confianza.

—Ya. Pero a ti no te intereso ¿verdad?—respondió ella con rapidez, incorporándose a su vez para aproximarse a él, en un tono que pretendía ser sutilmente coqueto pero que a ella misma le sonó excesivamente descarado.

Roberto, confundido, volvió a echarse hacia atrás en su asiento y compuso un gesto formal mientras buscaba en su mente las palabras más apropiadas para responder a aquella provocación sin ofender a Gloria. Ella imitó su gesto lamentando de inmediato su proceder.

—Mis apreciaciones personales no vienen al caso. Siempre he tratado de mantener una relación estrictamente profesional con mis pacientes—y dijo “pacientes”, no “clientes”, como solía—. Además, sabes que estoy felizmente casado y tengo una preciosa niña de tres años.

—Lo sé—dijo Gloria avergonzada—, lo siento. Soy una estúpida.

—No te preocupes—la tranquilizó Roberto sonriendo de nuevo—. Y no eres ninguna estúpida. Eres una mujer encantadora y muy inteligente. Pero estás en un momento difícil de tu vida: los años han pasado, tus hijos se han hecho mayores... es natural que te sientas un poco perdida.

—¿Y qué puedo hacer?—imploró Gloria.

—Tú misma tienes que encontrar el camino. Lo único que puedo decirte es que trates de disfrutar de esta etapa de tu vida, que también te puede reportar grandes satisfacciones, sin aferrarte al pasado. Hay muchas cosas buenas en ti, Gloria. Valórate por lo que eres y no por tu apariencia. Se tú misma.

Sin apenas apercibirse de ello, la mirada de Gloria, protegida tras sus gafas de sol, se había desplazado desde el mar hasta el cuerpo escultural de un muchacho de color que dormitaba cerca de ella, y se deleitaba con disimulo en su contemplación. El joven era una perfecta escultura de ébano esculpida sobre la arena: los músculos de sus brazos y piernas se dibujaban suavemente bajo la oscura piel que brillaba al sol por efecto de las múltiples y diminutas gotas de sudor que cubrían su cuerpo. Los ojos de Gloria recorrieron el vientre plano, el poderoso pecho, el recio cuello que culminaba en un rostro de bellas facciones y expresión apacible... Suspiró y volvió a posar la vista sobre el manso vaivén de las olas.

En alguna ocasión se le había pasado por la cabeza la idea de separarse de Diego, pero ni siquiera llegó a planteárselo seriamente. No podía concebir una vida diferente de la que tenía con él, con su familia, con todo lo que habían logrado construir juntos. Siempre había estado a su lado, desde que se conocieron en la Universidad y Gloria lo dejó todo para casarse con aquel joven estudiante de arquitectura que tenía un prometedor futuro. Eran la pareja más popular del campus: él, un chico de buena familia, guapo y seguro de si mismo; ella, la muchacha más atractiva y asediada de la facultad. Las familias de ambos se mostraron encantadas con la relación desde el primer momento y ninguno de los dos defraudó las expectativas puestas en ellos: Gloria jugó de buen grado un papel fundamental en la meteórica ascensión profesional de su marido comportándose siempre como la esposa perfecta, magnífica anfitriona y madre ejemplar; poniendo con su presencia y saber estar un toque de glamour en cualquier reunión y apoyando incondicionalmente a su esposo, al que era obvio que adoraba. Diego, por su parte, siempre atento y cariñoso con su mujer, era también el marido ideal. Al menos, lo fue durante algunos años; hasta que su trabajo empezó a absorberlo demasiado y Gloria tuvo que buscar remedio a su soledad zambulléndose de lleno en una ajetreada vida social repleta de artificio y culto a las apariencias.

—¿Has tomado alguna decisión?—le preguntó Roberto en la siguiente sesión, al verla mucho más animada.

—No sé que decirte...—respondió—estaba pensando que tal vez debería hacerme un lifting...

Roberto guardó silencio con el semblante serio, sin reírle la gracia tal como ella esperaba, y se sintió ridícula.

—No, en serio—agregó Gloria, algo corrida—Por el momento no voy a hacer nada. Quizá lo mejor sea no pensar más en ello y dejar las cosas como están.

—¿Crees que esa es la solución? ¿Ignorar el problema?

—¿Qué esperas que haga?—preguntó poniéndose a la defensiva— No voy a destruir una relación de treinta años por una tontería. ¿Qué diría la gente?

—¿Eso es lo único que te preocupa? ¿Lo que pueda decir la gente?

—Bueno...—se justificó—tenemos una posición social, una familia, relaciones de negocios, responsabilidades. No podemos empañar nuestra imagen pública con un escándalo. Por otra parte, ya no somos niños. Ya no tenemos la idea romántica del matrimonio que teníamos cuando nos casamos.

—¿Y qué pasa con el respeto que te debe tu marido, Gloria? Le has dedicado la mayor parte de tu vida, eres la madre de sus hijos. ¿Es que eso no significa nada? ¿Y el respeto que te debes a ti misma?

—Mi marido me respeta —replicó irguiéndose, ofendida—siempre lo ha hecho. Y me consta que me quiere...a su manera. Tú no lo entiendes porque eres muy joven todavía y llevas poco tiempo casado. Pero con los años te darás cuenta de que no es tan grave, no hay que hacer un drama de esto.

—De acuerdo. Si es así como lo ves...—aceptó el terapeuta, tras echar un discreto vistazo al reloj que tenía sobre la mesa y poniéndose en pie para dar por concluida la sesión —lo importante es que tú te sientas bien contigo misma.

Gloria lo imitó y se encaminó hacia la puerta seguida por él.

—¿Sabes?—dijo volviéndose antes de salir, con una sonrisa de satisfacción en los labios —todavía me miran los hombres por la calle y me echan piropos. Aún no estoy acabada.

Roberto hizo un breve gesto de impotencia mientras le sujetaba la puerta para que saliera.

—Me alegro por ti, Gloria. Me alegro por ti...

Un movimiento extraño detrás de ella la devolvió al presente. Cuando comprendió lo que estaba ocurriendo ya era demasiado tarde: un muchacho se le había aproximado por la espalda, y tras apoderarse de su bolso con un rápido movimiento, se alejaba corriendo por la playa a toda velocidad. Gloria se puso en pie de un salto, pero se quedó paralizada mirándole sin saber cómo reaccionar, ni siquiera fue capaz de gritar.

—¡No se preocupe, señora!—gritó el joven de color al que había estado observando antes, lanzándose en persecución del ladrón— ¡Yo le traeré su

bolso!

Las formidables piernas del hombre se movían con una celeridad asombrosa detrás del ratero, mientras Gloria, perpleja, trataba de seguirles con la mirada bajo la hiriente luz del sol de medio día que la hacía lagrimear a pesar de sus gafas oscuras; hasta que vio cómo el ladrón, a punto de ser alcanzado, soltaba el bolso sin detener su desesperada carrera y el joven de color lo recogía, regresando junto a ella entre los aplausos de los bañistas que habían presenciado el incidente.

—Aquí tiene, señora—dijo el muchacho, jadeante, con una sonrisa de triunfo en los labios mientras le entregaba el bolso.

—Muchísimas gracias—respondió Gloria sonriendo a su vez —no sé cómo puedo pagarle por lo que ha hecho...

—No tiene importancia—el joven hablaba un perfecto español, aunque tenía un ligero acento extranjero.

En ese momento pasaba cerca de ellos un vendedor de refrescos con una nevera portátil ofreciendo su mercancía con voz monótona.

—¿Puedo invitarle a una bebida, por lo menos?—sugirió Gloria—para compensarle por el esfuerzo...

—De acuerdo—aceptó él esbozando una tímida sonrisa. Ella pensó que nunca en su vida había visto un negro tan guapo—pero sólo si me permite que me siente a su lado.

—Por supuesto—rió Gloria, coqueta, mientras hacía una seña al vendedor y el joven recogía sus pertenencias para tender su toalla junto a ella.

—Así nadie volverá a robarle...—agregó él sonriendo con picardía mientras se sentaba a su lado y abría la lata de refresco.

El muchacho le contó que procedía de Senegal y se llamaba Idrissa, que, según le explicó a Gloria, significaba “el inmortal” en senegalés. Había estudiado medicina en Francia donde vivía parte de su familia, pero al acabar sus estudios decidió regresar a su país de origen para ayudar a los suyos y se estableció como médico, durante un tiempo, en su pueblo nata. Sin embargo, las duras condiciones de vida y los graves disturbios que asolaban la región le impulsaron a regresar a Europa y quiso probar fortuna en España, donde no encontró mayores dificultades para entrar, puesto que

poseía pasaporte francés. Con todo, las cosas no habían salido como él esperaba y malvivía en un piso compartido trabajando, esporádicamente, en lo que podía.

A Gloria le impresionó la historia de Idrissa y lo escuchaba embelesada. Cuando el calor del sol se hizo insoportable, le propuso que se sentaran a comer en la terraza de un restaurante cercano, pero el joven declinó su ofrecimiento educadamente aduciendo, algo avergonzado, que no tenía dinero para invitarla y no podía permitir que pagase ella. Gloria insistió, y cuando por fin consiguió convencerlo, pudo comprobar a través de su amena conversación, mientras ella degustaba una ligera ensalada y el senegalés un succulento entrecot, que Idrissa era ciertamente un hombre culto y refinado. Además de español, hablaba inglés y francés, y era un auténtico melómano, especialmente aficionado al jazz y a la música clásica, sin olvidar, por supuesto—puntualizó—, los ritmos africanos. A Gloria le parecía terriblemente injusto que un joven con sus cualidades no encontrara la oportunidad que se merecía, pero Idrissa no se lamentaba, al contrario, le encantaba Barcelona —dijo— y se mostraba alegre y optimista; confiando en que en un futuro no muy lejano, su suerte cambiaría.

—Estoy segura de que te irá bien—afirmó—te lo mereces.

—Gracias. Lástima que no seas directora de un hospital -respondió con ironía-o al menos empresaria...

Ambos rieron con complicidad. Gloria pidió la cuenta, y mientras pagaba, se hizo un embarazoso silencio entre ellos que Idrissa rompió de súbito:

—¡Tengo una idea!—dijo—Te invito a un té. Es lo menos que puedo hacer...

—Bueno, yo...tendría que regresar a casa...—se excusó Gloria.

—Venga, mujer, será sólo un momento. Me gusta mucho hablar contigo.

—De acuerdo—aceptó Gloria, halagada—pero sólo un rato ¿eh?

—¡Estupendo!—exclamó Idrissa poniéndose en pie y Gloria lo imitó—vivo muy cerca de aquí.

La tomó del brazo con decisión, pero Gloria se zafó suavemente y lo miró riendo con nerviosismo. Él, comprendiendo sus reservas, sonrió con despreocupación y trató de tranquilizarla.

—No tienes por qué inquietarte. La casa siempre está llena de gente —y componiendo un cómico gesto acompañado de una voz cavernosa como si pretendiera asustarla, agregó—: No soy un negro malo que seduce a bellas mujeres en la playa.

Gloria soltó una carcajada y se dejó llevar a través de las soleadas calles del Poblenou hasta un pequeño portal. Subieron al último piso por una estrecha y desvencijada escalera e Idrissa introdujo una llave en la única puerta existente. Del interior escapaba una estridente música que se hizo ensordecedora cuando la puerta se abrió. El joven entró y la invitó a hacer lo mismo con un gesto. A Gloria le tranquilizó comprobar que Idrissa no le había mentado: en la casa había otros dos hombres de color sentados en el suelo sobre un colchón cubierto de cojines que parecía hacer las veces de sofá. Idrissa les saludó y Gloria hizo lo mismo con un tímido movimiento de cabeza.

—Ponte cómoda—dijo él—voy a preparar el té.

Los dos jóvenes sonrieron, invitándola, por medio de señas, a acomodarse junto a ellos en tanto que Idrissa preparaba el té en un rincón de la habitación en el que había una pequeña cocina de camping gas y varios utensilios y alimentos apilados desordenadamente. Mientras Idrissa y sus compañeros conversaban elevando la voz por encima de la música en un idioma que Gloria no comprendía, ella examinaba la habitación sorprendida de que pudiera haber personas que vivieran en semejantes condiciones: aquella parecía ser la única habitación de la casa, sólo un pequeño biombo ocultaba a medias la ducha y el retrete; en el exiguo balcón, se secaban al sol varias prendas de ropa atadas con nudos a una burda cuerda.

Idrissa apagó la música—cosa que los tímpanos de Gloria agradecieron — y se unió al grupo portando una bandeja con una taza de té para cada uno. Se sentó junto a ella y todos se pusieron a charlar animadamente en español, aunque resultaba obvio que para los amigos de Idrissa suponía un enorme esfuerzo. Al poco rato, éstos se pusieron en pie y se despidieron.

—Tienen que ir a trabajar—explicó Idrissa.

Cuando se quedaron solos, el joven se levantó para poner un CD y recoger las tazas, mientras una sensual melodía de jazz inundaba la

habitación. Regresó al lado de Gloria y se sentó muy cerca de ella, rozando su pierna con la de él y sonriendo de forma inequívocamente seductora.

—Eres muy guapa...—le susurró, quemándola con su aliento.

Gloria sintió el calor del formidable cuerpo del hombre pegado al suyo y sonrió con timidez. Sin querer detenerse a pensar, se dejó envolver por las dulces palabras que el senegalés le susurraba al oído rozándola con sus labios y produciéndole un cosquilleo que le erizaba el vello y la hacía reír. Tampoco opuso resistencia cuando sus poderosos brazos la rodearon, y sus grandes manos, como brasas encendidas, se deslizaron por su espalda, mientras su boca, sensual y carnosa, resbalaba por su cuello y buscaba la de ella como si quisiera devorarla, y descendía lentamente hasta sus pechos, y la recorría palmo a palmo, descubriendo y explorando toda su anatomía como si quisiera grabarla en su memoria, como si pretendiera dejar su huella impresa en su piel, en una lenta e interminable caricia que electrizaba el cuerpo de Gloria y le provocaba descargas de placer. Se entregó a aquel desconocido con regocijo, sin el menor asomo de culpa, y descubrió entre sus brazos sensaciones nuevas jamás imaginadas, y recuperó otras antiguas, olvidadas mucho tiempo atrás.

VI

Al finalizar la clase de mantenimiento físico Laura recogió su toalla y se secó el sudor del rostro mientras se acercaba a Ruth que estaba guardando los CDs utilizados durante la sesión.

—¿Sabes algo de Beatriz y Teresa?

—Sí—respondió Ruth—, ayer fui a visitarlas.

—¿Cómo están? ¿Y Beatriz?

—Bueno, ya te puedes imaginar...Teresa saca fuerzas de donde no hay para animar a su hija. Y Beatriz sigue muy deprimida. Es difícil para una chica de su edad aceptar lo que le ha pasado.

—Si, pobre niña. Es horrible...

Desde el accidente Teresa no había vuelto a aparecer por el gimnasio. Todo cuanto sabían de ella y de su hija era a través de Ruth, que cuando se enteró de lo ocurrido acudió de inmediato al hospital y se prestó a ayudarlas en todo lo que pudieran necesitar. Sobre todo, intentaba dar ánimos a la pobre Teresa que estaba deshecha viendo a su pequeña postrada en cama y sus sueños destruidos para siempre.

El coche que atropelló a Beatriz le había destrozado una pierna. Los médicos hicieron cuanto estuvo en su mano, pero finalmente tuvieron que admitir que no quedaba más remedio que amputar por debajo de la rodilla, ya que los daños sufridos a partir de ahí eran irreparables. Cuando se lo dijeron a Teresa se arrojó a los pies del médico, desesperada, suplicándole que no lo hiciera, que no le cortara la pierna a su niña. Le explicó entre sollozos que su hija era bailarina, que aquello arruinaría su vida. No fue fácil hacerle comprender que antes de tomar aquella decisión se había

hecho todo lo posible por evitarlo, y más aún tratándose de una chica tan joven, pero las condiciones en las que le había quedado la pierna, que en parte habían conseguido recomponer tras una complicada operación, no dejaban otra opción.

—¡Mi pobre niña...! ¡Mi pobre niña...!—repetía Teresa, desolada, sin poder contener el llanto en los escasos momentos en los que salía de la habitación de su hija. Luego, se enjugaba las lágrimas, tomaba aire, y componía una sonrisa antes de volver junto a la cabecera de la cama.

Blanca, la profesora de ballet de Beatriz, y su hijo David acudían a diario al hospital a visitar a la infortunada joven y tratar de confortar a su madre que no se separaba de su lado. En aquellos duros momentos era Teresa la que más apoyo necesitaba; Beatriz no estaba al corriente de la gravedad de sus fracturas y su única preocupación era estar recuperada a tiempo para el inicio del nuevo curso en Madrid y volver a bailar cuanto antes.

—¿Cómo voy a decírselo?—preguntaba Teresa, consternada—sólo es una niña. ¿Por qué ha tenido que ocurrirle a ella?

Nadie tenía respuesta para aquellas preguntas. Las palabras de consuelo sonaban huecas, vacías. Sólo cabía un abrazo, un gesto de cariño, y permanecer a su lado para servirle de apoyo cuando las fuerzas la abandonaban. Y Teresa necesitó de sus amigos más que nunca cuando, después de la operación, Beatriz tuvo que enfrentarse a la cruda realidad.

—¿Por qué has dejado que lo hicieran? —Le gritó a su madre fuera de sí, deshecha en lágrimas—¡Me habéis convertido en un monstruo de feria! ¡No quiero vivir así! ¿Por qué no me habéis dejado morir? ¡Te odio! ¡Te odio!

Tuvieron que administrarle un sedante para que se calmara, y cuando Beatriz se durmió entre sollozos, Teresa, al límite de sus fuerzas, sufrió un desvanecimiento.

—¿Por qué nos castiga Dios así?—se lamentaba cuando recobró el conocimiento—Ojalá me hubiera ocurrido a mí. ¡Pobre hija mía...!

Beatriz se encerró en un mutismo absoluto, se negaba a comer y no quería ver a nadie. Cuando su madre entraba en la habitación le lanzaba una mirada cargada de odio y se volvía en la cama dándole la espalda con

desdén. No obstante, Teresa seguía hablándole con extremada dulzura, pensando que, pese a todo, su hija la oía y que, tarde o temprano, sus palabras de aliento acabarían venciendo su resistencia. Así se lo había indicado la psicóloga que visitaba a la niña y que tampoco recibía de ella más que un empecinado silencio.

—Tenga paciencia—le decía a Teresa—Beatriz ha sufrido un shock terrible. Necesita tiempo para asimilarlo.

Durante los primeros días, tras la intervención, médicos y enfermeras tuvieron que emplearse a fondo para realizarle las curas mientras la muchacha se debatía gritándoles que la dejaran en paz, insultándoles, llorando; en tanto que su madre, desde un rincón, observaba la escena acongojada, dolorosamente sorprendida ante la violencia desplegada por aquella niña en la apenas podía reconocer a su hija.

Otro tanto ocurría cuando llegaba Nelson, el fisioterapeuta, un simpático cubano entrado en carnes y años, que acudía a visitar a la joven cada mañana para su sesión de ejercicios; la rehabilitación también suponía una lucha diaria. Beatriz no soportaba ver su cuerpo mutilado y se negaba a levantarse de la cama. Su madre insistió en que le pusieran una prótesis cuantos antes pensando que de ese modo su hija se sentiría mejor, pero el día que lo intentaron por primera vez se revolvió contra todos con inusitada fiereza.

Nelson parecía inmune a los arrebatos de la muchacha y nunca perdía su buen humor, por lo que Beatriz, tal vez cansada de su propia agresividad, o quizá comprendiendo que nada podía alterar el ánimo del cubano, optó por la resistencia pasiva: se abandonaba en manos del mulato como un muñeco de trapo, con gesto adusto y la mirada obstinadamente fija en algún punto invisible del espacio.

—Vamos, princesa—decía Nelson, mientras la trasladaba de la cama a la silla de ruedas—levánteme ese culito tan lindo y colóquemelo en su trono, si es usted tan amable, que me la voy a llevar a dar un lindo paseíto. Hoy vamos a hacer barra. No, la del bar, no, niña; no me sea sinvergonzona que ya le brillan los ojitos... Bueno, ahora que no nos oye su mamá: si se me porta bien, después la invito a un buen trago de ron.

Nelson era infatigable. Hablaba y hablaba sin parar, bromeaba con pacientes, médicos y enfermeras, y siempre tenía una palabra amable y un gesto de cariño para todo el que se cruzase con él por los pasillos. Era evidente que en el hospital todos le apreciaban y se divertían con sus ocurrencias. Todos menos Beatriz, que le ignoraba ostensiblemente y fruncía el ceño apretando los labios. Sin embargo, esa actitud no parecía hacer mella en el fisioterapeuta, que en sus interminables monólogos le hablaba de Cuba, de su familia—de la que había quedado allá y de la que tenía acá, como él decía—, de los duros años que había pasado en los Estados Unidos; primero en Miami, y después en Nueva York, hasta que por fin, cuando decidió trasladarse a España, su suerte cambió. Le hablaba de la hermosa mulata que lo aguardaba en casa y que había sido su primera y única novia, su amiga y compañera desde que eran niños, y lo había seguido en aquella loca aventura a través del mundo en pos de una vida mejor con los ojos cerrados, sólo por no separarse de él, sin quejarse nunca de las vicisitudes que tuvieron que pasar, y a sabiendas de que, probablemente, jamás volvería a pisar el suelo de su querida La Habana. No habían tenido hijos, explicaba, y sabía que esa era una espinita que ella tenía clavada en el corazón, estaba seguro de que habría sido una madre maravillosa; a él también le apenaba, le habría gustado tener unos cuantos negritos a los que regañar y ver crecer con orgullo, pero Dios no lo había querido así... Bueno, al menos, se tenían el uno al otro y...

—¡Cállese de una vez!—le gritó un día Beatriz, sin poder contenerse más—¿No se da cuenta de que no me interesa nada de lo que me cuenta? ¡Sus historias me importan una mierda! ¡Estoy harta de tanta palabrería!

El cubano abrió unos ojos como platos y enmudeció sorprendido. No tanto por el tono destemplado de la joven como por el hecho de que por fin se hubiese decidido a hablar, aunque fuese a gritos.

—¡Vaya! ¡La princesita tiene carácter...!—Replicó componiendo un gesto exageradamente ofendido— Pues yo le voy a decir a usted una cosa, *mademoiselle*: si tanto le molesta este mulato, ya se me está usted demorando demasiado en echar a correr por ese pasillo y largarse de este hospital.

Beatriz, a su pesar, apenas pudo reprimir una carcajada ante la respuesta del cubano. Y, sorprendentemente, como si hubiera comprendido que aquel hombre tenía razón, a partir de entonces se operó en ella un repentino cambio de actitud: empezó a mostrarse más colaboradora y transformó su mutismo en malhumorados monosílabos. Comía con normalidad y manifestaba, de una forma rotunda y desabrida a todo el que quisiera oírla, que lo único que deseaba era salir de aquel maldito hospital cuanto antes. Como quiera que fuese, aquel cambio los alegró a todos y los llenó de esperanza; al menos era un avance. Tal y como les explicó la psicóloga, aquél era el proceso normal en un shock traumático como el que había sufrido Beatriz: una vez superada la etapa inicial de desesperación y negación de la realidad, había tomado conciencia de lo que le había ocurrido y se encontraba en un periodo de cólera, de enfado contra el mundo; pero aquél era un sentimiento que podía exteriorizar—de hecho lo hacía con contundencia—, y ese era un paso muy importante en su recuperación. Todos a su alrededor debían mostrar mucha paciencia y comprensión y confiar en que aquella etapa también pasaría.

Y así fue, en efecto. Poco a poco, a medida que su mejoría física se hacía patente, también su carácter se iba suavizando y se mostraba bien dispuesta y colaboradora con respecto a su recuperación. De hecho, a su madre le daba la sensación de que Beatriz creía que, si se esforzaba lo suficiente, se produciría un milagro y todo volvería a ser como antes; y eso le preocupaba. Aceptaba de buen grado la presencia de Teresa y las visitas de Blanca y de David, e incluso las de Ruth y algunas de sus amigas del Instituto. Pero a nadie, y menos aun a su madre, se le escapaba la tristeza que, de tanto en tanto, velaba su mirada, y lo lejos que estaba de aquella niña alegre y feliz que soñaba con ser bailarina.

Oscar Vidal había seguido todo aquel proceso desde una prudente distancia. También él acudía regularmente al hospital para interesarse por el estado de la joven, pero nunca se atrevió a acercarse a ella ni a Teresa. Oscar Vidal era el causante involuntario de su desdicha: él conducía el vehículo que segó de un solo golpe el futuro de Beatriz. No era culpable. Todos los testigos coincidieron en afirmar que la niña apareció de repente

de entre dos automóviles aparcados y se lanzó corriendo a la calzada con el semáforo en rojo; Oscar no tuvo tiempo de frenar. Pese a ello, desde que ocurrió el accidente apenas había podido conciliar el sueño, él mismo tenía una hija de la edad de Beatriz y podía comprender el dolor de Teresa. Quería ayudarlas en lo que le fuera posible, paliar de alguna manera el sufrimiento que había provocado. Con todo, no podía ofrecerles un apoyo moral, comprendía que no era la persona más indicada, y darse a conocer en aquellos momentos les causaría tanto a la madre como a la hija un trastorno de proporciones imprevisibles. Por otra parte, él era un hombre de negocios, y como tal, no se le escapaban las consecuencias económicas que aquel desgraciado accidente acarrearía en la vida de las dos mujeres. Había investigado, sabía que su situación financiera era precaria, conocía los enormes sacrificios que había hecho Teresa para cumplir el deseo de su hija de ser bailarina, y también sabía que desde el accidente ella lo había dejado todo para atender a Beatriz y no era capaz de pensar en ninguna otra cosa. Pero llegaría un momento en que la realidad se impondría con toda su crudeza y la situación podía hacerse insostenible para ambas. Por ese motivo, cuando apenas faltaban unos días para que Beatriz abandonase el hospital, se decidió a abordar a Blanca.

No le fue fácil vencer la resistencia inicial de la profesora de ballet cuando, tras aguardar a que saliera del centro, después de una de sus visitas, se presentó ante ella y se dio a conocer. Blanca, sorprendida, no le hizo reproche alguno ni lo culpó de lo ocurrido, pero se mostraba reacia a hablar con él. Oscar, comprendiendo sus reservas, le rogó que le permitiera tan solo invitarla a un café y conversar un rato con ella. Quería saber cómo estaban Beatriz y Teresa, dijo, y si había alguna cosa que pudiera hacer por ellas. Ante su insistencia, Blanca aceptó su invitación, pero no pudo evitar sentirse desasosegada e intranquila mientras tomaban un café frente al hospital.

—No sé...—le confesó a Oscar—me siento como si estuviera traicionando a Teresa

—No la está usted traicionando, Blanca—replicó él—lo que está haciendo es tratar de ayudarla. Los dos intentamos ayudarla, y necesito que

me diga cómo puedo hacerlo yo. Aunque es mejor que ella no sepa nada de mí por el momento, no creo que pudiera soportarlo.

—Usted no tuvo la culpa, no está obligado a nada.

—Lo sé, pero aún así me siento responsable y quiero colaborar en lo que pueda. Teresa no debe saber quién soy, quizá más adelante, cuando haya pasado un tiempo y las dos estén más tranquilas. Ahora lo único que importa es que no sufran más de lo que ya han sufrido, que, en la medida de lo posible, no tengan que preocuparse de nada más que de la recuperación de Beatriz.

Blanca le escuchaba pensativa. Había algo en aquel hombre que le daba confianza. Tendría unos cuarenta años; el cabello, entrecano, empezaba a escasearle, vestía con una elegante sencillez y su aspecto era bastante corriente, pero ganaba en las distancias cortas gracias quizá a su aire tímido y resuelto a un tiempo, a su mirada franca, a la calidez de su voz y sus ademanes tranquilos, serenos. Sus palabras denotaban un genuino pesar y Blanca estaba segura de que era sincero. Sabía que Teresa iba a necesitar mucha ayuda cuando Beatriz saliese del hospital y volvieran a casa, una casa que habían estado a punto de perder de no haber mediado la capacidad de persuasión, ayudada de cierta dosis de seducción, que desplegó Blanca ante el propietario del piso, ya que Teresa debía varios meses de alquiler y se había quedado sin trabajo. No obstante, el espíritu humanitario de aquel individuo, al que apeló Blanca en reiteradas ocasiones, había tocado techo y, lamentándolo mucho, decía, se vería obligado a tomar medidas y echarlas a la calle si no le pagaban de inmediato. Además Beatriz seguiría necesitando atención profesional, tanto en lo referente a su recuperación física como a la psicológica. Sin embargo, cada vez que Blanca trataba de comentar estos asuntos con Teresa, ella los eludía aduciendo que no tenía la cabeza para pensar en nada que no fuese el restablecimiento de su hija y que ya se ocuparía de todo cuando Beatriz estuviese mejor. Por todo lo cual, a Blanca, la aparición de Oscar le pareció proverbial, y fueran cuales fueren sus motivos, no sería ella quien pusiera ningún impedimento a su buena disposición, sino que por el contrario, estaba dispuesta a convertirse en su aliada y a colaborar con él en todo cuanto estuviera en su mano para ayudar a sus amigas a salir adelante en aquellos duros momentos. También ella

consideraba que ya habían sufrido demasiado y que lo último que necesitaban era encontrarse con más dificultades, por lo que decidió explicarle a Oscar con detalle cual era la verdadera situación.

En cuanto Oscar Vidal estuvo al corriente de todo, lo primero que hizo fue liquidar la deuda de Teresa con su casero, habló con Nelson para pedirle que siguiera atendiendo a Beatriz en su casa, ya que parecía haber logrado conectar bien con la niña, a lo que el cubano accedió encantado, y en tanto Teresa no pudiera trabajar por tener que atender a su hija, él les pasaría una asignación mensual. Para ello, dio instrucciones a Blanca con el fin de que le dijera a Teresa que la aseguradora del vehículo que había atropellado a Beatriz se había hecho cargo de todos los gastos. Después, cuando Beatriz ya pudiera valerse por si misma, Oscar se ocuparía de conseguirle un buen trabajo a su madre.

—No lo entiendo—se extrañó Teresa cuando, ya en su casa, Blanca le comunicó aquellas buenas noticias— ¿No dijeron que el conductor no había tenido la culpa?

Blanca se encogió de hombros como dando a entender que ella tampoco lo comprendía, y Teresa no insistió, tenía cosas más importantes de las que preocuparse en aquellos momentos; como del estado de ánimo de su hija que, al regresar a casa y verse confrontada con la realidad cotidiana, con los recuerdos y las ilusiones de un pasado tan próximo y sin embargo de repente tan ajeno a ella, se hundió de nuevo en el desánimo y la invadió el más absoluto abatimiento. Beatriz volvió a enmudecer, pero en esta ocasión su mutismo no era una forma de rebelarse, de mostrar su rabia; no había agresividad alguna ni violencia en su actitud, era mucho peor: era renuncia, claudicación, una infinita tristeza. Nuevamente se negaba a ver a nadie, aunque aceptaba la presencia de Blanca como aceptaba la de su madre siempre y cuando no la importunaran. Con ellas no se sentía obligada a nada, ni siquiera a hablar, no tenía que hacer ningún esfuerzo. Como tampoco lo hacía con Nelson que, en su línea habitual, hablaba y hablaba sin parar en tanto manipulaba el cuerpo de Beatriz como si de una marioneta se tratase mientras la observaba con preocupación, sin exigirle nada a cambio, respetando su silencio y su dolor con la esperanza de poder

arrancarle una sonrisa. Se había encariñado con la niña y le dolía verla en aquel estado. Habría dado cualquier cosa por un exabrupto suyo, por vislumbrar algo de vida en el fondo de sus ojos azules. Pero Beatriz se hallaba hundida en un pozo de tristeza. A menudo se resistía a levantarse de la cama, y cuando la forzaban a hacerlo, permanecía sentada en el sofá del salón durante horas, sin querer hacer absolutamente nada, con la mirada ausente, mientras una lágrima silenciosa resbalaba por sus mejillas. Teresa, con frecuencia, tenía que ocultarse en su habitación a llorar su impotencia y volver después junto a su hija para seguir tratando en vano de dar a sus vidas un aire de normalidad. Sólo cabía esperar que el tiempo fuese cicatrizando las heridas del alma como lo hacía con las del cuerpo. Aunque ni ella misma acertaba a imaginar cómo sería eso posible, cómo una niña de quince años podría llegar a aceptar nunca un destino tan cruel.

Oscar Vidal estaba al tanto de cuanto ocurría en la casa gracias a Blanca, con la que solía encontrarse a menudo en un café cercano al estudio de danza, y se mostraba tan preocupado como ella.

—Tenemos que hacer algo para sacar a Beatriz de ese estado de apatía en el que se encuentra—dijo pensativo.

—Es difícil...—argüía Blanca— lo que le ha pasado es muy duro de aceptar para una niña de su edad, y más aún para ella, con el futuro que tenía por delante...

—Lo sé, pero hay que encontrar algo que la motive, que la ilusione de nuevo y la saque de su postración.

—Lo único que podría motivarla sería volver a bailar. Y eso ya no es posible—respondió Blanca, al hilo del pensamiento de Oscar.

—¿Por qué no?—dijo él de pronto.

Blanca lo miró sorprendida. ¿Por qué no? Era obvio por qué no: Beatriz había perdido parte de una pierna en el accidente ¿lo había olvidado? jamás podría volver a bailar. Pero Oscar le sostenía la mirada desafiante; de súbito, sus ojos tenían un brillo extraño y una sonrisa de triunfo distendía sus labios, como si acabara de tener una revelación.

—Beatriz volverá a bailar—declaró resuelto—; sé que parece una locura, pero si ella quiere, volverá a bailar. Y entre todos tenemos que

conseguir convencerla de que puede lograrlo.

Apoyó sus palabras presionando con vehemencia la mano que Blanca tenía sobre la mesa, como si de esta manera quisiera transmitirle su entusiasmo, convencerla de que todo era posible, que nada le estaba vedado a nadie y sólo uno mismo podía ponerse límites.

—Hoy día la medicina y la tecnología han avanzado de un modo sorprendente. ¿Tú no has visto en la televisión atletas a los que les faltaba un brazo o una pierna y eso no les impedía competir, seguir desarrollando una carrera deportiva? Buscaremos al mejor especialista del mundo, haremos que diseñen para Beatriz una prótesis tan perfecta que llegará a olvidar que no es parte de su propia pierna. Lo más importante, y también lo más difícil, será convencerla de que es posible, de que puede volver a ser la misma de antes y seguir adelante con sus proyectos, aunque cueste mucho tiempo y esfuerzo. Y esa labor, la más delicada, Blanca, os tocará hacerla a ti y a su madre, a todos los que estáis cerca de ella; con mucho tacto, muy despacio, paso a paso para que no se asuste, para que no rechace la idea de plano y se retraiga todavía más. ¿Crees que podréis hacerlo?

Oscar la interrogaba con una mirada intensa, aguardando impaciente una respuesta, y Blanca pensó que estaba completamente loco. Pero en el fondo de su corazón empezaba a prender una llama de esperanza y se sentía contagiada por el entusiasmo del hombre. Llegó a la conclusión de que estaba tan loca como él, porque sus argumentos la habían convencido y estaba dispuesta a seguirle en su locura ¿qué podían perder por intentarlo?

—Primero tendré que convencer a Teresa...—repuso Blanca, y Oscar sonrió triunfante.

Al final de la tarde habían elaborado un meticuloso plan: en principio lo único que tendría que hacer Blanca sería quejarse constantemente, delante de Beatriz, de la cantidad de trabajo que tenía en la escuela y la imposibilidad de ocuparse de todo ella sola; para suplicarle más adelante, como un favor personal, que se prestara a ayudarla en pequeñas tareas. Beatriz no podría negarse, sentía demasiado afecto por su profesora. Después, confiaban en que fuese la propia atmósfera de la escuela la que acabase por vencer su resistencia, su rechazo hacia aquel mundo que en realidad tanto amaba; que volviera a moverse entre zapatillas de ballet y

tutús, que escuchara de nuevo la música de *Giselle*, o de *El lago de los cisnes* que ahora se negaba a oír. Más adelante, Blanca le pediría que la ayudara en las clases con las niñas más pequeñas, entonces se vería obligada a dar algunos pasos de baile y, conociéndola, sabía que el gusanillo del ballet volvería a inocularle su veneno. Poco a poco, ella misma se iría persuadiendo de que podía bailar e iría venciendo sus limitaciones, y cuando la viera segura de que de verdad podía hacerlo, habría que dar un paso más, el más arriesgado: le hablaría de un loco empresario aficionado al ballet que tenía un teatro y quería dedicarlo a la danza clásica y le había pedido a Blanca que fuera la directora artística; ese sería un gran paso en su carrera profesional —argüiría Blanca—, pero sólo aceptaría aquel compromiso si Beatriz participaba como bailarina en el primer espectáculo que se montara, aunque sólo fuera en un pequeño papel...

Blanca tomo aire y lo fue soltando muy lentamente sin poder contener una risa nerviosa provocada por la excitación que la embargaba. Se sentía mareada por su propia osadía pero entusiasmada con la idea, mientras, Oscar la observaba sonriendo a su vez con complicidad. El primer paso sería convencer a Teresa de que no se había vuelto loca y de que aquello era posible, y conseguir que la apoyara en todo momento, comentó pensativa. Pero Oscar le sugirió que tal vez fuese mejor no detallarle todo el plan desde el principio para no alarmarla y esperar a que ella misma fuese entrando en el proyecto, convenciéndose por sí sola al observar los avances de su hija, y entonces sí, entre las dos, alentar a la joven para que siguiera adelante y ayudarla a persuadirse de que podía lograrlo, lo que Teresa haría gustosa por ver feliz a su pequeña. Por el momento el objetivo era conseguir que Beatriz se decidiera a salir de casa, inducirla a que lo hiciera sin presionarla demasiado para que fuese asimilando la idea y ella misma tomase la decisión. Cuando lo lograsen, habrían dado el primer paso de una larga y dura carrera de fondo, añadió Oscar.

Se despidieron en la puerta del café con sendos besos que sellaron su acuerdo.

—No será fácil—advirtió Oscar—pero lo conseguiremos.

Blanca asintió con entusiasmo, esperanzada. Decidió ir a su casa dando un paseo, tenía ganas de caminar, de saltar, de correr...tenía mucho en qué pensar, y por primera vez, después de aquellos largos meses de angustia, se sintió alegre y optimista, y con el pleno convencimiento de poder llevar a buen término aquel gran desafío.

OceanofPDF.com

VII

Ni siquiera la caída de la tarde aliviaba el calor sofocante y pegajoso de aquel tórrido mes de julio. Laura se asomó al balcón persiguiendo una brizna de aire que no logró atrapar. Se sentía abatida. Tal vez fuera a consecuencia del propio calor que consumía toda su energía y la dejaba exhausta, sin fuerzas; o quizás la causa fuese la ausencia de Marta que se encontraba de vacaciones con su padre y la esposa de éste, lo que, invariablemente, magnificaba su propia soledad, a la que, en aquella ocasión no tenía siquiera la posibilidad de engañar con mil pequeñas tareas, puesto que ella misma estaba de vacaciones y no había mucho que hacer en Barcelona en plena canícula, salvo que fueras un avezado turista dispuesto a desafiar las altas temperaturas y la humedad extrema, corriendo en pos de la mejor fotografía junto a los múltiples edificios modernistas y los emblemáticos monumentos que salpicaban la ciudad.

Suspiró y tomó un largo trago del vaso de té helado que sostenía en la mano. Sus ojos se posaron en dos mujeres de mediana edad—bueno, probablemente de una edad similar a la suya, se rectificó a sí misma con una sonrisa benévola: una siempre se percibe más joven y mejor conservada que las demás— que caminaban por la acera de enfrente muy acicaladas, charlando animadamente, y entraban en la sala de fiestas que se encontraba justo frente a su portal. Se trataba del “Bolero”, un salón de baile al que solía acudir un público maduro intentando tal vez atrapar el último tren que la vida pudiera poner a su alcance, o, cuando menos, dispuesto a distraer su soledad aunque sólo fuese por unas horas. Sonrió con tristeza y sintió una ligera punzada de envidia pensando en aquellas dos mujeres. Ojalá ella

tuviera su misma presencia de ánimo y fuese capaz de ponerse sus mejores galas y sumergirse en aquel ambiente decadente y festivo con despreocupación, dispuesta también a dispensarse a sí misma alguna oportunidad de divertirse y dar de ese modo un poco de color a su monótona existencia. Pero ella no era así, ya se lo decía Elena:

—Te tomas la vida demasiado en serio, Laura, y no vale la pena. ¡Desmelénate un poco! ¿Qué puede pasar? Marta ya es mayor, ya no te necesita, pronto te resultará difícil escudarte en ella para evitar enfrentarte a tu propia vida.

Elena estaba convencida de que Laura seguía enamorada de Javier. Pese a que llevaban más de diez años separados, pese a que él se había vuelto a casar con otra. Decía que Laura buscaba a Javier en cada hombre que se acercaba a ella, que sólo se sentía atraída por los que, de alguna manera, se parecían a él, aunque fuese remotamente, y siempre acababa rechazándolos decepcionada porque, en realidad, ninguno de ellos era Javier.

Estaba a punto de rebatir a Elena mentalmente cuando el sonido del teléfono la sacó de su abstracción.

—¡Hola!—saludó Elena a través del auricular.

—¡Hola! ¡No te lo vas a creer!—exclamó Laura—en este preciso instante estaba pensando en ti.

—Eso se lo dirás a todos—bromeó Elena, y ambas rieron— ¿Qué haces?

—Nada. Compadecerme de mí misma mientras me tomo un té helado en el balcón.

—¡Qué bien! Es un magnifico plan para una tarde de verano —replicó Elena con ironía—Oye, estoy cerca de tu casa. Arréglate un poco y nos tomamos una copa en el “Bolero”.

—Elena, ya sabes que no me gusta nada ese sitio.

—¡Venga, mujer! Nos reiremos un rato. Al menos se estará fresquito...

—Está bien—concedió Laura, a sabiendas de que Elena no aceptaría un no por respuesta—pero sólo el tiempo de tomarnos una copa.

—De acuerdo. Te llamo cuando llegue a tu casa para que bajas. ¡Hasta ahora!—y colgó como solía hacer: sin esperar respuesta.

—Hasta ahora—respondió Laura, resignada, al ya mudo aparato.

Apenas franquearon los rojos y pesados cortinajes adamascados que daban acceso a la sala, Laura se arrepintió de haberse dejado convencer. Aquel lugar le parecía deprimente. La mayor parte de las mesas estaban ocupadas por grupos de mujeres alejadas ya de la juventud pero aferradas a ella con uñas y dientes. Maquilladas, profusamente enjoyadas y luciendo colores chillones en sus vestidos como si trataran de compensar con ello el esplendor perdido, desplegadas sus armas de seducción a la espera de que alguno de los escasos hombres que pululaban por la sala se sintiera atraído por alguna de ellas.

Ellos, los hombres, altaneros como gallos en un corral de gallinas, conscientes de su valor por la escasez de la especie que representaban, deambulaban por el local observando, sopesando, escogiendo...Otros, hacían lo propio desde la barra, apoyándose en ella con estudiado gesto y una copa en la mano.

Encontraron sitio en una mesa en la que ya había dos mujeres sentadas que las examinaron de arriba abajo sin el menor disimulo, calibrando la competencia con expresión hostil. Laura se sentía avergonzada por encontrarse allí, por formar parte de aquel patético circo. En cambio Elena parecía divertida, pidió un par de gin-tonics al camarero y trató de arrastrar a Laura a la pista de baile.

—Prefiero tomar antes un par de tragos...—se excusó ésta.

Elena saltó a la pista y Laura aguardó el regreso del camarero con impaciencia, confiando en que el alcohol diluyera en parte sus reservas y la ayudara a relajarse un poco; además de mantenerla ocupada sorbiendo de vez en cuando mientras miraba distraídamente a su alrededor. Trató de concentrarse en la anticuada orquesta uniformada con pantalones blancos y chaqueta malva que interpretaba en directo música de los setenta, al frente de la cual se encontraba una despechugada y minifaldera morena con más curvas que voz. Buscó a su amiga con la mirada mientras el camarero dejaba las copas sobre la mesa y sonrió: Elena bailaba junto a un apuesto joven que de tanto en tanto se aproximaba a ella y le decía al oído algo que debía ser sumamente divertido, a juzgar por las carcajadas que le provocaba.

—¿Estás sola?—preguntó alguien sobre su cabeza.

“Una entrada muy original...”, se dijo Laura a sí misma sin decidirse a apartar la vista de su copa.

—No—respondió, cortante, al abultado vientre que quedaba a la altura de sus ojos—estoy con una amiga.

—¡Ah, bueno!—dijo el vientre descendiendo hasta acomodarse en el sofá junto a ella sin solicitar su permiso. Laura tomó un trago de gin-tonic intentando reprimir sus deseos de salir corriendo.

—¿Cómo te llamas? ¿Vienes mucho por aquí?—preguntó el tipo arrellanándose en el sofá y dispuesto, al parecer, a agotar todo su repertorio de frases tópicas.

Laura suspiró y miró al hombre tratando de esbozar una educada sonrisa mientras buscaba en su cerebro alguna frase, no demasiado desagradable pero sí lo bastante contundente, como para dejar claro a aquel individuo de desfasado tupé que no deseaba su compañía.

—Eres muy guapa—continuó el tipo ante el mutismo de ella—y muy joven, para lo que circula por aquí. Me he fijado en ti desde que has entrado. Me he dicho: ¡Hombre, Manolo! ¡Material nuevo!

Ella sintió que la sangre se le subía a la cabeza de indignación ante las palabras, supuestamente halagadoras, de aquel patán. Y, lamentándolo mucho por Elena, decidió que no aguantaba ni un minuto más en aquel lugar.

—¡Hola, cariño! Te estaba buscando—dijo de pronto otro hombre, abalanzándose sobre ella y besándola en la mejilla al tiempo que tiraba de su mano forzándola a ponerse en pie— ¿Vamos a la barra? Acabo de pedir una copa. Disculpe—añadió dirigiéndose cortésmente al del tupé.

Laura se encontró de repente junto a la barra interrogando con una sorprendida mirada al desconocido que la había arrastrado hasta allí. Él sonrió, tenía una bonita sonrisa.

—Me pareció que necesitabas ayuda—explicó dirigiendo un elocuente gesto hacia el pelmazo que la había estado importunando mientras éste los observaba a su vez con la decepción pintada en su cara.

—Sí—admitió Laura con una sonrisa—la verdad es que no sabía cómo deshacerme de él.

—Te he estado observando. No pareces sentirte muy cómoda en este lugar.

—Es cierto. Esto parece una feria de ganado...

Él rió abiertamente ante el comentario de Laura. Su risa era franca, espontánea. Era un hombre atractivo y lo sabía. Laura le calculó unos cincuenta y cinco años muy bien llevados. Lucía un cabello cano y abundante, vestía un traje veraniego oscuro y sin corbata, y llevaba el primer botón de la camisa desabrochado. Olía muy bien. Laura se sintió de inmediato a gusto a su lado, como si lo conociera desde siempre.

—A mí tampoco me gusta mucho esto, pero cualquier sitio es bueno para desconectar un rato y tomarse una copa antes de volver a casa. Y de paso, librarse del calor insoportable que está haciendo fuera...—comentó el hombre.

Ella asintió con una sonrisa ante la imposibilidad de que se le ocurriera nada ingenioso que responder. Nunca sabía muy bien cómo actuar ni qué decir en situaciones como aquella. Buscó a Elena con la mirada y ésta la saludó con la mano desde la pista haciéndole un guiño de aprobación. Laura le respondió con un leve cabeceo.

—¿Quieres que nos vayamos?—dijo él de pronto, con absoluta naturalidad - Te invito a cenar.

Ella había cogido desprevenida y no supo qué contestar. No le parecía correcto aceptar la invitación de un completo desconocido, pero tampoco encontraba las palabras adecuadas para negarse sin parecer descortés. Lo cierto era que estaba deseando salir de allí y aquel hombre le gustaba.

—Soy de fiar—añadió él con una sonrisa encantadora. Y cuando sonreía, se le formaban unos deliciosos hoyuelos en las mejillas—podemos ir adonde tú quieras, tú mandas.

—Es que estoy con una amiga...—acertó a decir.

—Pues que venga también tu amiga—respondió de inmediato.

Había en él una espontaneidad, una inocencia casi infantil, que descartaba cualquier viso de malicia. Y que invitara también a Elena le pareció una prueba irrefutable de su buena voluntad.

—De acuerdo—dijo—, voy a hablar con ella.

Laura se abrió paso como pudo a través de la pista de baile hasta lograr acercarse a Elena que seguía acompañada del atractivo joven, y no sin cierta dificultad para entenderse a causa del elevado volumen de la música, intercambiaron algunas frases aproximándose la una al oído de la otra. Finalmente, se dieron un par de besos en la mejilla y Laura regresó a la barra.

—Dice que prefiere quedarse un rato más y luego irse a casa. Tiene que madrugar mañana—explicó, algo cohibida.

—Bien—dijo él—entonces, vamos tú y yo ¿no?

Ella dudó todavía un instante, después, sonriendo, asintió. Él la tomó levemente del brazo y la condujo hacia la salida.

—Por cierto—dijo el hombre, cuando ya el pesado bochorno del exterior les envolvía en un desagradable abrazo—me llamo Ernesto ¿Y tú?

—Laura—respondió con una sonrisa tímida.

Durante la cena Ernesto le contó que era abogado. Dirigía un bufete en la parte alta de la ciudad que se dedicaba, casi en exclusiva, a velar por los intereses de las diversas empresas regentadas por su suegro, al que, recientemente, se había incorporado su hijo mayor. Sí, estaba casado, pero su matrimonio hacía mucho tiempo que había terminado como tal —le explicó a Laura—, si su mujer y él seguían juntos era únicamente porque les unían asuntos de índole económica, diversos negocios y propiedades que tenían en común. La relación entre su esposa y él se limitaba a compartir una enorme casa en la que raramente se cruzaban siquiera por los pasillos, y a acudir a actos públicos en representación de alguna de las empresas de su suegro. Aparte de eso, cada uno hacía su propia vida sin inmiscuirse para nada en la del otro. Estaba atado a su poderosa familia política y muy especialmente a su suegro, que le tenía en gran estima y que, por otra parte, le había brindado una magnífica oportunidad profesional, lo que le permitía gozar de una envidiable posición social y económica, añadió, haciéndole un guiño a Laura.

Ella se sintió algo decepcionada. Aquellas historias de hombres casados que no mantenían relaciones íntimas con sus esposas pero que se veían obligados a convivir con ellas por razones ajenas al amor, le sonaban a *dèjà*

vu. Era una lástima. Pese a todo, decidió disfrutar de aquella cena y de la compañía de Ernesto, aunque después no volvieran a verse nunca.

Cuando terminaron de cenar Laura dijo que tenía que volver a casa, pero él insistió en que fuesen primero a tomar una copa a un bar de moda. Una vez allí, Ernesto quiso saber todo lo relacionado con ella. Le hacía preguntas sobre su vida, su trabajo, sus intereses, y la escuchaba con tanta atención que Laura se sintió sumamente halagada. Hacía mucho tiempo que nadie se interesaba de aquella manera por su persona, siempre era ella la que se preocupaba por los asuntos de los demás. Ernesto parecía tener sólo ojos y oídos para ella y la animaba a hablar con una actitud de atenta escucha que reforzaba continuamente con gestos de asentimiento. En aquel local atestado de gente, humo, risas, entrechocar de copas y alguna que otra salida de tono provocada por el alcohol, ellos parecían estar encerrados en una burbuja, aislados de todo, ajenos a cuanto ocurría a su alrededor, sólo pendientes el uno del otro. Ernesto era jovial y divertido; tenía un aire despreocupado que lo hacía encantador, muy alejado de la imagen grave y solemne que Laura pudiera tener de un hombre de su posición, ya que —tal como le confesó— había nacido en un hogar humilde en el que sus padres se empeñaron en que estudiara una carrera porque estaban convencidos de que con estudios podría llegar adonde quisiera. Había estudiado Derecho como podría haber elegido cualquier otra carrera sólo por complacerles, y pudo comprobar con el tiempo que sus padres tenían razón: al salir de la facultad con su título bajo el brazo, sus perspectivas de futuro no eran más halagüeñas que las de la mayor parte de sus compañeros de promoción; pero en aquellos años, había entablado amistad con un condiscípulo que le introdujo en su exclusivo círculo social y le dio la oportunidad de conocer a su hermana, una jovencita que de inmediato se prendó del encanto y la simpatía del joven licenciado, con la que se desposó al año de conocerse. A partir de ahí todo vino rodado—dijo Ernesto con una pícaro sonrisa—, tal vez por eso, porque había tenido suerte y le resultó fácil llegar donde estaba, no le concedía demasiada importancia.

Laura estaba pletórica, hacía mucho tiempo que no sentía aquel cosquilleo en el estómago, aquella alegría irrefrenable que casi la hacía llorar de emoción. Se había acostumbrado a vivir tranquila, sin sobresaltos,

dedicada a su hija y a su trabajo, rellorando los vacíos de su existencia con la familia y los escasos amigos que tenía, e inventándose pequeñas compensaciones que le permitieran creer que su vida era plena y feliz. Pero muchas mañanas se despertaba con un nudo en la garganta, y un duendecillo invisible e inconformista le preguntaba al oído qué sentido tenía su vida, y ella lo apartaba de un manotazo junto con un mechón de cabello que cosquilleaba su cara. Después, se tragaba aquel nudo con el café y ahogaba bajo la ducha al ser diminuto y travieso que se divertía importunándola.

Era ya entrada la madrugada cuando Ernesto dejó a Laura en la puerta de su casa. Ella, no supo negarse cuando él le pidió su teléfono y le ofreció el suyo antes de despedirse con un casto beso en la mejilla.

—Lo he pasado muy bien esta noche—dijo Ernesto.

—Yo también—corroboró Laura.

—Te llamaré—prometió él.

Ella asintió con una sonrisa y cerró la puerta tras de sí sintiendo los ojos de Ernesto clavados en su espalda. No obstante, mientras subía en el ascensor se decía a sí misma que no volvería a verle, sin darse cuenta de que una tonta sonrisa bailaba alegremente en sus labios.

—¿Sí?—dijo la voz soñolienta de Elena a través del teléfono.

—Elena, soy yo. ¿Te he despertado?

—¿Tú qué crees?—respondió su amiga arrastrando las palabras de un modo que no dejaba lugar a dudas.

—¿Estás sola?

—Ahora sí. Ya sabes lo que pienso: para dormir, cada mochuelo a su olivo. ¿Qué hora es?—Elena carraspeó tratando de aclarar su voz y su cerebro adormecidos.

—Las tres y media. Perdona, pero es que no podía dormir. Necesitaba hablar contigo...

—Está bien. ¿Cómo te ha ido?—preguntó Elena resignada.

—Es un hombre encantador, Elena. Lo he pasado muy bien con él.

—Estupendo. Pues mañana me lo cuentas todo ¿Vale? Buenas noches.

—Pero no pienso volver a verle—añadió con rapidez sabiendo que Elena estaba a punto de colgar.

Oyó suspirar a su amiga antes de que efectuara la pregunta:

—¿Hay alguna razón en particular?

—Está casado.

—Ya...—Elena hizo una pequeña pausa como si tratara de comprender el razonamiento de Laura, y seguidamente preguntó—: ¿Es que querías casarte con él?

—¡Por supuesto que no!—rió Laura.

—Entonces, ¿Cuál es el problema?

—Mujer... Es que no creo que esté bien salir con un hombre casado.

—Cariño, ¿Dónde está escrito eso? Lo has pasado bien esta noche. Te noto feliz, ilusionada. Porque salgas con él un par de veces no va a pasar nada. Ya conoces mi máxima.

—Sí—respondió Laura, y ambas recitaron al unísono: —“Nunca te arrepientas de lo que has hecho, arrepientete sólo de lo que has dejado de hacer”—Y las dos se echaron a reír.

—Consúltalo con la almohada y mañana hablamos ¿de acuerdo?—sugirió Elena.

—De acuerdo—dijo Laura— Que descanses.

—Buenas noches.

Y Laura se durmió pensando que, a pesar de la opinión de su amiga, no volvería a ver a Ernesto.

VIII

Gloria había llegado pronto a la cita. Mientras esperaba a Laura y a Elena en la terraza de un café de la Rambla Catalunya, se entretenía observando a los viandantes y pensando en sus nuevas amigas. Le gustaban aquellas dos mujeres. Cada una de ellas, a su manera, era auténtica, muy distintas de las amistades que Gloria solía frecuentar; se sentía cómoda en su compañía, podía ser ella misma sin el temor de saberse juzgada ni criticada, y esa sensación le resultaba muy grata.

La melodía de su teléfono móvil le alborotó el corazón. Al otro lado de la línea, como solía hacer casi a diario, la voz cálida de Idrissa desgranaba en su oído las más bellas palabras de amor, de deseo, de pasión. Y Gloria reía atolondrada, como una adolescente ilusionada ante su primer amor. Su sensualidad, adormecida, había despertado de nuevo con la furia de un volcán que sólo encontraba sosiego en los brazos de su amante, en la sabiduría de su boca, en las caricias que le prodigaban sus manos, en la posesión de su cuerpo rotundo y oscuro... Sabía que aquella relación tenía los días contados, pero estaba dispuesta a disfrutarla todo el tiempo que le fuera posible. Era un regalo inesperado que le había hecho la vida, y no pensaba renunciar a él.

Solían encontrarse con frecuencia en el piso de Idrissa. Gloria siempre llegaba cargada de regalos, ya fueran exquisiteces culinarias, pequeños electrodomésticos o utensilios que hicieran más fácil la vida de los jóvenes; y nunca olvidaba algún detalle especial para Idrissa que aceptaba sus presentes con timidez y le daba las gracias en su nombre y en el de sus compañeros:

—No tienes que comprarme nada—la reprendía con dulzura—el único regalo que quiero eres tú.

—A mí me gusta hacerlo—se disculpaba ella—ojalá pudiera ayudaros más.

De alguna manera, se avergonzaba de su desahogada posición económica al darse cuenta, por primera vez en su vida, de que otras personas en su misma ciudad pasaban auténticas penalidades para sobrevivir; y pese a que Idrissa nunca hizo comentario alguno, ella trataba de hacerse perdonar su bienestar ayudándole de la manera que buenamente entendía.

En una ocasión, en la que Idrissa le dijo que tenía una importante entrevista de trabajo, aprovechó la oportunidad para llevárselo de compras. Necesitaba un traje, le dijo, no podía presentarse allí de cualquier manera. Y pese a las protestas del joven, se empeñó en equiparle por completo y le compró, además del traje, varios pantalones, camisas y camisetas, así como ropa interior y dos pares de zapatos.

El día de la entrevista Gloria esperó noticias de Idrissa con impaciencia. Se sentía igual que cuando estaba pendiente de los resultados académicos de sus propios hijos, aunque la realidad era que ellos nunca se jugaron tanto, ya que, ocurriera lo que ocurriese, siempre tendrían las espaldas cubiertas.

Idrissa no llamaba y los nervios de Gloria iban en aumento, hasta que no pudo soportarlo más y decidió ir a buscarlo a su piso. No encontró a nadie allí. Entonces se dirigió a un bar, al que la había llevado en varias ocasiones, frecuentado casi exclusivamente por africanos. Nada más entrar, le llegó el sonido de una inconfundible carcajada elevándose por encima de la cadenciosa voz de Bob Marley, y los ojos de Gloria atravesaron con dificultad la barrera de humo y oscuridad para llegar hasta la barra, donde se encontraba Idrissa, rodeado de un grupo de amigos. La mirada sorprendida de una bella muchacha de color que estaba sentada a su lado, hizo que el joven se volviera y se le cayera la sonrisa de los labios en cuanto descubrió a Gloria. Saltó del taburete en el que se encontraba y fue a su encuentro.

—Hola Gloria—dijo, recuperando una débil sonrisa mientras tomaba sus manos con delicadeza.

—Esperaba que me llamaras cuando salieras de la entrevista, y como no sabía nada de ti, estaba preocupada...—se disculpó ella en tanto que él la besaba en la mejilla.

—Vamos a sentarnos—sugirió el joven, ensombreciéndose de nuevo mientras la conducía del brazo hasta una mesa apartada— ¿Qué quieres tomar?

—Me da igual—dijo—lo mismo que tú.

Mientras Idrissa pedía las bebidas en la barra ella lo observaba con preocupación; había descubierto en él un gesto abatido que parecía cargar a sus espaldas como un invisible y pesado fardo y le obligaba a encorvar su atlético cuerpo, ofreciendo una imagen muy alejada del alegre y despreocupado muchacho que ella conocía. Y no tardó en averiguar el porqué:

—No he conseguido el trabajo—dijo él, después de que intercambiaran algunas frases pueriles, frunciendo el ceño de pronto y clavando la vista obstinadamente en la negrura del suelo.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento!—exclamó Gloria acariciando su vigoroso brazo.

—Por eso no te he llamado. No tenía ánimos...—Idrissa volvió hacia ella un rostro desolado que la conmovió en lo más profundo de su ser— ¿Qué voy a hacer ahora, Gloria? Tengo que conseguir un trabajo como sea, no puedo seguir así.

De pronto, las risas, la música, el tintineo de vasos a su alrededor, desaparecieron por completo y para Gloria solo quedaron aquellos enormes ojos oscuros que la miraban consternados.

—No te preocupes—trató de animarlo, intentando abarcar toda la corpulencia del joven entre sus amorosos brazos—, todo se arreglará.

Él guardó silencio. Se dejó abrazar como un niño necesitado de consuelo y se quedó muy quieto, acurrucado sobre su pecho, y a Gloria le pareció que sollozaba quedamente mientras ella le acariciaba y trataba de ofrecerle algunas palabras de consuelo, sintiéndose inútil e impotente ante la congoja de su amado.

—Lo siento—musitó al rato Idrissa, separándose de ella y tratando de rehacerse—, no debería molestarte con mis problemas.

—No digas eso—protestó Gloria con dulzura—, no me molestas, al contrario: sabes lo importante que eres para mí y que me preocupa lo que te pase; haré cuanto esté en mi mano para ayudarte.

—Si sólo fuera por mí no me importaría—repuso él—. Yo puedo dormir en un parque si es necesario, alimentarme de los desperdicios de los restaurantes y los supermercados, como hacen otros compatriotas. Hay personas en mi país para las que incluso eso sería un lujo que no se pueden ni imaginar ¿sabes? Yo vine aquí para ayudarles, y no estoy consiguiendo nada.

Hizo una pausa para mirar a Gloria que lo escuchaba en silencio con los ojos empañados por la emoción, y tomando una mano de ella entre las suyas prosiguió:

—Gloria, hay algo que no te he contado...

Ella se enderezó en el asiento y aguardó a que él continuara mientras sentía que el corazón se le aceleraba dentro del pecho.

—Tengo una familia en Senegal: dos hijos pequeños. Están en una situación desesperada, tengo que mandarles dinero enseguida; confiaba en conseguir este trabajo y poder traerlos, pero ahora...

Idrissa no pudo continuar. Se echó a llorar desconsoladamente y Gloria presionó su mano, conmovida, y lo abrazó de nuevo, tratando de confortarle.

—No te preocupes —dijo resuelta—. Yo te daré el dinero que necesitas para traer a tus hijos.

No quiso indagar si alguien más dependía de su ayuda en Senegal, una esposa, con toda probabilidad. Él no hablaba nunca de sus años en el continente africano. Sí lo hacía, en cambio, de París, de la universidad, de los parientes que habían logrado establecerse allí y llevaban una vida acomodada. Y ella tampoco le preguntaba, no quería saber más de lo necesario, no quería descubrir nada que perturbara su idílica relación.

—No quiero tu dinero—rechazó Idrissa, desprendiéndose de su abrazo, ofendido—. No quiero que pienses que intento aprovecharme de ti. Si te lo

he contado es porque estoy desesperado. Por eso no he querido llamarte hoy.

—Por favor, acéptalo—insistió Gloria—Ya me lo devolverás cuando encuentres trabajo. Lo importante ahora son tus hijos. Todo se arreglará, ya lo verás.

Él permaneció cabizbajo y en silencio por unos instantes, como si se sintiera avergonzado. Después, levantó la vista hacia ella y la miró con una expresión de profundo agradecimiento.

—Eres muy buena, Gloria—dijo tomando sus manos y llenándoselas de besos—te lo devolveré todo enseguida. Seguro que pronto encontraré un buen trabajo.

Buscó su boca y la besó con más ardor que nunca, y Gloria se sintió plenamente feliz, útil por primera vez en toda su vida.

Una súbita urgencia por estar solos les forzó a abandonar el local precipitadamente. Mientras se dirigían al piso del senegalés entre besos y ansiosas caricias, la honda desesperación del joven se disipó por completo para dar paso a una esperanzada alegría y una enardecida pasión que Gloria compartía pletórica.

Pese a que Laura había decidido no volver a ver a Ernesto, fue incapaz de negarse cuando, al día siguiente de su primer encuentro, recibió un fantástico ramo de rosas con una invitación. Hacía muchos años que nadie le enviaba flores. Y su corazón, menos prudente e intuitivo que su cerebro, tamborileó en su pecho con inusitada alegría al leer el tarjetón en el que Ernesto le reiteraba su agradecimiento por la maravillosa velada que habían compartido y le rogaba que le permitiera invitarla a comer. Tampoco supo decir que no cuando, dos días después, quiso llevarla a la inauguración de una exposición de fotografía que sabía que a ella le encantaba, ni cuando le comunicó entusiasmado que había conseguido dos entradas para la opera y tenía mesa reservada en un exclusivo restaurante. En cada ocasión, Laura se decía que aquella era la última vez que aceptaba su invitación, e, invariablemente, él la envolvía con su poderoso encanto y no era capaz de resistirse. “Una vez más, sólo una vez más”, se repetía... Cuando quiso

darse cuenta ya no podía prescindir de él, necesitaba sus dos o tres llamadas diarias, su sonrisa, recrearse en los hoyuelos de sus mejillas, los ramos de flores que llegaban inesperadamente a su casa, a su oficina, verle a diario, contarle cómo le había ido el día y que él la escuchara con interés, como si la discusión que ella había mantenido con su jefe fuese más importante que el posible hundimiento de la bolsa mundial. Se sentía cuidada y mimada como no lo había estado nunca antes. Ernesto tenía la extraña habilidad de hacer que se sintiera única y le hacía olvidar que tenía una familia detrás, una esposa. Siempre estaba disponible para ella, pendiente de su más mínimo deseo; era evidente que disfrutaba complaciéndola, viéndola feliz. Y Laura se sentía más bella y deseable que nunca porque eso era lo que él le transmitía con sus palabras, con su mirada, con cada gesto. Se sentía más viva y real que nunca porque alguien pensaba en ella cada día, a cada instante, y de pronto esa certeza dotaba de sentido a su existencia. Era una parte esencial de la vida de otra persona, de su día a día, y eso hacía que ella existiera de verdad: “si no le importas a alguien no eres nadie, no eres nada...”, se había dicho a sí misma con tristeza en más de una ocasión. Por todo ello, cuando Ernesto la invitó a pasar un fin de semana en Praga, no lo dudó. Para entonces, había dejado de lado todos sus reparos iniciales. Con el beneplácito y total apoyo de Elena, e incluso de Marta, que se alegraban de verla tan radiante, había decidido no dejar pasar aquella oportunidad de ser feliz por inciertos y absurdos temores. Tal vez fuera la última que se le presentara en su vida y no quería tener que preguntarse después qué habría ocurrido si no hubiese sido tan timorata. Ernesto parecía sincero, parecía quererla de verdad, y no se cansaba de asegurarle que su irregular situación personal no se prolongaría durante mucho tiempo más, que estaba poniendo todos los medios para resolverla cuanto antes y poder estar siempre con ella, que eso era lo único que deseaba. Y Laura le creía, quería creerle. Sólo el tiempo diría la última palabra.

—¡Hola! —exclamó besando a Gloria en ambas mejillas y tomando asiento a su lado—¿Hace mucho que esperas?

—No —repuso Gloria—He venido un poco pronto, pero aquí se pasa el tiempo volando, observando a la gente.

Laura asintió con una sonrisa divertida mientras echaba una ojeada a su alrededor.

—Veo que Elena no ha llegado todavía —apuntó. Y añadió con un suspiro—: vendrá acelerada, como siempre.

—Yo no sé de dónde saca tanta energía—comentó Gloria— ¿Cómo se puede trabajar tanto? Me siento agotada sólo de pensarlo.

—Disfruta con su trabajo—explicó Laura—. Le pone la misma pasión a todo lo que hace. Es incansable.

Miró a Gloria de forma inquisitiva.

—Te veo muy guapa—observó—últimamente tienes un brillo especial en la mirada...

Gloria sonrió con picardía. En alguna ocasión había estado tentada de hablarle de Idrissa, pero le daba un cierto reparo.

—Tú también estás muy guapa—respondió, evasiva—Creo que no hace falta que te pregunte qué tal te va con Ernesto...

Y ambas se echaron a reír.

El tráfico estaba imposible. Elena aprovechaba el trayecto en su coche hasta el café donde debía encontrarse con Laura y Gloria para realizar algunas llamadas. Llegaba tarde, como de costumbre. Encontrar el momento para abandonar la redacción de la revista era la tarea más compleja que se le presentaba cada día. Siempre era la primera en llegar por las mañanas y la última en marcharse al acabar la jornada; una llamada de última hora, un trabajo urgente que había que entregar, algún problema que resolver... No era extraño que se llevase trabajo a casa, o incluso que acudiera a la oficina en un día festivo para solucionar algún asunto pendiente. A veces olvidaba que sus colaboradores no vivían el trabajo con la pasión con la que ella lo hacía y les exigía demasiado. Debía recordarse a sí misma que tenían familia, una vida fuera de aquellas cuatro paredes, y que la revista, para la mayoría de ellos, era sólo una forma de ganarse la vida. En ocasiones, eran ellos mismos quienes se lo recordaban, con mayor o menor tacto.

Aparcar por aquella zona sería misión imposible, se dijo, mientras rastreaba las calles con la mirada; probablemente, hasta los aparcamientos

públicos estarían llenos. De pronto, vio un vehículo que salía y dio un volantazo para ocupar rápidamente su lugar.

—¡Eh, oiga! —escuchó a sus espaldas.

Salió del coche triunfante. Y entonces reparó en un hombre que se apeaba de un auto detrás del suyo y se dirigía a ella, iracundo, haciendo grandes aspavientos.

—Haga usted el favor de sacar el coche de ahí —le espetó—. Yo estaba esperando para aparcar.

—¡Huy!—exclamó Elena con calma, componiendo un inocente gesto— Pues no le había visto. Lo siento, pero se trata de una emergencia. Seguro que encuentra usted otro sitio enseguida.

Dicho lo cual le dedicó al individuo una encantadora sonrisa y se alejó rápidamente dejándolo estupefacto.

—¡Hola chicas!—Elena saludó a sus amigas y se sentó junto a ellas— Perdonad el retraso.

Estuvieron charlando un rato animadamente y después decidieron ir a cenar juntas. Elena estaba contenta de la amistad que había surgido entre Laura y Gloria. Le caía bien la despampanante rubia; vivía en su propio mundo, pero era muy divertida y resultaba obvio que poseía un corazón que no le cabía en el pecho. Parecía que la vida de Laura empezaba a cambiar; tenía una nueva amiga y había conocido a Ernesto. Elena se alegraba de verla tan feliz.

—Laura ¿sabes algo de la muchacha esa de la limpieza? La del gimnasio—preguntó Gloria tomando un sorbo de vino.

—Teresa, se llama Teresa—respondió Laura, con cierto tono de reproche—Y su hija se llama Beatriz.

—¡Ay! Es que soy un desastre para los nombres...—se disculpó Gloria, y Elena reprimió una sonrisa divertida—Bueno, ¿Qué sabes de ellas? ¿Cómo va la niña?

—Pues por lo que me ha comentado Ruth, parece que las dos están algo más animadas. Aunque Beatriz tiene momentos de bajón, pero está demostrando una gran fuerza de voluntad.

—La verdad es que tiene que ser muy duro—intervino Elena—. Yo no sé como reaccionaría si me ocurriera algo así.

—Si es que a perro flaco todo son pulgas...—soltó Gloria.

—¡Gloria!—la reprendió Laura.

—¡Mujer! Quiero decir que parece que la desgracia siempre se ensaña con los pobres —aclaró. Y dando por zanjado el tema, añadió—: Bueno, ¿Qué os parece si organizamos un fin de semana en mi casa de la playa? Sólo mujeres. Podemos invitar a Ruth, es una chica encantadora y muy simpática, seguro que hará buenas migas con tu hija, Laura. Lo pasaremos muy bien, ya lo veréis. ¿Qué opinas, Elena?

—¡Oh! Pues creo que es una idea genial. Me vendrán bien unos días de descanso.

—¡Estupendo!— terció Laura—. Se lo diré a Marta esta misma noche.

El resto de la cena lo dedicaron a concretar las fechas más convenientes para todas e ir haciendo planes para entonces.

Cuando se despidieron en la puerta del restaurante el calor seguía siendo sofocante, las terrazas estaban repletas de gente que se congregaba en torno a las mesas en animada charla, buscando inútilmente el alivio de un poco de aire fresco, prolongando la noche de verano a la espera de que el calor remitiera y les permitiese regresar a sus hogares y poder conciliar el sueño.

IX

Laura y Ruth fueron las primeras en llegar a la casa de la playa en el coche de la primera. Gloria ya llevaba allí varios días, y Elena se reuniría con ellas más tarde, una vez hubiese dejado resueltos algunos asuntos de trabajo en Barcelona, dispuesta a tomarse unas mini vacaciones y disfrutar con sus amigas de unos días de descanso que prometían risas, camaradería y complicidad entre las cuatro mujeres.

Marta, la hija de Laura, tras largas y arduas discusiones con su madre, había conseguido convencerla de que la dejase quedarse en la ciudad para hacer compañía a su amigo Sergio, que tenía que trabajar durante aquellos días — y aprovechar aquella oportunidad única, sospechaba Laura, de disponer de la casa a su antojo sin sentirse fiscalizada por ningún adulto—. Laura se resistía a dejarla sola; había sorprendido alguna que otra conversación telefónica entre los dos jóvenes —o, para ser más exactos, había aguzado el oído cuando Marta recibía alguna llamada y cuchicheaba en voz baja entre risas— y le preocupaba lo que pudiera ocurrir en su casa durante su ausencia. Incluso se planteó la posibilidad de renunciar a aquellos días de asueto con sus amigas. Pero la intervención de Elena, como de costumbre, acabó por convencerla:

—Ya tiene dieciocho años, Laura. ¡Déjala vivir! Marta es una niña responsable y madura. Sabe lo que hace. Algún día tendrás que cortar el cordón umbilical...

Laura comprendía que Elena estaba en lo cierto, pero era difícil aceptar que su niña ya no era tan suya, que ya no era una niña, en realidad; que ya no dependía de ella ni la necesitaba como antes, y que en su vida

empezaban a crearse nuevos vínculos que no la incluían; nuevos afectos, probablemente más importantes en aquellos momentos para la muchacha que el amor materno—filial que las había unido hasta entonces. “Es ley de vida”, se decía a sí misma para autoconvencerse. Aun así, de la forma más sutil de que fue capaz, bombardeó a su hija durante días con consejos y recomendaciones a los que Marta, estoica y pacientemente, respondía con el consabido y mecánico “sí, mamá”, aunque Laura sabía perfectamente que ni siquiera la escuchaba. Pese a todo, y comprendiendo que no le quedaba otra opción, decidió permitirse aparcarse su papel de madre y disfrutar de aquellos días con sus amigas sin pararse a pensar demasiado en lo que podía estar ocurriendo en su casa. Como bien decía Elena: tenía que ir acostumbrándose.

La primera noche, mientras cenaban en el jardín, junto a la piscina, las cuatro mujeres hicieron planes para aprovechar al máximo aquellos días que pasarían juntas: acordaron levantarse temprano para disfrutar de la playa en las primeras horas de la mañana antes de que llegara la avalancha de bañistas; después, darían un paseo por el pueblo para tomar el aperitivo y regresarían a casa para compartir saludables y amenas comidas en el sombreado jardín, que las protegería del sofocante calor del medio día. Las tardes las dedicarían a visitar los pueblos vecinos y dejarían un margen a la improvisación para hacer sobre la marcha lo que más les apeteciera.

El primer día, el programa se cumplió a rajatabla, gracias, en gran medida, a la capacidad de organización de Elena y Ruth, que unieron sus fuerzas para arrastrar a Laura y Gloria, algo más remolonas. La jornada fue completa y magnífica; las cuatro habían congeniado a la perfección, incluso Ruth, que era la más joven, con diferencia, y no contaba con la compañía de Marta, como había esperado, parecía sentirse a sus anchas en el grupo. Por la noche, la cena junto a la piscina se prolongó hasta la madrugada entre risas y copas de vino y el acompañamiento musical del canto de los grillos, ocultos en la oscuridad del jardín. La confianza y la camaradería adquiridas durante todo el día entre ellas, dio paso a las confidencias y los comentarios picantes—inevitablemente relacionados con los hombres— que todas celebraban con estruendosas carcajadas.

Ruth, como buena deportista, era la única que no tomaba alcohol. Y cuando las lenguas se desataron y las risas se hicieron flojas y recurrentes, se dedicó a observar a sus compañeras con un aire entre divertido e indulgente, como suelen hacer los jóvenes cuando se creen lo bastante maduros y juiciosos como para dar lecciones a sus mayores, sobre todo, cuando éstos dejan de lado sus inhibiciones y actúan con absoluta libertad. Fue ella misma quien puso fin a la reunión aduciendo que si no se iban a dormir no podrían levantarse al día siguiente para realizar la excursión en barco que tenían programada.

Con todo, por la mañana no fue tarea fácil levantar a Gloria, que no se caracterizaba precisamente por su autodisciplina, y les rogó que la dejaran dormir y se fuesen sin ella; pero las chicas la sacaron de la cama sin piedad y la arrastraron entre todas, sin parar de reír, hasta el puerto deportivo donde las aguardaba una embarcación de recreo dispuesta con todo el avituallamiento necesario para pasar el día visitando diversas calas y pintorescos rincones de la costa.

Aquella segunda noche, Gloria se puso sentimental y acabó confesando a sus amigas que su matrimonio no era tan perfecto como trataba de hacer creer a todo el mundo, que sabía que su marido tenía una aventura tras otra desde hacía años, aunque ni ella misma había querido admitirlo hasta entonces y había preferido cerrar los ojos a la realidad, y cuando lo supo a ciencia cierta trató de comprenderlo y aceptarlo como parte del precio que había que pagar en el mundo en el que se movían, así como del propio desgaste de la relación tras una convivencia tan prolongada como la suya. Sin embargo, no pudo evitar sentirse dolida.

—Pues yo creo que si lo hace es porque tú se lo consientes—intervino Ruth con un punto de indignación en la voz—. Yo no aguantaría a un tío que me pusiera los cuernos. Si lo colocaras en su sitio seguro que se cortaba.

—Las cosas no son tan sencillas, Ruth—repuso Gloria en un tono de indulgente comprensión hacia el apasionamiento juvenil de la muchacha y, al mismo tiempo, de resignada aceptación—. Son muchos años y hay demasiadas cosas en juego. No voy a arriesgarme a perderle. Llevamos toda

la vida juntos y no sabría qué hacer sin él. Además, me estoy haciendo vieja, ya no encontraría a nadie que me quisiera.

—Bueno, tampoco pasa nada por estar sola...—dijo Elena como para sí misma—. Se puede vivir perfectamente sin un hombre al lado.

—¿Crees que sólo van a quererte si eres joven y guapa?—porfió Ruth, incisiva—Tú tienes un valor por el mero hecho de ser persona, no eres un objeto decorativo y no deberías depender de la aprobación de nadie.

—Eso mismo dice mi psicólogo...—respondió Gloria con ironía.

—Envejecer es un hecho natural—prosiguió la joven—. Lo importante es hacerlo con dignidad y alegrarse de seguir vivo.

—¡Estoy de acuerdo con eso!—Aprobó Laura, tomando otro sorbo de vino.

—Claro—replicó Gloria—, eso está muy bien, en teoría, y es muy fácil decirlo cuando se es joven y la vejez se ve como algo tan lejano que parece que no va a llegar nunca. Pero llega, y llega mucho más rápido de lo que nos imaginamos. Vivimos en una sociedad hecha por y para los jóvenes. A los mayores se les mira con desprecio, se les trata como a ciudadanos de segunda. Y cuando empiezas a darte cuenta de que estás entrando en ese grupo, resulta humillante y deprimente. Y más aún si eres mujer.

—Puede que tengas razón...—dijo Ruth, pensativa. Y tras una breve pausa añadió con rabia—: ¡Ésta es una sociedad de mierda! Antigamente se respetaba y se valoraba la sabiduría y la experiencia de los mayores, incluso hoy en día se sigue haciendo en muchas sociedades supuestamente más atrasadas que la nuestra.

—Cierto—intervino Elena—, pero nuestra realidad es que vivimos en el primer mundo y en la era del “usar y tirar”.

—Pues habría que hacer algo para cambiar eso—replicó Ruth, cada vez más alterada—. No sé, concienciar a la sociedad, hacerse notar de alguna manera, reclamar el lugar que les corresponde a los mayores en vez de aceptar sumisamente que se les arrinconen.

—Eso estaría muy bien, desde luego—intervino Elena de nuevo—. Sin embargo, todos vivimos demasiado estresados para pararnos a pensar en cosas que, como dice Gloria, se ven tan lejanas; y cuando nos toca, ya no estamos para reivindicaciones. Los que tendrían que preocuparse y hacer

algo son los jóvenes, precisamente, los que están ahora en la cresta de la ola. Pero cuando eres joven crees que el problema no va contigo, que no te atañe. Y así nos va...

—Bueno—dijo Laura, algo achispada, dirigiéndose a Ruth—, al menos nos queda el consuelo de saber que tú serás una ancianita intrépida y combativa que pondrá las cosas en su sitio.

Todas acogieron la ocurrencia de Laura con sonoras carcajadas, incluso la propia Ruth.

—Vale, vale—dijo poniéndose en pie—. Os estoy largando un mitin ¿verdad? Si no os importa, iré a dar un paseo por la playa.

—¿Se ha enfadado?—preguntó Laura con preocupación mientras Ruth se alejaba.

—¡No, que va!—la tranquilizó Elena—. Es joven. A esta edad todos se creen que se van a comer el mundo.

—Sí—dijo Gloria—. Y cuando se quieren dar cuenta el mundo se los ha comido a ellos.

—El problema no es hacerse mayor—repuso Laura repentinamente seria—. El problema es hacerse mayor sin haber hecho nada interesante con tu vida.

—La mayoría de los seres vivos no hacen nada interesante con su vida y eso no les plantea mayores problemas—rebatía Elena—: nacen, tratan de sobrevivir, se reproducen y mueren sin tantos aspavientos como hacemos nosotros, los humanos. Si estamos en éste mundo no es más que por puro azar como resultado de determinadas combinaciones químicas. Si llegáramos a entenderlo así, seríamos más felices.

—¡Mujer! Visto así...—protestó Gloria.

—Elena es una escéptica convencida—apuntó Laura, divertida—; escéptica, estoica y epicúrea. Me conozco sus teorías de memoria.

Y ambas rieron con complicidad mientras Gloria las observaba pensativa, un poco fuera de juego.

—¡Es que es verdad!—insistió Elena—. Nos empeñamos en creernos superiores al resto de los animales y no lo somos. Si realmente hubiera un dios observando el universo desde arriba se partiría de la risa contemplando

nuestros ímprobos esfuerzos por dotar de sentido nuestra existencia y lograr grandes hazañas.

—Pero sí somos superiores—intervino Gloria—; tenemos capacidad de pensar, y sentimientos...

—Pues más nos valdría librarnos de todo ese lastre que nos frena y no nos deja disfrutar de lo que tenemos—repuso Elena—. ¿Dónde queda nuestra supuesta superioridad cuando hay un terremoto, un tsunami, si estalla una guerra nuclear o unos terroristas fanáticos deciden disponer de nuestra vida a su antojo con cuatro bombas? Entonces no somos más que unos seres insignificantes e indefensos.

—En eso tiene razón...—aprobo Laura, dirigiéndose a Gloria, y ésta no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo, a su pesar.

—¡Por eso hay que disfrutar de la vida mientras se pueda!—Concluyó Elena, dejando de lado aquel tono grave y filosófico para levantar su copa en un brindis. — ¡*Carpe Diem*!

—¡*Carpe Diem*!—repitieron al unísono Laura y Gloria, imitándola.

Entrechocaron sus copas y les dieron un largo trago. Tras lo cual, Gloria las miró fijamente, con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Sabéis una cosa?—dijo. Y cuando comprobó que había captado la atención de sus amigas, declaró—: Tengo un amante.

Laura se quedó boquiabierta y Elena contempló a Gloria con una divertida expresión de sorpresa en su rostro.

Gloria les contó punto por punto su aventura con Idrissa. Después, ambas le pidieron escabrosos detalles con respecto a la creencia popular relacionada con las dimensiones de determinados atributos de los hombres de color, que Gloria ratificó encantada. Cuando Ruth regresó, las encontró poco menos que tiradas por el suelo desternillándose de risa, a Gloria se le saltaban las lágrimas de tanto reír y Laura se doblaba sobre sí misma sujetándose el estómago con los brazos. Sobre la mesa, dos botellas de vino vacías delataban su generosa participación en el jocosó estado de ánimo de las tres mujeres.

Ruth las observó sonriendo con curiosidad y cierta extrañeza, pero prefirió no indagar qué era lo que les provocaba tanta hilaridad. Mientras cruzaba el jardín sacudió la cabeza en un gesto condescendiente.

—Me voy a dormir—dijo—buenas noches, chicas.

Al día siguiente, sólo Ruth se levantó temprano. Renunció a despertar a sus compañeras ya que desde la cama las había oído conversar y reírse hasta que se quedó dormida, por lo que decidió irse a la playa sola suponiendo que necesitarían descansar toda la mañana. Y en efecto, las otras tres coincidieron en la cocina hacia el medio día, aturdidas y sin demasiadas ganas de hablar.

—¿Te acuerdas cuando nos pasábamos toda la noche de juerga y después nos dábamos una ducha y nos íbamos a trabajar directamente, Elena? —preguntó Laura con cierta nostalgia.

Elena hizo un gesto afirmativo con la cabeza y emitió algún tipo de sonido mientras daba cuenta de un enorme vaso de zumo de naranja y trataba de mantener sus ojos abiertos.

—Sí—suspiró Gloria sentándose a la mesa con una taza de café—. Los años no perdonan: una noche de juerga y dos días para recuperarse.

Las tres rieron resignadas.

—¡Buenos días!—saludó Ruth alegremente irrumpiendo en la cocina.

—No grites, por favor...—suplicó Laura llevándose las manos a la cabeza.

—Perdón—rectificó Ruth, sonriendo burlona, y bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Me ducho y os preparo una buena ensalada, porque creo que es lo único que vais a poder comer hoy.

—¿Se está riendo de nosotras?—preguntó Gloria cuando Ruth salió.

Elena se encogió de hombros con indiferencia y las tres volvieron a quedarse ensimismadas y en silencio.

Aquel día los planes previstos no se cumplieron. Ninguna de las tres estaba para playas ni paseos por el pueblo. Después de comer, una reparadora siesta las ayudó a acabar de recuperarse del todo y por la noche estaban como nuevas, pero se cuidaron muy bien de no pasarse de nuevo con la bebida.

—¿Os importa que me fume un “peta”?—preguntó Ruth con naturalidad después de cenar.

—A mí me da igual—respondió Elena.

—A mí tampoco me importa...—dijo Gloria sin demasiada convicción, por no parecer anticuada.

—No sabía que fumaras—observó Laura con cierto recelo, preguntándose si su hija también lo haría, sin que ella lo supiera.

—Sólo un “porro” de vez en cuando—confirmó Ruth mientras ponía sobre la mesa un paquete de tabaco, papel de fumar y una cajita negra, y se disponía a prepararlo.

—¡Hace siglos que no me fumo uno!—dijo Elena observando como Ruth mezclaba la hierba y el tabaco con destreza— ¿Te acuerdas, Laura?

—¡Ah! ¡Así que también fumabais...!—intervino Ruth con sorna lanzándoles una mirada divertida.

—Bueno, le dábamos una caladita de vez en cuando porque toda la pandilla lo hacía...—se justificó Laura.

Ruth encendió el cigarrillo de marihuana e hizo varias aspiraciones cortas para que prendiera bien. Después le dio una profunda calada y se lo ofreció a Elena con una sonrisa cómplice. Ella lo tomó entre el pulgar y el índice con cierta cautela, aspiró levemente y se lo pasó a Laura.

—No, yo paso—dijo Laura arrugando la nariz—. A mí me da nauseas...

Elena se lo ofreció entonces a Gloria que lo cogió con aire mundano.

—Yo no lo he probado nunca—dijo encogiéndose de hombros—, pero para todo hay una primera vez.

Imitó a sus amigas y se lo devolvió a Ruth. El ritual se repitió varias veces, saltándose siempre a Laura, hasta que el cigarrillo se consumió por completo. Entonces Ruth empezó a preparar otro.

—La verdad es que a mi esto no me hace nada...—declaró Elena con mucha seriedad cuando Ruth se lo pasó de nuevo, lo que provocó una carcajada en ésta que contagió de inmediato a Elena y ambas rieron con estrépito.

—Pues a mí me ha dado sueño—terció Gloria poniéndose en pie—. Me voy a dormir. Buenas noches, chicas.

—Yo también me retiro—dijo Laura siguiéndola—. Hasta mañana.

—Buenas noches—respondió Elena.

—Al fin solas...—dijo Ruth volviéndose hacia ella y sonriendo con picardía mientras le pasaba el “porro”.

Elena dejó escapar una risita nerviosa sin saber muy bien por qué.

—A mí esto no me hace nada—repitió.

Ruth volvió a soltar una carcajada y se puso en pie.

—Voy a darme un baño—anunció empezando a quitarse la ropa—. ¿Te animas?

Antes de que Elena pudiera responder Ruth estaba completamente desnuda ante ella. Tuvo que admitir que tenía un cuerpo magnífico. La joven se giró y se tiró a la piscina sin dudarlo.

—¿Por qué no?— murmuró Elena para sí misma, y sin ser muy consciente de lo que hacía, se desnudó a su vez y se lanzó tras ella.

Sus cabezas emergieron del agua casi al mismo tiempo y se buscaron riendo entrecortadamente en la oscuridad. Cuando Ruth descubrió a Elena nadó hacia ella y, sin mediar palabra, la besó en los labios. Elena, sorprendida, se reía como una tonta; sentía el cuerpo deliciosamente flojo y la cabeza flotando en una espesa nebulosa. Apenas se había recuperado de la sorpresa cuando sintió en su boca la lengua de Ruth buscando la suya con urgencia. No fue capaz de rechazarla, correspondió a su beso y la invadió una oleada de voluptuosidad cuando sintió los pezones erectos de la muchacha acariciando los suyos, cuando sintió su cuerpo joven y fibroso pegado al suyo y sus piernas alrededor de la cintura, cuando las manos de Ruth, como las de un ciego, dibujaron suavemente su silueta bajo el agua y la izaron después, sin aparente esfuerzo hasta el borde de la piscina. En la confusión de su mente, la vio emerger como una hermosa sirena y tenderse a su lado. En la penumbra, la boca de la muchacha seguía el camino marcado por sus manos en una dilatada caricia que recorrió todo el cuerpo de Elena y se demoró entre sus piernas hasta que ésta dejó escapar gemidos de placer. Entonces Ruth reptó sobre ella hasta la altura de su rostro con los ojos brillantes de excitación y una sonrisa de triunfo en los labios.

—Eres una mujer increíble...—susurraba mientras la besaba en la boca.

Elena, jadeante, no salía de su asombro ante aquella situación nueva e inesperada que escapaba a su control, y se reía con nerviosismo mientras intentaba rescatar a su mente de aquella sensación de irrealidad que le embotaba el cerebro.

—No me encuentro bien—logró balbucir al fin, zafándose de Ruth—. Lo siento.

Se levantó del suelo tambaleante, y, como pudo, recogió sus ropas con precipitación para correr después, trastabillando, descalza y desnuda, hacia el interior de la casa, en tanto que Ruth la observaba desde el borde de la piscina con una sonrisa burlona y cierto rictus de decepción.

Por la mañana, fue Elena la que se mostró remisa a abandonar su habitación. Algo inusual en ella, que era muy madrugadora porque consideraba que dormir era una pérdida de tiempo. Y cuando lo hizo, su gesto era tenso, pese a que se esforzó por aparentar normalidad; no obstante, un observador sagaz hubiera percibido las miradas furtivas que Ruth le dirigía y el empeño de Elena por evitarla a toda costa y disimular un cierto azoramiento que, sin embargo, no se le escapó a Laura, que la conocía bien.

—¿Te pasa algo?—le preguntó, preocupada, en un momento en el que se quedaron a solas.

—No, nada—respondió Elena con una precipitación que ponía en entredicho sus propias palabras—. Es que he recordado que dejé algo pendiente en la oficina y debería resolverlo antes de la reunión de mañana. Creo que será mejor que vuelva a Barcelona cuanto antes.

—Pensaba que te quedarías hasta la noche...—insistió Laura, escrutando su rostro.

—No. Tengo que volver enseguida—replicó secamente, alejándose de ella.

—Pero por lo menos quédate a comer—le dijo Gloria cuando Elena le comunicó que tenía que regresar de inmediato.

Elena se excusó, y tras agradecer a la anfitriona su hospitalidad, prometió regresar en breve, aunque sólo fuese a pasar el día, tal como sugirió Gloria. Se despidió de Laura asegurándole que la llamaría al día siguiente y apenas si dirigió un breve y huidizo saludo a Ruth, antes de sentarse al volante de su coche y alejarse por la arbolada y solitaria avenida.

—¿Está bien?—preguntó Gloria mientras el auto se alejaba.

—Supongo que sí—confirmó Laura tratando de quitar importancia a la precipitada huída de su amiga—. Elena es así. A veces se le cruzan los cables, pero al día siguiente vuelve a estar estupenda.

Ruth no hizo ningún comentario al respecto, aunque su semblante era serio. Después de comer, mostrándose menos conversadora de lo habitual, dijo que ella también tenía que irse.

—¿Por qué no esperas al anochecer y nos vamos juntas en mi coche?—sugirió Laura, que no quería dejar a Gloria sola de manera tan precipitada.

—Prefiero volver ya, si no te importa. Cogeré el tren. Tú puedes quedarte un poco más con Gloria.

—¿Crees que les pasaría algo anoche?—aventuró Gloria cuando Ruth se hubo marchado— Estaban muy raras las dos...

—¿A Ruth y a Elena? No creo. Daba la impresión de que se llevaban muy bien...-respondió Laura encogiéndose de hombros, algo confundida.

—¿Por qué no te quedas hasta mañana?—ofreció Gloria, cambiando de tema—Tú no tienes prisa, ¿verdad?

Era evidente que a Gloria no le apetecía quedarse sola, y Laura no quería dejarla con un mal sabor de boca después de haber sido invitada con tanta amabilidad y de haber compartido unos días tan agradables. Vaciló unos instantes, estaba deseando ver a su hija, pero finalmente decidió quedarse con Gloria un día más y llamó a Marta —tal como, por otra parte, había venido haciendo a diario— para decirle que regresaría al día siguiente. Estaría en casa a media mañana.

—Espero que cuando llegue esté todo limpio y en orden...—advirtió.

—Bueno...—confesó Marta—. Si vieras la casa ahora te daría un ataque...

—¡No, por favor! Prefiero que no entres en detalles—la interrumpió Laura, y Marta se echó a reír.

—No te preocupes, mami: todo está controlado—la tranquilizó su hija.

—Eso espero, cariño, eso espero...

Para Gloria, aquellos días en compañía de sus amigas habían resultado muy gratos y no sentía el menor deseo de volver a Barcelona, no tenía nada que hacer allí, pero le entristecía quedarse sola en la playa, en aquella casa

que de pronto se le antojaba demasiado grande. Sus hijos se habían ido de vacaciones con sus respectivos amigos y Diego, en teoría, estaba en un viaje de negocios. Por otra parte, hacía días que no lograba hablar con Idrissa por teléfono y empezaba a estar preocupada; tenía muchas ganas de verlo, de oír su voz profunda y cadenciosa, tenía hambre de su cuerpo, de sus caricias, necesitaba tocarlo, sentirlo, olerlo...

Laura y ella desayunaron juntas rodeadas de un persistente y melancólico silencio que les provocaba una cierta sensación de tristeza. Recogieron un poco la cocina — ya vendría la mujer de la limpieza a ocuparse de todo, dijo Gloria—, y se despidieron en la puerta de la casa para regresar a la ciudad en sus respectivos vehículos.

OceanofPDF.com

X

Marta recibió a su madre anunciándole que se moría por saborear una de aquellas estupendas paellas que ella le preparaba y que le salían tan bien; era su plato favorito, y Laura, queriendo complacer a su hija tras aquellos días sin verla, corrió a comprar los ingredientes necesarios, dispuesta a darle una agradable sorpresa.

El aceite empezaba a humear en la paellera, donde acababa de echar el tomate y los pimientos bien picados para hacer el sofrito, cuando sonó el teléfono. Dudó un instante antes de decidirse a contestar, tal vez fuera una de aquellas fastidiosas llamadas de telemarketing tan inoportunas como irritantes para las que ya no servía el consabido “lo siento, no me interesa”, con frecuencia la insistencia de los teleoperadores no daba otra opción que colgar el aparato, dejándola con un desagradable sentimiento de culpa. No le gustaba ser desconsiderada con aquellas personas que, al fin y al cabo, estaban ganándose la vida con un trabajo ya de por sí bastante ingrato. Pero también cabía la posibilidad de que se tratase de Elena; ella solía llamar a aquella hora, cuando sus compañeros de trabajo salían a comer, y si no estaba obligada a acompañarlos por motivos laborales aprovechaba para tomarse un rato de descanso, ya que, a contracorriente como de costumbre, se negaba a comer cuando lo hacía el resto de la humanidad; tenía su propio y personal ritmo circadiano: un buen desayuno a las seis de la mañana, un simple café bien cargado al medio día y, al acabar la jornada, se obsequiaba a sí misma con una magnífica cena preparada con los mejores ingredientes sin sucumbir a la pereza, disfrutando tanto de la elaboración como de su posterior degustación.

Laura suspiró mientras se limpiaba las manos y acudía al salón a coger el teléfono. Tenía que poner un aparato con identificación de llamada. Marta siempre se lo estaba diciendo.

—¿Laura?—inquirió una voz femenina que le resultaba desconocida— Soy Ruth.

—¡Ah! ¡Hola Ruth! ¿Cómo estás?

—Muy bien ¿y tú? Perdona que te moleste—prosiguió sin esperar respuesta—. Es que quedé en llamar a Elena y he perdido su número. Podrías dármelo, por favor.

—Sí, claro. Toma nota.

Le facilitó el número de móvil de su amiga y Ruth se despidió después de darle las gracias con un “ya nos veremos por el gimnasio”. Laura regresó a la cocina y tras comprobar el estado de las chirlas y los mejillones que se abrían como en un gemido de dolor al calor del agua hirviendo, removió el sofrito y añadió los aros de calamar. El teléfono volvió a interrumpir su labor y Laura fue de nuevo a cogerlo con un gesto de fastidio. “¡Menuda paella me va a salir hoy!”, se dijo.

—Hola—saludó Elena—¿estás ocupada?

—No, tranquila—mintió—, estoy esperando a Marta.

No habían hablado desde la precipitada huída de Elena de casa de Gloria, y su comportamiento aquel día la había dejado bastante preocupada, pero sabía que no podía presionar a su amiga y debía esperar a que fuese ella misma quien se decidiera a hablar, si es que lo hacía.

—¿Cómo estás?—preguntó, mientras volvía a la cocina sujetando el inalámbrico entre el hombro y su cara, y colaba los mejillones y las chirlas para echarlos en el sofrito.

—Bueno...—respondió Elena en un tono apagado poco habitual en ella—. Estoy un poco preocupada.

—¿Por qué?

—Laura—dijo Elena tras un breve silencio— ¿Tú crees que soy poco femenina?

—¿A qué viene eso?— Laura no pudo contener una carcajada.

—En serio. No te rías—protestó su amiga—Tu sabes que a veces me han tachado de ser demasiado fuerte y decidida, de tener un carácter

demasiado agresivo, más propio de un hombre que de una mujer...

—Bueno, sí, tienes un carácter fuerte—respondió Laura con absoluta sinceridad, echando el arroz a la paella—, pero también eres femenina y coqueta, y vistes estupendamente. ¡Pero si sabes de sobra que los hombres se vuelven en la calle para mirarte! ¿Me quieres decir qué es lo que te pasa?

—Laura, contéstame con sinceridad: ¿alguna vez me he insinuado contigo? ¿He hecho algo que te pudiera parecer... equívoco?

—¿De qué estás hablando?

—Está bien—respondió Elena, resuelta—: He tenido un rollo con una mujer.

—¿Cómo que has tenido un rollo?—Laura, sorprendida, se quedó con el cazo de agua, que el arroz parecía estar pidiendo a gritos, suspendido en el aire— ¿Qué quieres decir?

—Pues eso—replicó Elena con impaciencia—: un rollo...sexual.

—Me estás tomando el pelo...—rió Laura.

—El fin de semana, en casa de Gloria. Con Ruth -soltó de corrido.

—¿Con Ruth?

—¡Ya me has oído!—gritó Elena con enojo.

—Pues, me dejas de una pieza. No se que decirte...—respondió Laura añadiendo por fin el agua.

—¿Tú crees que soy lesbiana?

—¿Tú, lesbiana? No sé... quiero decir que... no lo creo—rectificó algo aturdida—Vamos, que en todos los años que hace que nos conocemos nunca me ha parecido que...Pero, ¿Cómo ocurrió? Quiero decir que... ¡Es que no lo entiendo! ¿Qué fue lo que pasó? ¿Te gustó? O sea...

—Me gustó—respondió Elena con valentía—. Bueno, ella tomó la iniciativa y yo pude rechazarla. Pero no lo hice.

—Ya. Y lo que te preocupa ahora es descubrir a estas alturas de tu vida que hay una lesbiana dentro de ti y nunca lo has sabido—concluyó Laura acabando de condimentar el guiso—. Chica, la verdad es que me dejas de piedra...

—Quizás eso explicaría mis problemas con los hombres...

—Mujer, no lo creo. Quiero decir que nos habríamos dado cuenta antes ¿no?

—Supongo que sí... ¡Qué sé yo! Pero también podría ser que como antes era algo que estaba mal visto, se activara en mí algún tipo de mecanismo inconsciente que lo ocultase, y...

—Elena, no te lées—la interrumpió Laura—. Me parece que le estás dando demasiada importancia a un hecho...puntual.

—Es posible—corroboró Elena—. No me atrae Ruth ni nada de eso pero...bueno, estaba fumada, no se lo que me pasó, por alguna razón quise llegar hasta el final, experimentar algo nuevo...

—*Carpe Diem*—sentenció Laura.

—Sí. *Carpe Diem*—repitió Elena sin mucha convicción.

—Pero bueno, a ti te siguen gustando los hombres ¿no?—preguntó Laura mientras colocaba cuidadosamente las gambas y las cigalas sobre el arroz y bajaba el fuego.

—La verdad es que cada día me gustan menos, si te soy sincera. Pero eso es porque entre los hombres de nuestra edad es difícil encontrar alguno que merezca la pena, y a los que son más jóvenes, les falta un hervor...

—Ya, en eso tienes razón. Pero, ¿te gustan las mujeres?

—¡Qué me van a gustar las mujeres! Bueno, encuentro más interesantes a muchas mujeres que a la mayoría de los hombres, pero como personas, no en un sentido sexual.

—De todas formas, tampoco es tan grave—la tranquilizó Laura medio en broma—, si resultase que ahora cambiases de acera, yo te seguiría queriendo igual...como amiga, claro.

—¡No sabes qué peso me quitas de encima, Laura!—rió Elena, ya más relajada.

—Pues entonces, problema resuelto ¿no?

—Sí, la verdad es que tienes razón. No debería haberle dado mayor importancia. Pero es que, chica, este asunto me ha descolocado por completo. A mi edad ya no estoy para recomponer todos mis esquemas mentales y ponerme a perseguir jovencitas...

Ambas rieron con ganas al hacerse la imagen mental de aquella situación.

—Dicen que una de las fantasías eróticas más comunes entre las mujeres es imaginar que hacen el amor con otra mujer...—apuntó Laura.

—Eso dicen. ¿Tú la has tenido?—preguntó Elena en tono confidencial. Laura rió con picardía antes de responder.

—Alguna vez se me ha pasado por la cabeza...

—A mí también—confesó Elena, y las dos volvieron a reír.

—Pero eso no significa que seamos lesbianas—concluyó Laura.

—No, claro que no—dijo Elena, y añadió—: Gracias, Laura, me has ayudado mucho.

—Tranquila, ¿para qué están las amigas?—en aquel momento oyó que Marta entraba en casa— ¡Ah! Ya está aquí Marta.

—Dale un beso de mi parte—dijo Elena.

—¡Mmm...! ¡Qué bien huele aquí!—exclamó la joven entrando en la cocina con una gran sonrisa y besando a su madre en la mejilla.

—Por cierto, Elena, tengo que decirte una cosa—anunció Laura mientras apagaba el fuego—Justo antes de llamar tú, lo ha hecho Ruth para pedirme tu teléfono...

—No se lo habrás dado.

—Pues...sí. Me ha dicho que tú se lo diste y que lo había perdido. ¿Cómo iba a imaginarme yo que...?

—¡Joder, Laura...!

—Lo siento, ¿yo qué sabía?

—Tienes razón, cielo. Bueno, no te preocupes, ya me las arreglaré. Un beso. Adiós.

Hacía más de dos semanas que Gloria no sabía nada de Idrissa. Le extrañaba aquel repentino silencio. Desde que se conocieron habían hablado prácticamente a diario. Él le había dado un número de móvil, pero Gloria no lo había utilizado nunca porque siempre era Idrissa quien la llamaba. Sin embargo, tras aquel prolongado mutismo se decidió a marcar aquella combinación de dígitos para encontrarse una y otra vez con un persistente tono de llamada al que nadie respondía... Tras intentar infructuosamente comunicar con él durante dos días consecutivos decidió acercarse al piso en el que vivía el joven. Tal vez le hubiese ocurrido algo, o se encontrara enfermo. O, en el hipotético caso de que ya no estuviera interesado en ella, consideraba que debía decírselo personalmente, darle una explicación, algo

que —le constaba—la mayoría de los hombres trataban de eludir, pero ella no estaba dispuesta a permitirlo. Nunca pensó que aquella relación tuviera el menor futuro — aunque Idrissa no se cansaba de repetirle que la amaba y parecía sinceramente enamorado de ella—; aun así, Gloria le había tomado afecto. No quería plantearse nada más; sólo quería vivirlo, disfrutarlo el tiempo que fuera posible y guardarlo después en su recuerdo como un pequeño tesoro. Junto a él había recuperado sentimientos y sensaciones que creía olvidados, perdidos para siempre. Se sentía como si hubiese rejuvenecido diez años, había recobrado la confianza en sí misma, en su atractivo. Ni cremas, ni liftings, ni siquiera la cirugía habían logrado nunca un cambio tan espectacular en su aspecto; el amor, el sexo —estaba convencida de ello—, eran el mejor tratamiento de belleza. Incluso su humor había cambiado: se sentía más alegre y optimista, ya no le importaba tanto lo que hiciera Diego. Era su pequeño desquite, se sentía compensada por todo el daño que él le había hecho, aunque no lo hubiera planeado, aunque en el fondo no pudiera evitar un cierto sentimiento de culpa. Aquello no habría ocurrido si su marido no hubiese cambiado, si no se hubiera sentido abandonada, menospreciada por él. Estaba agradecida a Idrissa. En compensación, ella le había ayudado cuanto había podido, le había apoyado; había sido sincera con él y sólo esperaba el mismo proceder por parte del joven. El piadoso eufemismo “seguiremos siendo amigos” que rubricaba fatalmente la sentencia de muerte de una relación, era más aceptable y cortés que el humillante silencio, el desprecio absoluto a la persona, a su dignidad, a la propia relación, que quedaba de ese modo empobrecida, sucia, desvalorizada. Gloria pensaba que no merecía aquel proceder cobarde. Y sobre todo, no deseaba que aquella bonita experiencia se convirtiera en un mal recuerdo, en algo deplorable y triste, condenado al olvido.

Subió la angosta escalera que llevaba a la vivienda, con decisión, enardecida por la indignación que habían despertado en su interior sus propios y sombríos pensamientos; las certidumbres, los negros presagios que la habían acompañado mientras conducía hasta allí. Se detuvo, extrañada, antes de llamar a la puerta al oír el llanto de un niño procedente del interior y la voz enfurecida de una mujer que obró el milagro de

producir de inmediato el más absoluto silencio, aunque Gloria no pudo comprender lo que había dicho. Se decidió a golpear discretamente la madera con los nudillos y la puerta de abrió al instante. Ante ella apareció una joven y robusta mujer negra ataviada con coloridos ropajes, como los que Gloria había visto en documentales de televisión sobre África. Sostenía entre sus brazos a una niña de unos dos años que lucía un gracioso peinado compuesto por un sinfín de pequeñas y erguidas trenzas sujetas con gomas de distintos colores, y tenía el rostro anegado en lágrimas; hipaba en silencio mientras contemplaba a Gloria con sus enormes ojos oscuros y trataba de consolarse succionado su propio dedo pulgar. La mujer, que se hallaba en avanzado estado de gestación, la miraba interrogante.

—Disculpe—balbuceó Gloria—. Estoy buscando a Idrissa.

Su interlocutora, tras hacer un gesto de extrañeza que Gloria interpretó como que no entendía lo que le estaba diciendo, se giró hacia el interior de la vivienda y gritó algo en su idioma; de inmediato apareció un hombre alto y enjuto, también de color, que miró a Gloria con la misma expresión interrogante que había exhibido la mujer momentos antes.

—Busco a Idrissa—repitió Gloria dirigiéndose al hombre.

—¿Idrissa?—dijo él—yo, no sabe. Ido. Otros vienen...van.

Acompañaba sus esfuerzos por expresarse en español con profusión de ademanes de los que Gloria dedujo que Idrissa ya no vivía allí, que otras personas ocupaban el piso y ni siquiera lo conocían.

—¿Sabe donde está?—preguntó, pese a todo, conociendo la respuesta de antemano.

El hombre se encogió de hombros al tiempo que negaba repetidamente con la cabeza.

—Gracias—dijo Gloria con voz apagada tratando de esbozar una sonrisa.

Salió a la calle, desalentada. De pronto lo comprendía todo: aquél debía ser uno de esos pisos “patera” al que se dirigían los emigrantes africanos cuando llegaban a Barcelona, y desde allí se distribuían por diferentes lugares o se iban a otras ciudades, o a otros países; había leído de su existencia en los periódicos. Se preguntaba dónde podría estar Idrissa ¿cómo hallarle? ¿Debía seguir esperando a que él la llamara? Tal vez

hubiera encontrado trabajo y se hubiese trasladado a un piso que reuniera mejores condiciones... o se había ido de la ciudad...o quizás había perdido su número de teléfono y no podía avisarla, o estuviera demasiado ocupado... ¿Debería ir a buscarlo al pub donde lo encontró la vez anterior? Le daba un poco de vergüenza volver allí en su busca, no quería que pensara que le perseguía, que le acosaba, ¿y si él no quería verla? Aun así le debía una explicación, se dijo con terquedad, era lo menos que podía hacer.

No quería permitir que las dudas que empezaban a atormentarla penetraran en su cerebro y cobraran allí consistencia; de momento, no tenía ninguna razón para pensar que él la hubiese engañado ¿por qué habría de hacerlo? Estaba convencida de que en verdad era médico; sabía de medicina, se lo había demostrado. Y no cabía la menor duda de que era un hombre culto y educado, ella misma había podido comprobarlo reiteradamente; estaba segura de que había estado trabajando en su país y las duras condiciones de vida lo obligaron a exiliarse, como le había dicho. No podía creer que la hubiese engañado cuando le dijo que tenía unos hijos en Senegal que necesitaban de su ayuda desesperadamente. Tenía la absoluta certeza de que estaba enamorado de ella; se notaba en su mirada, en sus palabras, en la ternura con la que la trataba, ¿por qué no habría de estarlo? Era una mujer atractiva, era agradable y bondadosa, merecía ser amada...

Debatiéndose en aquel torbellino de elucubraciones mentales había llegado hasta su coche aparcado en la Rambla del Poblenou. Condujo en dirección al mar tomando después la calle que bordeaba el paseo marítimo. Rebasado el Puerto Olímpico decidió aparcar y caminar un poco para tranquilizarse y poner en orden sus ideas. Se acodó sobre la barandilla y se entregó a la contemplación del mar en un intento de recobrar el sosiego. Las aguas estaban un tanto revueltas, había sido izada la bandera amarilla y a través de la megafonía recomendaban precaución a los bañistas en catalán, en castellano, en inglés y en francés. Las olas se erguían a lo lejos orgullosas y crecían amenazadoras a medida que se aproximaban a la orilla con un rugido sordo, coronadas de espuma, para languidecer después y acariciar apenas la arena con timidez, perdida ya su bravura, y retirarse presurosas, como avergonzadas de su propia debilidad, sumergirse y

alejarse, para cobrar fuerza de nuevo y lanzarse sobre la playa en una danza interminable y recurrente, y, no obstante, siempre distinta.

De súbito, un cierto revuelo turbó la amodorrada paz de los veraneantes que se incorporaban en sus toallas, se detenían en su paseo, interrumpían sus juegos de playa y miraban curiosos en una única dirección: un hombre corría a toda velocidad portando un objeto en sus manos y otro lo perseguía, mientras una mujer, cubriendo sus pechos desnudos y marchitos con sus brazos, trataba de seguirles torpemente.

—¡Mi bolso! ¡Mi bolso!—gritaba la mujer— ¡Me ha robado el bolso!

Gloria reconoció aquella escena al instante. De pronto, comprendió que sabía exactamente lo que iba a ocurrir. Y en efecto: tal y como esperaba, el ladrón soltó su botín cuando estaba a punto de ser alcanzado por su perseguidor, un atlético y atractivo hombre de color que recogió el objeto robado y, entre aplausos y vítores regresó junto a la víctima —su víctima—, que lo aguardaba sonriendo agradecida y contemplándolo embelesada. Momentos después, Idrissa recogía su toalla y la colocaba junto a la de su nueva presa, que se deshacía en ademanes de trasnochada coquetería.

Gloria sonrió con tristeza, con una amarga ironía, mientras los observaba en animada conversación. Su primer impulso fue llamar a la policía, denunciarlo, que lo detuvieran, obligarlo a que le devolviera su dinero y todo lo que le había comprado. Lo expulsarían del país, seguro que era ilegal. Idrissa, “el inmortal...” —se dijo con amargura— más bien, “el superviviente”. Lo que más le indignaba era que ni siquiera se había molestado en alejarse demasiado de la playa en la que la embaucó a ella. Aquél debía ser su radio de acción, la zona en la que él y su compinche, el supuesto ladrón, actuaban habitualmente. Quizás no fuera médico, pero no le cabía la menor duda de que era listo: sabía que nadie lo denunciaría, sabía que ninguna de aquellas maduras e ilusas mujeres se pondría en evidencia ante la policía. Podía imaginar las caras de los agentes mientras les contaba el caso, sus sonrisas burlonas: “Señora, ¿Qué esperaba? Usted se lo ha buscado...”, le dirían sin palabras, con su mirada, con su sonrisa benevolente de vuelta de casi todo; aunque se mostraran amables y compresivos y le pidieran los papeles al joven gigoló y de esta manera se

consumara su venganza. Pero no merecía la pena, no estaba dispuesta a pasar por semejante bochorno.

Se enderezó y se dio media vuelta. Echó a andar cabizbaja, dolida, sin volver la vista atrás, avergonzada. Luego aceleró el paso, quería alejarse de la playa cuanto antes, como si de pronto temiera ser descubierta, como si fuese ella y no Idrissa quien hubiese cometido un delito. Caminando sin rumbo, se adentró por una de las estrechas callejuelas de casas viejas y desvencijadas, ocupadas antaño por pescadores y hoy en día por gentes humildes que vivían con la espada de Damocles de la especulación, pendiendo sobre sus cuellos — lo sabía porque había leído sobre ello, e incluso se había planteado la posibilidad de comprar un piso por allí, cerca del mar, cuando el barrio estuviera remodelado—. Muchas de aquellas fachadas estaban apuntaladas con andamiajes por peligro de derrumbe, a la espera de que sus ocupantes se decidieran a abandonarlas en busca de un lugar más seguro y en mejores condiciones de habitabilidad. La Barceloneta ya no era sitio para pobres. La Barcelona del siglo XXI se volvía hacia ella con mirada codiciosa: la soñaba limpia, diáfana, repleta de hoteles de lujo y selectos restaurantes, de nuevas viviendas con magníficas terrazas y vistas al mar, y avenidas repletas de cafés y heladerías para el solaz de los turistas al atardecer, y mayor gloria y renombre de la ciudad.

De pronto, cuando llegó a la calle de l'Almirall Cervera se sintió de pronto agotada, hacía mucho calor y no se veía con fuerzas para caminar de vuelta hasta su coche. Decidió tomar un taxi para que la llevara hasta allí. Le indicó al taxista el lugar aproximado donde lo había dejado, ya que no sabía el nombre de la calle, y sacó un espejito de su bolso para comprobar su aspecto y darse un retoque de polvos compactos que paliasen la leve sudoración de su rostro, producida por el acaloramiento de aquella absurda caminata. Se atusó un poco la rubia melena y se examinó con atención: estaba bronceada y se encontró guapa, a pesar de todo. El taxista debía de opinar lo mismo, a juzgar por las intermitentes y fugaces miradas que le dirigía a través del retrovisor. Gloria se puso las gafas de sol y se entretuvo contemplando la calle distraídamente hasta que llegaron a la zona que le había indicado al taxista, aunque tuvieron que dar varias vueltas para localizar el vehículo.

—Adiós guapa...—dijo el taxista en tono admirativo mientras ella se alejaba en dirección al coche.

Gloria levantó el mentón, orgullosa, y se irguió con una leve sonrisa de satisfacción.

No tenía intención de contar a sus amigas la verdad de lo ocurrido. No reviviría ante ellas aquella humillación. Les diría que Idrissa había tenido que irse. O mejor aún: que ella le había dejado porque no quería seguir engañando a su marido, que era consciente de que aquella historia no tenía futuro y era mejor concluirlo cuanto antes. Pero no había prisa. Por el momento, a ojos de sus amigas, seguiría viviendo aquella maravillosa aventura con su exótico amante.

OceanofPDF.com

XI

La infancia de Ruth fue un tanto peculiar: pasó sus primeros años de vida en un pequeño pueblo abandonado de la Extremadura más recóndita y profunda que su padre, un idealista nostálgico frontalmente opuesto al consumismo y la violencia imperante en el mundo en el que le había tocado vivir, se empeñó en recuperar, con la intención de crear allí una sociedad nueva, una autarquía agrícola al más puro estilo del espíritu comunitario del movimiento hippie de los años sesenta. Lucas, el padre de Ruth, creía firmemente que el lugar del hombre, como el de cualquier otra especie animal, estaba en la naturaleza, y que la vida en la ciudad entre cemento y gases tóxicos era una aberración que acabaría con el género humano y con el planeta. Se hacía imprescindible el retorno a la naturaleza, a los orígenes de la humanidad.

A su llamada acudieron siete familias dispuestas a recobrar aquel lugar yermo, de clima riguroso y extremo al que sus últimos habitantes habían renunciado muchos años atrás, para recrear allí un estilo de vida más acorde con lo que consideraban la verdadera esencia de la naturaleza humana. Adaptándose al entorno y produciendo ellos mismos lo indispensable para cubrir sus necesidades básicas, viviendo en comunión con la naturaleza, lejos de la delirante vida de la gran ciudad, de la competitividad desaforada y de la engañosa necesidad de acumular bienes materiales superfluos, como ilusorio y estéril medio de alcanzar la felicidad.

En un ambiente de colaboración y solidaridad cada miembro del grupo debía aportar sus conocimientos y habilidades en beneficio de la comunidad. Obviamente, estaban proscritos artificios tales como la

televisión o el teléfono. Sólo disponían de una destartalada furgoneta y de un viejo Simca 1000 para desplazarse a la población más cercana en caso de emergencia o en busca de materiales y productos que ellos mismos no pudieran fabricar.

Rehabilitaron casas, sembraron campos, criaron a los animales necesarios para su subsistencia: una vaca, gallinas, conejos, algunos cerdos, y cuantos perros y gatos tuvieran a bien compartir con ellos aquella vida idílica, con la esperanza de atraer a otras familias dispuestas a renunciar a la maléfica influencia de la civilización y los avances tecnológicos y recuperar la pureza y la espiritualidad de una vida en comunión con la naturaleza.

Ni que decir tiene que en aquel rincón olvidado e inhóspito no había escuela, ni tampoco en muchos kilómetros a la redonda; lo que, por supuesto, no suponía ningún inconveniente para Lucas que renegaba de la educación convencional, a la que veía como un diabólico instrumento de manipulación y embrutecimiento de las maleables mentes infantiles todavía incontaminadas. La formación escolar de los más pequeños corría a cargo de uno de los integrantes del grupo, un viejo maestro descreído e iconoclasta sin hijos que, tras toda una vida dedicada a la enseñanza, desencantado y horrorizado ante la perspectiva de que la senectud le alcanzara jugando a la petanca junto a un grupo de viejos resignados, se había embarcado junto a su esposa en la aventura de vivir la última etapa de su vida bajo el utópico manto del “flower power”.

La pequeña Ruth contaba apenas cuatro años de edad cuando llegaron allí. Y en sus recuerdos, a retazos aislados e inconexos, imperaban el frío gélido del invierno y el calor asfixiante del verano en el que el polvo se agarraba a la garganta e impedía respirar. Y el viento, aquel viento que la aterrorizaba por las noches, que recorría con un furioso bramido la única y desierta calle del pueblo, arrastrando zarzas y maleza a su paso que a Ruth se le antojaban gigantescos monstruos. El viento que se colaba por las desnudas puertas y ventanas como bocas abiertas a la nada, paralizadas en un grito de espanto. Aquel viento que penetraba en las casas vacías con un escalofriante gemido, como si se doliera por no encontrar víctimas que arrollar a su paso, pensaba Ruth, atemorizada, mientras se escondía bajo las mantas.

Los colores del mundo eran para la pequeña una limitada paleta de marrones que iban desde un amarillo pajizo y desvaído hasta el rojo apagado y mortecino del ladrillo. Sólo el cielo, con sus distintos tonos de azul, rompía aquella monotonía cromática. Y las nubes, a las que observaba tendida sobre la tierra agrietada, o sobre algún tejado durante horas, con sus caprichosas formas y sus diferentes matices: rosados, anaranjados, grises... Ruth soñaba con colgarse de una de aquellas nubes y dejarse llevar lejos, muy lejos, más allá de las colinas que rodeaban el pueblo y lo convertían en una prisión sin barrotes, pero infranqueable, imposible de abandonar.

Aquel sentimiento de opresión que crecía en su pecho a medida que pasaban los años, sólo podía compartirlo con Talía, una jovencita algo mayor que ella que fue su cuidadora durante su primera infancia, y con el tiempo, su mejor y única amiga, su confidente, su modelo, y —aunque Ruth tardó muchos años en comprenderlo—, su primer amor.

No había otros niños en el grupo con los que pudiera compartir juegos y amistad. Sólo Liberto, el hijo de otra de las parejas, tenía la misma edad de Ruth, pero nunca simpatizó con él. Era un chico introvertido y receloso de difícil trato, como sus propios padres, los menos integrados y más conflictivos de la comunidad cuyo único interés era comprobar, reiteradamente, la calidad de la marihuana que cultivaban con mimo en un invernadero que habían creado al efecto, desentendiéndose de la educación de su hijo que, en definitiva, y según el espíritu comunitario, consideraban responsabilidad de todos.

María y Fernando eran la pareja más joven y etérea de la comuna, la más auténticamente hippie. Llegaron al pueblo cuando María estaba embarazada de su primer hijo al que tanto ella como su compañero deseaban ofrecer un mundo diferente del que ellos habían conocido. El nacimiento del pequeño fue un gran acontecimiento. Se produjo de forma natural en una alberca preparada al efecto con agua templada para que el tránsito desde el mundo intrauterino no fuese tan violento, y ante la alborozada presencia y colaboración de todos los miembros del grupo en medio de una fiesta que pretendía ser una celebración de la vida. La experiencia no debió resultar demasiado traumática para María que, un año después, volvía a encontrarse en estado de buena esperanza, y tanto ella

como su pareja tenían intención de formar una gran familia, lo que llenaba de regocijo a Lucas, que veía de ese modo reforzada la viabilidad de su proyecto.

También estaban Pierre y Gumer, una pareja gay que se había conocido en Ibiza donde Pierre -un francés cincuentón con mucho más dinero del que precisaba para vivir sin mover un dedo el resto de su vida- regentaba un local de copas al que Gumer entró a trabajar como camarero, en lo que pretendía ser una etapa más de su recién iniciada andadura a través del mundo en busca de su propia identidad. Pero el amor se interpuso en su camino y a Gumer no le importó cambiar sus planes para seguir a Pierre adonde quiera que fuese.

Cuando llegaron a la aldea, pocos confiaban en su permanencia por mucho tiempo. Gumer era un muchacho joven, lleno de vitalidad y energía que apenas empezaba a vivir, y Pierre estaba acostumbrado a disfrutar de toda clase de comodidades. Nadie creía que pudiera adaptarse a la dura vida del campo, a levantarse al amanecer y ocuparse de las ingratas e ineludibles tareas que exigían aquellas condiciones de vida. Parecía más bien el capricho de un hombre rico hastiado ya de todo y necesitado de nuevos estímulos. Sin embargo, Pierre y Gumer se convirtieron pronto en un ejemplo de entrega y buena disposición, además de ser un modelo a imitar como pareja; se les veía sincera y tiernamente enamorados y cuidaban el uno del otro con una dedicación y un amor envidiables. Eran participativos y conciliadores, mostraban siempre una buena actitud ante el trabajo y jamás se quejaban; tenían la sonrisa pronta y una broma siempre a punto para relajar cualquier momento de tensión. En la pequeña aldea y en aquella forma de vida, parecían haber encontrado su paraíso particular. Ruth los adoraba. Para ella eran como un oasis, como un riachuelo de agua fresca en medio de la aridez de aquel desierto hacia el que sentía un rechazo que crecía, de forma exponencial, al mismo ritmo que su propio cuerpo.

Por fortuna para ella, su madre sufrió una evolución semejante a la suya. Llegó allí siguiendo al hombre que amaba pese a que aquel no era el tipo de vida que había soñado para su familia ni estaba muy segura de que fuese el lugar más apropiado para criar a su hija. Pero Lucas era un hombre persuasivo, formado en las trincheras universitarias y de firmes

convicciones. Y cuando Esther, la madre de Ruth, comprendió que estaba dispuesto a llevar adelante su proyecto con ellas o sin ellas, decidió acompañarlo.

Sin embargo, aunque Esther entró en la comuna, la filosofía de la comuna, su espíritu, nunca entraron en ella. Al principio se esforzó por adaptarse, por hacer suyo el entusiasmo de Lucas, por interiorizar aquellos valores de solidaridad y cooperación, de relaciones libres y abiertas al margen de los convencionalismos sociales. Se esforzó por redefinir su concepto de la familia, de la pareja. Pero lo cierto era que de tanto en tanto necesitaba aislarse, ocultarse a la vista de los demás y encontrarse a solas consigo misma, recuperar su intimidad y llorar su desdicha. Con todo, lo que le resultaba más difícil de asumir era tener que compartir a Lucas, contemplar impasible sus escauceos amorosos con casi todas las mujeres de la comunidad y eludir ella misma los requerimientos de los miembros masculinos del grupo, e incluso de alguna de las mujeres. Al principio, le consolaba pensar que Lucas siempre volvía a ella, que junto con su hija Ruth formaban una familia, que todo aquello acabaría algún día.

Pero se equivocó. Lo que ocurrió en realidad fue que Lucas encontró en Paula, la única persona que había llegado sola al pueblo, a su alma gemela. Alguien a quien no tenía que adoctrinar ni convencer, alguien con quien podía comunicarse sin hablar, que le comprendía, que compartía sinceramente sus mismas inquietudes, sus ideales, sin tener que esforzarse, sin sacrificarse, al contrario de lo que le ocurría con Esther. Y pese a que Paula, con un interiorizado concepto de la comuna, no exigía nada a Lucas, éste fue alejándose de Esther y sintiéndose cada vez más unido a ella, a Paula; hasta que llegó un momento en el que era con ella con quien vivía, aunque no dejara por ello de atender a Esther y a su hija, como su familia primigenia.

Para Esther, aquello ya era más de lo que podía soportar. Pero tuvo que ser su cuerpo el que diera la señal de alarma, enfermado hasta el punto en que llegó a peligrar su vida, para que su mente comprendiera que debía poner fin a aquella situación y que había llegado el momento de renunciar, de abandonar y ofrecerse a sí misma y a su hija una vida más acorde con

sus propios ideales en lugar de aceptar sumisamente los de otra persona, por más que la amara.

Pasó una larga temporada en un hospital sin apenas recibir visitas ni ver a su pequeña Ruth. Le atormentaba la idea de morir allí sin volver a ver a su hija, dejarla sola en aquel lugar que de pronto se conformaba en su mente como un auténtico infierno. Y fue aquel temor el que le proporcionó la fuerza suficiente para restablecerse y regresar en busca de su pequeña.

Poco tiempo después de volver a la aldea, y tras comprobar que nada había cambiado, cogió a Ruth una mañana con las primeras luces del alba, la metió en el Simca 1000 y se marchó sin despedirse de nadie, sin avisar a Lucas de sus intenciones, sin hacerle ningún reproche, con el absoluto convencimiento de que ni siquiera notaría su ausencia. Ella y Ruth habían pasado a convertirse en dos miembros más del grupo que ya no le merecían una consideración especial. Y si algún día deseaba ver a su hija sabía dónde podría encontrarlas a ambas. Pero él nunca lo intentó.

La primera vez que Ruth vio el mar tenía nueve años, y jamás olvidaría la fascinación que le produjo. Durante algún tiempo no se cansaba de pedirle a su madre que la llevase a la playa, quería ver el mar, oírlo, sentirlo. El mundo, de repente, se había llenado de vibrantes colores, y Ruth nunca le agradecería bastante a Esther que la hubiera sacado de aquel lugar de desolación, perdido en medio de ninguna parte.

Adaptarse a la disciplina y metodología de la escuela convencional no fue fácil para ella, pero estaba tan ilusionada con su nueva vida que no escatimó esfuerzos para ponerse cuanto antes al mismo nivel que sus compañeros y compañeras de clase. No fuera a ocurrir que si no respondía a las expectativas de los mayores, despertara una mañana con la garganta llena de polvo y el árido paisaje de la aldea extremeña ante sus ojos, como en las recurrentes pesadillas que la persiguieron durante mucho tiempo. Después, aquella etapa de su vida se borró de su mente como si nunca hubiese existido. Y no volvió a pensar en ello hasta que, años más tarde, se cruzó por la calle con una muchacha en la que creyó reconocer a Talía.

Durante todo aquel tiempo no se había acordado de ella, ni de Gumer y Pierre, ni siquiera de su padre. Al menos, no de un modo consciente; porque de pronto, mientras seguía a aquella chica por las calles de Barcelona con el

corazón bombeando alocadamente en su pecho, comprendió que a pesar de todo, en algún rincón de su ser, siempre había albergado algo parecido a la nostalgia mezclado con el temor, con el rechazo por aquella época de su vida. Un sentimiento doloroso y extraño que hasta entonces no había sabido identificar.

—¿Talía? —Inquirió cuando la joven se detuvo ante un semáforo a la espera de poder cruzar la calle.

—No, me temo que te equivocas— dijo la joven volviéndose hacia ella con una sonrisa y una chispa de curiosidad en la mirada.

—Sí, claro, perdona—se disculpó Ruth, con la decepción pintada en su rostro.

Aquella chica era el vivo retrato de la Talía adolescente de la que no pudo despedirse años atrás. Pensándolo bien, su antigua y querida amiga sería toda una mujer en la actualidad, y, posiblemente, si se cruzase con ella por la calle, no la reconocería.

—¿Te encuentras bien?—le preguntó la joven, cuando Ruth se disponía a alejarse de ella, cabizbaja y entristecida.

—Sí—dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Es que...deseaba tanto que fueras ella.

—Vamos—la muchacha la tomó del brazo, en un reconfortante y cariñoso gesto—, te invito a un café y me cuentas quien es esa Talía.

Se llamaba Susana. Tenía dieciocho años, uno más que Ruth, y la rotundidad de formas, la belleza morena y el alegre carácter de la Talía que guardaba en su recuerdo. Ruth le contó su historia; la de Talía y la suya propia en aquel lugar árido y fantasmagórico, y simpatizaron de inmediato. Desde entonces se vieron con frecuencia, se convirtieron en amigas inseparables, y en algún momento, sin saber muy bien cómo había ocurrido, se hicieron amantes. Susana acababa de asumir una realidad que la había torturado durante sus años escolares y que había aceptado finalmente sin demasiados aspavientos: se sentía más atraída por las chicas que por los chicos. Y Ruth, educada en el amor libre, donde lo que prevalecía era la persona, independientemente de su sexo, transfirió a Susana el amor incondicional que había sentido siempre por Talía. En realidad, era con Talía con quien hacía el amor cuando estaba con Susana, eran los ojos de

Talía los que contemplaba con arrobó en los profundos ojos de Susana. Ahora comprendía que aquella admiración infantil, aquel cosquilleo que recorría su cuerpo cuando estaba con Talía, cuando pensaba en ella, aquel sentimiento al que no sabía poner nombre, era amor, y que por fin había encontrado su expresión, su materialización, en la persona de Susana.

Sin embargo, aquella historia no duró. Ruth, menos madura que su amiga, tan sólo ingresar en la universidad se enamoró de un compañero de clase, y a partir de entonces, inició una larga cadena de relaciones amorosas de coloridos eslabones en la que el fenotipo sexual del objeto de su amor fue siempre para ella un detalle de menor importancia.

Pese a todo, de aquellos primeros años de vida alternativa en la remota aldea, le había quedado un arraigado sentido de solidaridad y de empatía hacia los demás, por lo que decidió estudiar Psicología. Entretanto, de la mano de otra de sus amigas-amantes, descubrió el mundo del deporte y las ONGs al mismo tiempo, entregándose desde entonces a ambas actividades con parejo entusiasmo; lo que la llevó a convertirse en monitorea deportiva en tanto colaboraba en distintas asociaciones de ayuda a los más desfavorecidos.

Por todo ello, porque le preocupaba realmente el bienestar de las personas, no había podido ignorar el desconcierto y el malestar de Elena cuando abandonó precipitadamente la casa de Gloria, y no se perdonaba haber sido la causa de aquella situación. Sentía la necesidad de hablar con ella para tranquilizarla, para explicarle que lo ocurrido no tenía más importancia que la que ambas quisieran darle. Pero Elena no respondía a sus llamadas.

Su teléfono móvil no dejó de sonar con insistencia a lo largo de varios días y Elena no deseaba responder, estaba segura de que aquel número desconocido era el de Ruth y no tenía la menor intención de hablar con ella, lo único que quería era olvidar el incidente, como si nunca hubiese ocurrido. Se sentía estúpida, irritada consigo misma por haberse dejado llevar sin prever las consecuencias. Ella, una mujer hecha y derecha, una mujer de mundo, moderna y liberal, que tenía respuesta para todo y un

consejo transgresor siempre a punto para quien lo pudiera necesitar, de pronto no sabía cómo enfrentarse a una niñata de veinticuatro años.

Se quedó perpleja cuando una tarde, al salir de la redacción de su revista, descubrió a Ruth sentada en la acera canturreando a media voz con los ojos entornados y agitando su manojito de rastas, presumiblemente, al ritmo de la música que estaba escuchando a través de los auriculares.

Elena, resuelta, se encaminó hacia ella con el ceño fruncido al tiempo que Ruth, al verla, se ponía en pie de un salto y le dedicaba una encantadora sonrisa mientras se desprendía de los cascos.

—¡Hola!—Saludó alegremente.

—¿Qué haces aquí?—respondió Elena, cortante.

—Quería hablar contigo. Como no contestas al teléfono...—dijo la joven, sin perder la sonrisa ni mostrar el menor atisbo de reproche en su voz.

—Si no te contesto será porque no quiero hablar contigo, ¿no te parece?. No me molestes más. Adiós—Elena echó a andar en busca de su coche aparcado a dos manzanas de distancia, dando la conversación por terminada. Pero Ruth no se dio por vencida y le siguió los pasos.

—¿Pero por qué te enfadas tanto?—insistió—Sólo quiero que hablemos y aclaremos las cosas.

—No hay nada que aclarar, Ruth—replicó Elena deteniéndose en seco y enfrentándose a ella cara a cara—. Yo no tengo nada que hablar contigo y te rogaría que me dejases en paz.

—Por favor...—Ruth compuso un gesto deliberadamente infantil y sonrió como una niña que estuviera implorando una golosina.

Elena advirtió entonces que algunos transeúntes las miraban al pasar. Debían componer una curiosa estampa, paradas en mitad de la acera, y enzarzadas en una discusión; ella, con su elegante traje de ejecutiva, y aquella jovencita de peinado imposible, ataviada con unos pantalones de gruesas rayas multicolores exageradamente anchos, una amplia camiseta de mercadillo y una desgastada mochila colgada a la espalda. Podrían pasar por madre e hija en pleno enfrentamiento generacional. Pero a Elena le inquietaba el hecho de que se encontraran al lado de su oficina y allí todos sabían que no tenía hijos. Temía toparse con algún colega y no deseaba

tener que improvisar ningún tipo de explicación. No podía decir que se trataba de Marta, la hija de su amiga Laura, porque todos la conocían. Entonces, ¿Qué relación podía tener ella con aquella jovencita con pinta de hippie? Era como si, de modo absurdo, temiera que cualquiera que las viera pudiese adivinar lo ocurrido entre ambas.

—Está bien—concedió al fin—; vamos a algún sitio a tomar un café.

—¡Bien!—celebró Ruth, y Elena la fulminó con la mirada.

La condujo hasta el final de una calle transversal, poco concurrida, en la que había un amplio y desangelado bar completamente vacío en aquellos momentos y que olía a frituras y aceite rancio. Se acercaron a la barra y un hombre obeso y sudoroso se asomó a través de una cortinilla de cuentas de madera, desde lo que debía ser la cocina.

—¿Qué les pongo, señoritas? -preguntó, aproximándose a ellas.

—A mí una caña—dijo Elena.

—¿Tiene té?—preguntó Ruth.

—Sí, claro—respondió el hombre—. ¿Quieren algo de picar?

—No, gracias—dijo Elena—. ¿Nos lo puede llevar a aquella mesa?

El hombre asintió y Ruth siguió a Elena hasta la mesa más alejada del mostrador.

—Bien—dijo Elena, apenas se sentaron—. De qué quieres hablar.

—Bueno—empezó Ruth—, la verdad es que me quedé preocupada por la manera en que te fuiste de casa de Gloria. Sólo quería decirte que lo que pasó no tuvo ninguna importancia. Enseguida me di cuenta de que, por lo que sea, tú lamentabas que hubiese ocurrido, y puedes tener la seguridad de que yo no volveré a molestarte si tú...

—Ruth—la interrumpió Elena en voz baja pero con firmeza—, no te montes películas. Aquello no debió de pasar nunca, y sí, lo lamento profundamente. Estaba fumada y no sé lo que me pasó. Sólo espero que ésta sea la última conversación que tengamos al respecto, no quiero volver a hablar de este asunto ¿queda claro? Lo único que quiero que entiendas es que yo no soy lesbiana.

Ruth soltó una carcajada en el momento en que el individuo del bar se acercaba a la mesa con su pedido. Elena lo miró inquisitiva temiendo que hubiera oído sus últimas palabras e hizo callar a Ruth con un gesto

imperativo. Pero el hombre permanecía impasible, les sirvió sin mirarlas y se alejó de nuevo con su andar cansino.

—Ya sé que no eres lesbiana—dijo Ruth en un susurro cuando el hombre se metió de nuevo en la cocina— ¡Yo tampoco! ¡Que manía tiene todo el mundo de etiquetarlo y compartimentarlo todo! Las cosas no son blancas o negras, hay matices ¿sabes?, hay grises, hay tonos que no se pueden clasificar.

—Y si tú tampoco eres lesbiana, como dices ¿por qué lo hiciste? ¿Qué te indujo a pensar que yo...? —inquirió Elena, algo avergonzada por tener que seguir hablando de aquel tema, pero al mismo tiempo, intrigada por saber qué había motivado el comportamiento de Ruth para con ella.

—Porque en ese momento me sentí atraída por ti—respondió Ruth con sencillez—. Me pareciste una mujer muy interesante y atractiva. No sé como explicártelo...a mí me gustan las personas, me da igual si se trata de un hombre o de una mujer. Y tú parecías tan abierta, tan moderna...

—Pues tal vez no lo sea tanto—. Replicó Elena con presteza.

—Ya lo veo, ya...—rió la joven, burlona—. Bueno, sólo quiero que sepas que lo siento si te he incomodado. Y no te preocupes que este asunto quedará entre nosotras. Pero me gustaría que siguiéramos siendo amigas.

—Verás, Ruth—respondió Elena más relajada—, la verdad es que todavía estoy un poco confusa y creo que necesito algo de tiempo...

—Lo comprendo—aceptó la joven—; tómate todo el tiempo que quieras. Lo único que deseo es que no te sientas incómoda si coincidimos por ahí.

—No te preocupes. Y te agradezco tu interés—concluyó Elena poniéndose en pie—. Ahora si me disculpas, tengo algunas cosas que hacer.

Ruth asintió con una sonrisa y la siguió hasta la barra donde Elena pagó la cuenta y ambas salieron del local para despedirse en la misma puerta. Elena parecía tener cierto apremio por finalizar aquel encuentro.

Algunos meses después de aquel desconcertante *affair* con Ruth, Elena había logrado superar su tardía crisis de identidad sexual gracias al uso y abuso de la comprobación empírica con la ayuda de varios hombres. Y cuando recuperó la confianza sobre cuáles eran sus verdaderas preferencias en el terrero erótico, olvidó el asunto y volvió a concentrarse en su trabajo.

Su relación con Ruth, para entonces, también se hallaba normalizada, aunque no se veían con demasiada frecuencia, salvo en momentos puntuales en que se reunían por algún motivo junto con Laura y Gloria. Con el tiempo, en aquellos encuentros, Ruth y Elena se fueron relajando hasta el punto de intercambiar comentarios jocosos relativos a su antiguo desliz, que sólo ellas comprendían y reían divertidas, mientras sus amigas observaban con extrañeza aquel código secreto de sonrisas cómplices y frases con doble sentido.

OceanofPDF.com

XII

Aquel verano se había convertido ya en un lejano recuerdo. Las hojas secas del otoño que tapizaron más tarde las aceras, habían sido barridas de las calles por efecto del viento y las lluvias. Después, los árboles mostraron por un tiempo su desolada desnudez y el frío reinó en la ciudad. Pero una nueva primavera avivó los espíritus adormecidos en el letargo invernal y revistió los parques y arboledas de hojas nuevas. Y otra vez el verano ocupó su lugar para cedérselo más tarde a la estación de la melancolía, hasta que ésta le pasó de nuevo el testigo al largo invierno, en el reiterativo e imparable devenir de las estaciones y los días.

Gloria hacía tiempo que había olvidado la afrenta de Idrissa, convirtiéndolo, con su habitual destreza para edulcorar las cosas, en un recuerdo plácido, en una anécdota picante que comentar de vez en cuando con sus amigas más íntimas. Había encontrado alivio al desengaño sufrido en su comfortable rutina diaria repleta de innecesarias compras, citas con el peluquero o con el psicólogo, quién parecía haber asumido al fin que con sus exquisitos clientes no iba a salvar al mundo pero sí su economía familiar; y Gloria no renunciaba a aquellas sesiones semanales que vivía como un mero encuentro social en el que podía permitirse hablar de sí misma sin faltar a las más elementales normas de cortesía. Seguía asistiendo al gimnasio y visitando, cada vez con mayor asiduidad, su clínica habitual de cirugía estética y reparadora para paliar los efectos del tiempo, en su otrora esplendoroso físico.

Su hijo Christian había logrado por fin la aquiescencia paterna para independizarse por completo de la familia sin prescindir de las indudables ventajas de su acomodada posición, y vivía en un coqueto apartamento de soltero en el que ya no tenía cabida su encantadora novia de la universidad, pero sí sus muchos amigos y un sinfín de muchachas alegres y despreocupadas cuyos nombres no lograba retener en la memoria.

Rebeca, la hija pequeña de Gloria, olvidadas sus veleidades con el mundo de las pasarelas y el glamour, preparaba su inminente enlace matrimonial con el hijo de un matrimonio amigo de sus padres al que conocía desde niña, aunque el amor no había nacido entre ellos hasta que el joven regresó al hogar familiar tras finalizar sus estudios en los Estados Unidos, convertido en un atractivo y prometedor ingeniero. Aun cuando la relación fue bendecida desde el primer momento por ambas familias, Gloria no podía ocultar la tristeza que le producía tener que separarse de su pequeña, ya que en cuanto se casaran, partirían hacia Fort Lauderdale, en la costa de Florida, donde el futuro marido de Rebeca se haría cargo de la dirección de una prestigiosa empresa española. A pesar de eso se sentía dichosa por su hija a la que veía feliz y enamorada, y empezaba a acariciar la idea de viajar hasta allí de tanto en tanto para visitarla, pues su futuro yerno le aseguraba que era un lugar maravilloso para vivir y que le encantaría. Con todo, en el futuro más inmediato la marcha de su hija abría un interrogante que la llenaba de inquietud y se preguntaba cómo sería su vida con Diego, una vez se quedasen solos.

Su marido por su parte, seguía más interesado por su trabajo —y por atender solícito a cuantos socios y clientes llegaban a la ciudad— que por su esposa, y Gloria trataba de cerrar ojos y oídos a la realidad redecorando su casa una y otra vez y organizando elegantes fiestas para sus amigos con el único fin de no enfrentarse a su soledad y demostrar a todos cuán feliz era su matrimonio, ya que Diego, en esas ocasiones, representaba muy bien su papel de marido perfecto y Gloria se aferraba con fuerza a aquel espejismo. Hasta que la realidad se imponía de nuevo y sólo podía sobreponerse a ella con la inestimable ayuda de una botella de whisky que le permitía seguir engañándose a sí misma y dotar de algún sentido la insustancialidad y la frivolidad de su vida.

Para Laura la vida no había cambiado mucho. Seguía, sin excesivo entusiasmo, con su trabajo de secretaria en la oficina de un comerciante de vinos que viajaba constantemente, por lo que la mayor parte del tiempo lo pasaba sola y el trabajo no la agobiaba. Se alegraba cuando sonaba el teléfono y tenía que recoger un pedido o atender una reclamación, o cuando alguien llamaba a la puerta del despacho por la razón que fuera, porque entonces tenía algo que hacer y con quien conversar, aunque sólo fuese por unos momentos. Vivía una batalla diaria contra las agujas del reloj, colgado frente a su mesa, que parecían mofarse de su impaciencia por acabar la jornada y ralentizar sus movimientos, justo cuando se aproximaba la hora de salir, con el único fin de mortificarla -pensaba-, danzando impasibles al ritmo lento y cadencioso de su insufrible tic-tac.

Cada día, en el mismo punto de la tarde, se iniciaba el ritual. Laura trataba de resistirse, pero, invariablemente, acababa por sorprenderse a sí misma con la mirada ansiosa clavada en la blanca esfera. Las agujas, inmutables, continuaban con su monótona función evolucionado cada una a su propio compás, aunque perfectamente coordinadas. Parecían hermanas siamesas unidas por los pies, condenadas a permanecer juntas por más que trataran de escapar las unas de las otras moviéndose a distinta velocidad: el segundero a un ritmo rápido y preciso, nervioso, como si tuviera mucha prisa por llegar a algún lugar, como si creyera en la ilusoria posibilidad de poder huir de su prisión; el minuterero le seguía los pasos, indolente, acelerando un poco más a cada vuelta del primero, pero finalmente, dejándose siempre ganar en la carrera. Y la aguja pequeña, menuda y regordeta, se mostraba perezosa, moviéndose apenas, de un modo casi imperceptible hora tras hora...Desde su mesa de trabajo, Laura les lanzaba miradas impacientes cargadas de rencor, pero se consolaba al pensar que, al final, siempre era ella quien ganaba la partida y salía victoriosa, dejándolas allí solas, en la oscuridad, sin tener a quien mortificar...hasta el día siguiente.

Distraída en sus cavilaciones, o entretenida a veces por una llamada de última hora, se encontraba de repente con la agradable sorpresa de que ya eran las seis. ¡Por fin! Una sonrisa de triunfo se dibujaba en su rostro; se levantaba de su silla, cerraba el ordenador y, tomando el bolso y la

chaqueta, se dirigía hacia la puerta, desde allí se volvía para echar una última ojeada al despacho, y después de apagar la luz, salía cerrando tras de sí. Otra aburrida jornada de trabajo había tocado a su fin.

Aquel día, cuando salió a la calle, se encontró con que llovía a mares y no llevaba paraguas. Decidió entrar en un café a esperar a que amainara. Entonces Ernesto la llamó al móvil. La llamaba cada tarde en cuanto salía de la oficina, y quizá por esa razón, Laura se sentía un tanto hastiada y no tenía muchas ganas de conversar con él.

—¿Sí?

—Hola, mi amor. ¿Cómo está hoy mi pequeña?

—Bien. Acabo de salir de la oficina—. Era la misma conversación que se repetía todos los días.

—¿Vas para casa?

—Todavía no, está lloviendo mucho y no tengo paraguas. He entrado en una cafetería a esperar a que pare un poco.

—¿Con quien estás?—preguntó él, en un súbito tono imperioso.

—Sola...—respondió, sorprendida.

—¿Seguro?

—Por supuesto—dijo molesta. Empezaban a fastidiarle los ataques de celos de Ernesto.

—De acuerdo, cariño. Lo siento—rectificó él—. Es que me gustaría poder estar contigo a todas horas y no soporto la idea de que nadie más pueda disfrutar de tu compañía.

—No importa. Pero tienes que entender que yo también tengo derecho a hacer mi vida, Ernesto, igual que tú haces la tuya—puntualizó.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó, beligerante.

—Nada—suspiró Laura—, déjalo. No tengo ganas de discutir...

—Está bien, tienes razón. No nos enfademos, por favor. Te quiero. Sabes que lo eres todo para mí. ¿Es que ya no me quieres?

—Ernesto...—Laura no podía soportar aquel tono infantil y lastimero que empleaba a veces.

—Bueno. Ya sé que te da vergüenza decirlo, pero yo necesito oírlo, compréndelo. Tengo miedo de que te canses de mí...

—Perdona, Ernesto—le cortó Laura— Ya ha dejado de llover. Tengo que irme para casa.

—Bien, querida; te llamaré más tarde y seguiremos hablando.

—Como quieras...

Cortó la llamada y se acercó a la barra a pagar su café. Una vez en la calle aspiró profundamente el aire húmedo que había dejado la lluvia confiando en que arrastrara consigo la sensación de profunda tristeza que le oprimía el pecho. Entonces le llamó la atención un joven, completamente empapado y temblando de frío ostensiblemente, que trataba de resguardarse en una esquina; le resultaba familiar, pero no podía recordar de qué lo conocía. Como quiera que fuese, el muchacho le había lanzado una rápida y huidiza mirada sin dar muestras de conocerla, por lo que supuso que, en realidad, sólo debía recordarle a alguien. Se arrebujó en su abrigo y echó a andar hacía su casa devolviendo sus pensamientos a Ernesto con cierta desazón.

Al principio todo fue maravilloso. Laura se sentía querida, mimada, idolatrada; deslumbrada por los exagerados gestos de devoción que le prodigaba Ernesto, por los continuos detalles y regalos con los que la agasajaba, con los viajes, las cenas, las experiencias únicas y diferentes que le ofrecía y con las que nunca se hubiera atrevido a soñar siquiera. Le fascinaba la propia personalidad de Ernesto, tan alegre y despreocupada, tan hedonista...quizás demasiado caprichosa para un hombre de su edad; pero era precisamente ese carácter suyo tan peculiar lo que le hacía encantador. Pese a todo, de tan continuas, sus excesivas atenciones dejaron de sorprenderla, y, con el tiempo, empezó a vislumbrar un carácter celoso y posesivo que, si bien al principio halagaba su vanidad, poco a poco empezó a molestarle e incluso a preocuparle. Hasta que algo se rebeló en su interior y llegó a la conclusión de que él no tenía ningún derecho a comportarse de aquel modo, puesto que Ernesto seguía casado y conviviendo con su esposa, a pesar de repetirle constantemente a Laura que estaba disponiéndolo todo para poder poner fin a su matrimonio, pero que debía tener paciencia y comprender que había muchos intereses de por medio, muchos e importantes asuntos que resolver, y que no podía precipitarse.

Laura, de un tiempo a esta parte, guardaba silencio cuando Ernesto le daba aquellas explicaciones porque cada vez estaba menos segura de querer compartir un futuro con él. De hecho, no estaba segura de nada. Tampoco quería dejarle, no deseaba renunciar a todo cuanto Ernesto le ofrecía; y no se trataba de lo material, a lo que Laura no concedía demasiada importancia, sino a sus atenciones, a su afecto, al hecho de saberse querida. Le aterraba la idea de volver a sentirse sola y trataba de mantener viva la ilusión de aquella relación en el día a día, sin pensar en el futuro, sin querer darle demasiadas vueltas dentro de su cabeza, ignorando las señales de alarma, las voces interiores que le gritaban su desencanto. Las relaciones de pareja pasaban por distintas etapas, se decía, era preferible dejar que las cosas fluyeran por sí mismas, que se aposentaran, que se definieran, a tener que arrepentirse algún día de haber tomado una decisión equivocada y lamentarla.

—Pero ¿tú estás enamorada de él?—le preguntó Elena en una ocasión—. Siempre dices que él te quiere, que te sientes bien a su lado. Pero nunca te he oído decir que tú le amaras.

Laura no supo qué responder.

La vida de Teresa, en cambio, había sufrido una transformación del todo inesperada para ella, y no sólo a causa del infortunado accidente de su hija que había trastocado por completo la existencia de ambas, sino también en los aspectos que la concernía directa y personalmente a ella. Ni siquiera se atrevía a reconocerlo ante sí misma, pero lo cierto era que, una vez superado el duro y prolongado periodo de readaptación tras el accidente, cuando Beatriz, gracias al apoyo y el cariño de cuantos la rodeaban y de su propia y sorprendente fortaleza, fue capaz de aceptar su nueva realidad y se sintió con fuerzas para sobreponerse a ella y dispuesta a darle un nuevo sentido a su vida, Teresa miró a su alrededor por primera vez después de mucho tiempo y descubrió sorprendida que su vida era mucho mejor que antes. Y eso no se lo podía perdonar. No podía permitirse ser feliz porque tenía la sensación de que aquella felicidad había venido de la mano de la terrible desgracia que había dado al traste con el futuro de su hija.

Las interminables jornadas laborales limpiando en un sitio y en otro y robándole horas al sueño para redondear sus ingresos siempre escasos, hacía tiempo que sólo eran un mal recuerdo. Cuando Beatriz empezó a colaborar regularmente con Blanca en el estudio de danza, y pese a que la muchacha recibía una generosa paga mensual vitalicia en compensación por los daños sufridos —tal y como le había explicado Blanca, que fue la que se ocupó de todo - que les permitía vivir a ambas sin apuros, Teresa decidió que ya era tiempo de ponerse a trabajar de nuevo, como había venido haciendo a lo largo de toda su vida.

Fue Blanca de nuevo, como una bondadosa hada madrina, quien le habló de un conocido suyo —Oscar Vidal, dijo que se llamaba —que necesitaba a una persona para atender el teléfono y a las visitas que acudían a su galería de arte, ya que él tenía además otros negocios de los que ocuparse y no podía permanecer allí durante todo el tiempo.

—¡Pero que voy a hacer yo en una galería de arte!—exclamó Teresa asustada—si me dijeras que tenía que fregar y quitar el polvo a los cuadros, todavía...

—No seas tonta, Teresa—replicó Blanca—sabes hablar por teléfono ¿no? Y eres educada y respetuosa con la gente. Pues eso es lo único que debes de hacer. No es necesario que entiendas de arte ni tienes que ocuparte de vender cuadros; de eso ya se encargará Oscar.

—No sé...me da un poco de miedo.

—No pierdes nada por probar. Si no te gusta o a él no le conviene, buscamos otra cosa y en paz.

Ante la insistencia de Blanca, Teresa aceptó, no sin reparos, aquella oportunidad caída del cielo que se le presentaba, y enseguida pudo comprobar, aliviada, que aquel trabajo era mucho más fácil de lo que había pensado en un principio y se sintió cómoda en él desde el primer momento. Oscar Vidal era un hombre amable y tranquilo que le enseñó los sencillos rudimentos de sus tareas pacientemente y no la dejó sola hasta que estuvo convencido de que Teresa podría desenvolverse sin problemas. Aun así, le insistió en que no dudara en llamarlo a su teléfono móvil en cualquier momento y cuantas veces fuese necesario para resolver las dudas que le pudieran surgir. La trataba con un afecto y una consideración que, en

ocasiones, llegaban a sorprenderla, como si se sintiera de algún modo obligado con ella y deseara, por encima de todo, que se encontrase a gusto.

Teresa siempre había tenido trabajos precarios y poco cualificados. Y verse allí, en aquella sala impoluta, rodeada de arte y tratando con artistas, marchantes, con mecenas, con personas amables y educadas que se dirigían a ella con deferencia, le parecía un sueño del que no quería despertar. Sin apenas darse cuenta, empezó a arreglarse con mayor esmero para no desentonar en aquel ambiente. En poco tiempo su aspecto cambió considerablemente sacando a la luz la juventud y la belleza que las vicisitudes de su vida pasada habían mantenido ocultas, bajo una pátina gris de cansancio y tristeza; y ganó además confianza en sí misma sin perder la sencillez que era natural en ella. También se preocupó de leer cuanto pudo sobre arte con el fin de comprender las obras con las que convivía a diario y conocer a los pintores más representativos, y de ese modo, descubrió un mundo desconocido hasta entonces para ella, que la sedujo por completo.

Pasados unos meses, una tarde particularmente desapacible en la que Teresa esperaba el autobús para regresar a casa, tiritando de frío, Oscar pasó con su coche por delante de la parada y se detuvo para ofrecerse a acompañarla. Aquel simple gesto no tardó en convertirse en una costumbre que se repetía casi a diario. Ambos, sin apercebirse de ello, se encontraron aguardando aquel momento con ilusión día tras día, con tanta ilusión que, al menos para Teresa, pasó a convertirse en el mayor acontecimiento de la jornada. A Oscar debía ocurrirle algo parecido, ya que, aunque permaneciera ausente durante todo el día, se las arreglaba para estar en la galería a la hora del cierre y poder acompañar a Teresa. Y ella, aun sin querer confesárselo siquiera a sí misma, le aguardaba impaciente, y se sentía decepcionada si por cualquier circunstancia, él no llegaba a tiempo y tenía que marcharse sola. Oscar era cordial y afable. Y pronto se estableció entre ellos una corriente de simpatía y complicidad que hizo olvidar a Teresa sus humildes orígenes y el abismo social que los separaba.

Un buen día, Oscar se atrevió a invitarla a tomar algo antes de dejarla en su casa, y en otra ocasión, con la excusa de celebrar la primera venta de un cuadro por parte de Teresa, la llevó a cenar. A partir de entonces, acudieron a menudo juntos a museos y exposiciones, y Teresa escuchaba fascinada las

explicaciones de Oscar sobre las obras que contemplaban. Poco a poco, de un modo natural, se fue estableciendo entre ellos una relación de camaradería y amistad que no tardó en convertirse en un sentimiento más profundo que ninguno de los dos osaba manifestar abiertamente. Teresa era demasiado tímida para expresarle a Oscar su afecto y, además, no creía estar a la altura de aquel hombre para esperar de él nada más que la amistad que tan generosamente le brindaba y con la que se sentía más que honrada. Oscar Vidal, por su parte, pese a ser un hombre libre, ya que llevaba varios años divorciado, guardaba dentro de sí un secreto que le atormentaba y no le permitía expresar sus sentimientos tal como hubiese deseado, al menos, hasta que reuniera el valor suficiente para confesárselo a Teresa, cosa que estaba obligado a hacer de forma inmediata, antes de que aquella relación llegara demasiado lejos; y aun sabiendo que al hacerlo, se exponía a perderla. Nunca pudo imaginar, cuando sólo pretendía ayudarla, paliar en parte el dolor que involuntariamente había provocado, que aquella mujer menuda, tierna y bondadosa, llegaría a penetrar dentro de su ser con la firme y suave tibieza de una marea que anegaría su alma, arrastrándolo irremisiblemente con ella, y de la que ya no querría escapar.

Elena, cada día más inmersa en su trabajo, no se concedía un respiro. Su vida transcurría entre viajes, reuniones y logros profesionales que afianzaban su posición y su prestigio dentro del ámbito periodístico y editorial colocándola en un lugar muy destacado, pero que al mismo tiempo, la absorbía por completo dejando muy poco espacio para disfrutar de lo que podría considerarse una vida personal e íntima mínimamente satisfactoria desde el punto de vista de cualquier otro mortal. Sin embargo, a Elena no le importaba en absoluto; en realidad, ni siquiera le quedaba demasiado tiempo para detenerse a pensar en ello, lo que a su modo de ver era un dato bastante significativo. Le encantaba su trabajo y no tenía tiempo de aburrirse ni de preocuparse por nimiedades; y menos aún desde que fundara su propia revista y sus responsabilidades y quebraderos de cabeza se hubiesen multiplicado por mil. El desarrollo de su profesión le garantizaba la descarga diaria de adrenalina que suponía enfrentarse a un desafío tras otro: vencer obstáculos, resolver problemas, coordinar a todo su

equipo de redacción y mediar en los conflictos que pudieran surgir entre ellos. En definitiva, la emoción constante de la lucha. La consecución de sus objetivos profesionales le procuraba una mayor satisfacción personal que la que lograba obtener con cualquier otra actividad en la que pudiera tomar parte. Todo lo demás era accesorio, formas diversas de relajarse y recuperar las fuerzas para recargar de nuevo su energía; lo que no significaba que no disfrutara de otras cosas que no tuvieran que ver con su trabajo, pero éste era siempre su prioridad. Era, lo que se podría considerar una adicta al trabajo, sí, pero ¿Quién no era adicto a algo, aunque no fuese consciente de ello? argumentaba cuando alguien la calificaba como tal. La mayor parte de las personas que conocía eran adictas a su familia, a su pareja, a sus hijos, a sus posesiones materiales, a hacer dinero, al poder, a cualquier cosa que les aportara algún tipo de satisfacción personal. ¿Por qué la adicción al trabajo se veía como algo negativo, pernicioso, cuando en realidad sus consecuencias eran mucho más ventajosas que las producidas por otras adicciones, asumidas o no?, razonaba Elena. Ella no relegaba a nadie ni dejaba nada de lado a causa de aquella dedicación, salvo, en todo caso, a sí misma, pero esa era su elección, la forma en la que había decidido vivir, y se sentía plenamente compensada por ello.

En otro orden de cosas, consideraba a Laura y a Marta como su auténtica familia, eran las únicas personas en el mundo que de verdad le importaban y sería capaz de hacer cualquier cosa por ellas, no las habría querido más si fuesen de su misma sangre. Con ellas veía satisfechas sus necesidades afectivas. La familia, solía decir, nos venía impuesta y había que conformarse con la que nos tocara en suerte, los amigos en cambio eran de libre elección, aunque también en ese caso la suerte jugaba un importante papel poniendo en nuestro camino a las personas adecuadas, y en ese sentido Elena se consideraba afortunada: había encontrado a Laura, y a través de ella, a Marta, “su sobrina favorita”, como solía decir.

Posiblemente su vida habría sido distinta si hubiese aceptado las reglas del juego, si hubiese sido más convencional, se decía a veces, ¿Habría sido más feliz con un marido y unos hijos? ¿Con una red familiar y social como la que tenía la mayoría de la gente? Nunca podría saberlo, pero tenía serias dudas al respecto. Las cosas habían venido así, no iba a rasgarse las

vestiduras por ello. Tal vez ella misma hubiese provocado que se desarrollaran de aquella determinada manera, no estaba del todo segura. Lo cierto era que se sentía cómoda en su soledad, disfrutaba de su independencia, aunque si era honesta consigo misma tenía que reconocer que en alguna ocasión también le pesaba; tal vez hubiera sido agradable poder apoyarse en alguien, compartir la carga, pero cuando pensaba en las contraprestaciones que aquello supondría se daba cuenta de que ella estaba hecha de otra pasta. Tenía el pleno convencimiento de que su forma de vida era la mejor que podía desear para sí misma, la que ella había elegido, aunque implicara algunas renunciaciones. De todos modos, cualquier elección traía consigo renunciar a todo lo no elegido. Era como decidirse por un camino en una bifurcación y seguirlo hasta el final desestimando todos los demás, nunca podría saber qué hubiese ocurrido en caso de haber optado por tomar otra senda, qué le hubiese aguardado al llegar al final. ¿Predeterminación o libre albedrío? Prefería creer en lo segundo y saberse dueña de su propio destino.

XIII

Una fuerte tromba de agua, como hacía mucho tiempo que no se veía en Barcelona, caía sobre la ciudad con gran aparato eléctrico. Impresionantes relámpagos, como cuchillos de fuego, rasgaban un cielo ennegrecido secundados por el turbador estrépito de unos truenos que sobrecogían el ánimo por muy habituado que se estuviese a vivir tempestades como aquella. Laura se había pasado un buen rato observando la intensa lluvia tras los cristales. Marta había salido con Sergio y ya era la hora de cenar, debería haber regresado. Si se iba a retrasar, normalmente la llamaba por teléfono para avisarla. Ella no quería llamarla al móvil porque comprendía que ya era lo bastante mayor como para cuidar de sí sola y no deseaba atosigarla, pero nunca estaba del todo tranquila hasta que la sabía segura en casa.

De pronto, tras la espesa cortina de agua, vio a su hija doblando la esquina. Iba cogida de la mano de su amigo Sergio y ambos corrían riendo alocadamente hacia el portal. Entonces se apartó de la ventana, no fuese a pensar Marta que la estaba vigilando. Pero la muchacha tardó todavía un buen rato en subir a casa, y cuando lo hizo, se presentó ante su madre completamente empapada y, pese a ello, con el rostro arrebolado y una inocente sonrisa, que irradiaba felicidad, dibujada en los labios.

—Anda—le dijo Laura sonriendo comprensiva mientras la besaba en la mejilla—, ve a cambiarte enseguida que vas a coger una pulmonía.

Avanzada la noche, cuando ya ambas se habían retirado a descansar a sus respectivas habitaciones, la tormenta no cesaba. A ratos amainaba un poco, pero volvía a arreciar con fuerza como si nunca fuese a parar. Laura

estaba en la cama, tratando inútilmente de concentrarse en la lectura de un libro mientras aguardaba a que el sueño la venciera; sin lograr, no obstante, que su mente obedeciera a su voluntad y no se desviara hacia otros pensamientos que la inquietaban y de los que no quería ocuparse aquella noche. De súbito, el intenso resplandor de un rayo iluminó la calle como un sol de mediodía, y el posterior estruendo de un trueno hizo vibrar toda la habitación, “ese ha caído cerca”, pensó. Dejó el libro sobre la colcha y se levantó para asomarse, en un inconsciente gesto maternal, al cuarto de su hija y comprobar que seguía durmiendo plácidamente. El ruido no la había llegado a despertar del todo y sólo la había impulsado a darse la vuelta en la cama. Sonrió mientras se dirigía a la cocina a beber un poco de agua. Cuando Marta era pequeña sentía una mezcla de fascinación y temor por las tormentas; en más de una ocasión la había sorprendido asomando apenas la nariz por el filo del cristal de la ventana, con los ojos muy abiertos y escondiéndose asustada cuando un relámpago resquebrajaba el cielo. Entonces corría hacia ella riendo presa de excitación, y se refugiaba entre sus brazos con el corazón latiéndole desbocado y aguardando el envite de otro rayo sin pestañear, sintiéndose segura en el regazo protector de su madre.

Laura regresó a su alcoba. No podía dormir y tampoco era capaz de prestar atención a lo que estaba leyendo. Apagó la luz de la mesilla de noche y abrió la ventana de par en par, se sentó en el borde de la cama y respiró hondo. A ella también le atraían las tormentas, le producían una sensación de desahogo, de bienestar, como si aquella violencia pudiera arrastrar consigo toda la tensión acumulada en el ambiente y, al mismo tiempo, la que se concentraba en su interior en aquellos momentos. Podría asomarse a la ventana y gritar con todas sus fuerzas, que nadie la oiría. Elena, en su lugar, lo habría hecho, pero ella se limitó a contemplar la calle convertida en un riachuelo, desierta y silenciosa, despojada de toda presencia humana; sólo se escuchaba la lluvia precipitándose con fuerza y crepitando al estrellarse contra el suelo, y el ulular de alguna sirena lejana. De tanto en tanto, un automóvil pasaba muy despacio, extremando la precaución porque los semáforos no funcionaban y la visibilidad debía ser nula, y levantando cortinas de agua a ambos lados del vehículo al paso de

los neumáticos como si se tratara de una lancha motora surcando el mar. Apenas podía vislumbrar los edificios de enfrente salvo cuando algún rayo los iluminaba por un instante. En el suelo, el agua formaba efímeras pompas que reventaban constantemente mientras se formaban otras nuevas; era como presenciar una sorda refriega en la que las gotas recién llegadas parecían competir con sus predecesoras para hacerse con un lugar en el que asentarse.

El recuerdo de otra tormenta, acompañada del agri dulce sabor de la nostalgia, se apoderó de su mente: fue en Venecia, estaba con Javier en uno de los viajes que realizaron juntos y en el que—Laura siempre tuvo la certeza de que ocurrió aquel mismo día— fue concebida Marta. La Plaza de San Marcos se encontraba repleta de visitantes, y el sol de la mañana de un bochornoso día de septiembre brillaba con fuerza. De repente, el cielo se oscureció, y gruesas gotas de lluvia se precipitaron sobre la plaza sin previo aviso, dejándola completamente vacía en unos segundos. Todos los turistas habían corrido a refugiarse bajo los soportales y observaban la tormenta sorprendidos y excitados como niños, divertidos por lo inesperado de la situación, con aquel talante despreocupado que proporciona el encontrarse de vacaciones lejos de casa y que predispone a la aventura. Mientras, la numerosa población de palomas que merodeaba habitualmente por la plaza compartiendo el espacio con los transeúntes, levantaba el vuelo al unísono para buscar también un lugar en el que guarecerse y, por unos instantes, parecieron danzar en el aire al son del *Adagio* de Albinoni que continuaba ejecutando la orquestina de uno de los cafés que rodeaban la plaza, protegida de la lluvia bajo una de las arcadas. Fue un momento mágico. Javier y Laura se miraron en silencio fascinados y se apretaron el uno contra el otro en un fuerte abrazo, embargados por la emoción; querían grabar en su mente aquel instante y conservarlo para siempre en la memoria como un bello recuerdo. Laura se preguntaba ahora si Javier lo recordaría como ella cada vez que presenciara una tormenta. Probablemente no, se respondió a sí misma, melancólica, los hombres son menos sensibles para esas cosas, y lo más seguro era que el recuerdo de otros buenos momentos hubiese borrado aquellos que compartió con ella.

El aguacero empezaba a mostrar signos de debilidad. La lluvia se tornó suave y silenciosa y los relámpagos ya sólo producían una leve luminosidad en la oscuridad del cielo sin que apenas se percibiera el eco lejano de los truenos. Laura cerró la ventana y se acostó; tenía que intentar dormir un poco, pero no podía quitarse de la cabeza el descubrimiento que Elena y ella habían hecho aquella misma tarde con respecto a Ernesto.

Por la mañana, Elena la había llamado por teléfono a la oficina y quedaron en que iría a buscarla a las seis, cuando Laura saliera del trabajo. Elena acababa de regresar de un viaje y hacía varios días que no se veían, tenían ganas de encontrarse para charlar un rato y ponerse al corriente de sus cosas. Cuando Laura salió del despacho empezaba a llover débilmente, pero aun así, decidieron caminar un rato porque a Laura le apetecía estirar un poco las piernas después de pasarse tantas horas encerrada.

Elena observó que Laura se mostraba algo inquieta y distraída y no parecía prestar demasiada atención a lo que ella le contaba. Cuando la descubrió mirando con disimulo hacia atrás por enésima vez, no pudo contenerse más.

—¿Se puede saber qué te pasa?—preguntó, extrañada.

—No mires ahora— dijo Laura en tono confidencial—, pero es que hace días que tengo la sensación de que me sigue alguien.

—¿Quién?—inquirió Elena, ignorando la petición de su amiga y volviéndose de inmediato.

—¡No te gires!—la instó Laura agarrándola del brazo y forzándola a seguir caminando.

—¿Por qué?—replicó Elena obedeciendo, no obstante—Si alguien te sigue no somos nosotras quienes estamos haciendo nada indebido. ¿Quién es? ¿Por qué te sigue?

—No lo sé—respondió Laura con preocupación—. A lo mejor estoy equivocada y es una simple casualidad, pero se trata de un chico joven al que últimamente veo por todas partes, y me da la impresión de que se esconde cada vez que se da cuenta de que he notado su presencia.

—¿Le has visto ahora?—indagó Elena sin volverse.

—Sí. Cuando he salido de la oficina estaba medio oculto tras el quiosco de enfrente, y nos viene siguiendo desde entonces.

Elena estuvo a punto de girarse de nuevo pero se contuvo.

—¿Cómo es? ¿Cómo va vestido?

—Es joven, moreno, tiene el cabello un poco largo y es bastante alto, y le sobran algunos kilos. La verdad es que se le ve a la legua... No tendrá más de veintidós o veintitrés años. Lleva un pantalón color caqui y una cazadora negra de cuero.

—Bien—dijo Elena tomando a su amiga del brazo—, enseguida saldremos de dudas; vamos a entrar aquí.

Se metieron en un centro comercial que se encontraba abarrotado de gente. Era época de rebajas, y esa circunstancia unida a la lluvia, hacía que casi no se pudiera dar un paso sin tropezarse con alguien. Elena conducía a Laura con decisión a través del gentío hasta situarse ambas en una posición desde la que, confundidas entre el público, podían observar la puerta de entrada sin ser fácilmente descubiertas.

—¿Es ese?—preguntó Elena cuando un joven corpulento, que encajaba con la descripción hecha por Laura, entró precipitadamente en el comercio mirando a su alrededor con ansiedad. Aunque estaba segura de que se trataba de él, ya que por su actitud, sólo le faltaba llevar un cartel con el nombre de Laura, como en los aeropuertos.

—Sí—confirmó Laura—Pero ¿Qué te propones?

—El cazador cazado—respondió Elena—. Vamos a por él.

Laura la miró interrogante sin acabar de comprender lo que pretendía; pero Elena, sin desasirse de su brazo, la arrastraba ya a través de la tienda hasta situarse justo detrás del muchacho. De repente Elena aceleró tirando de Laura hasta adelantar al chico y ambas se encontraron plantadas frente a él, cortándole el paso. Laura no salía de su asombro.

—Muy bien, querido—le espetó Elena al sorprendido joven—; o nos explicas ahora mismo por qué razón estás siguiendo a mi amiga o me pongo a gritar aquí en medio diciendo que nos estás acosando desde hace rato y que acabas de meterme mano.

A Laura se le pasó por la cabeza que aquel fornido muchacho podía propinarles un empujón con suma facilidad y echar a correr hacia la salida, pero el pobre chico, tan atónito como ella misma, se había quedado paralizado y miraba a Elena con los ojos muy abiertos, aterrorizado y

muerto de vergüenza; su rostro había enrojecido de tal modo que Laura temió que pudiera sufrir un síncope. Por un momento sintió lástima de él, pero Elena no se apiadó:

—¡Vamos! —Insistió— Estamos esperando.

—Yo no...—empezó a balbucear el chico.

—Verás, no tengo mucha paciencia—. Elena clavó en los ojos del muchacho una dura y desafiante mirada y elevó deliberadamente el tono de su voz— ¿Sabe tu madre que eres un perverso que se dedica a perseguir a mujeres maduras?

—Señora, por favor, le aseguro que yo...—El joven hablaba en voz baja, casi en un susurro, como si pretendiese de ese modo contrarrestar el tono excesivamente alto de Elena, y miraba azorado a las personas que pasaban junto a ellos tratando de cerciorarse de que no la habían oído—Sólo estoy haciendo mi trabajo, señora.

—¿Tu trabajo? ¿Y en qué consiste tu trabajo, si se puede saber?—siguió acosándolo Elena.

—Estoy en una agencia de investigación. Me han encargado vigilar a su amiga—confesó al fin.

—¿Vigilarme a mí?—Laura, que había permanecido callada hasta entonces, intervino indignada— ¿Por qué? ¿Quién te ha contratado?

—No puedo darle esa información, señora, es confidencial. Lo siento.

—¿Tienes novia?—preguntó Elena.

—Sí...—respondió él, desconcertado por la pregunta.

—¿Y que crees que pensará tu novia si se entera de que pesa sobre ti una denuncia por acoso?—Siguió Elena, implacable. Se empujó cuanto pudo sobre las puntas de sus pies para acercarse al oído del joven y, bajando la voz, añadió en tono amenazador—: Estoy dispuesta a llevar esto hasta el final, y no están los tiempos para andarse con tonterías en este tipo de asuntos...

—¡Está bien!—exclamó el chico, claudicando al fin—. Me van a despedir por esto. Pero bueno, da lo mismo. De todas maneras es un trabajo de mierda.

Elena contuvo una sonrisa de triunfo y aguardó a que el frustrado aprendiz de detective continuara hablando, al igual que Laura, que

permanecía expectante a su lado. El muchacho suspiró resignado e introdujo una mano en el bolsillo interior de su cazadora para sacar unos papeles, los examinó durante unos instantes y se dirigió a Laura:

—Nos contrató un tal Ernesto Ayala.

—¡Ernesto!—exclamó Laura perpleja, volviéndose hacia Elena que tenía la misma cara de sorpresa que ella.

—Teníamos que seguirla durante el tiempo que él nos indicara — prosiguió el joven— y llamarle cada noche para darle el informe de todo cuanto había hecho usted a lo largo del día.

—No puedo creerlo. Pero ¿por qué? ¿Cómo ha sido capaz?—Laura no salía de su asombro y su indignación crecía por momentos.

—Bien—le dijo Elena al muchacho dándole una palmadita en el hombro y sonriendo amistosa—. Muchas gracias por tu ayuda. Y, si quieres un consejo: sería mejor que te buscaras otro tipo de trabajo; pareces un buen chico, y esto no se te da muy bien...

Él no replicó. Antes de que pudieran darse cuenta, y a pesar de su corpulencia, había desaparecido de su vista. Laura se dejaba llevar, anonadada, mientras Elena la condujo hasta la salida del centro comercial. En aquellos momentos empezaba a llover con más fuerza.

—Vamos a tomar una copa—dijo Elena—. Nos vendrá bien a las dos.

Corrieron bajo la lluvia hasta un pub irlandés cercano, y mientras aguardaban pensativas a que les sirvieran, Elena, con el ceño fruncido, sacó de su bolso un paquete de tabaco.

—¿Te importa?—preguntó a su amiga con el pitillo entre los labios y el encendedor en la mano.

—Ya sabes que sí—respondió Laura distraídamente.

Elena prendió el pitillo como si Laura le hubiese dado su consentimiento e inhaló con ansiedad, cuidando, eso sí, de expeler el humo hacía donde no pudiera molestarla.

—Lo siento—dijo—, pero es que lo necesito.

Conversaron durante largo rato sobre lo ocurrido sin alcanzar a comprender por qué razón Ernesto había hecho una cosa como aquella. Laura ya le había comentado a Elena en alguna ocasión que Ernesto se mostraba a veces demasiado celoso y posesivo, y que aquella actitud

empezaba a incomodarla, pero nunca habría imaginado que llegara al extremo de contratar a un detective para que la vigilara. ¿Qué era lo que esperaba descubrir? Se preguntaba Laura. Elena se mostraba preocupada por su amiga:

—No sé, Laura—dijo, pensativa—, a mí este hombre me parece un lobo disfrazado de oso panda.

—No exageres...—replicó Laura sin mucha convicción—. Es un poco peculiar, sí, pero es inofensivo.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? —Insistió Elena—; si es capaz de hacer esto cuando ni siquiera tenéis un compromiso serio...Porque de hecho él sigue casado con otra, Laura. ¿Qué no será capaz de hacer si la relación se formaliza?

Laura no respondió, escuchaba a su amiga asintiendo débilmente, con la mirada fija en su copa, girándola con nerviosismo entre sus dedos sobre la mesa en un gesto inconsciente. Elena se la quitó con cuidado para apartarla a un lado antes de que la derramase.

—¿Qué sabes de él, en realidad? —Continuó Elena—. Lleváis ya mucho tiempo saliendo juntos y no sabes más que lo que él ha querido contarte. ¿Te ha presentado a algún amigo, a algún socio, a algún miembro de su familia?

Elena tenía razón, pensaba Laura mientras negaba con la cabeza sin mirarla directamente. Con la excusa de que sus circunstancias personales lo obligaban a mantener la discreción, la llevaba siempre a lugares donde tuviera la absoluta certeza de que no se encontraría con ningún conocido. Laura ni tan solo sabía con certeza dónde estaba ubicado su bufete con exactitud. Siempre era él quien iba a buscarla a su casa o al trabajo, en lo que parecía un gesto de galantería, pero Laura —por decirlo de algún modo— nunca se había aproximado siquiera a sus dominios.

—En cambio, él lo sabe todo de ti—siguió Elena—; incluso demasiado, al parecer...

Escrutó el rostro de su amiga, que permanecía en silencio, observando a través de la cristalera el puzzle multicolor en constante movimiento que formaban la multitud de paraguas bajo los que se ocultaban apresurados transeúntes, deseosos de llegar a sus destinos en aquella tarde desapacible.

—Tal vez deberías replantearte esta relación, Laura—sugirió Elena.

Laura asintió. Pero cuando una hora después se despedían en la puerta del pub, no habían conseguido llegar a ninguna conclusión. Laura estaba demasiado aturdida para pensar con claridad y Elena no quería presionarla demasiado. Antes de separarse, Laura le prometió a su amiga que hablaría seriamente con Ernesto y le exigiría una explicación, y a partir de ahí tomaría una decisión al respecto.

Apenas había llegado a casa cuando Ernesto, obviamente enterado de lo ocurrido, la llamó por teléfono.

—No tenías ningún derecho...—le recriminó ella con voz ronca.

—Puedo explicártelo, Laura. No es que desconfíe de ti, pero tienes que comprender que en mi situación las cosas no son tan sencillas como tú crees y hay que tomar ciertas precauciones...

—Ernesto—lo interrumpió ella—, ahora no me siento en condiciones de escucharte ni de hablar contigo. Necesito tiempo para pensar, y además, estoy muy cansada.

—Laura, por favor. Déjame que te lo explique y estoy seguro de que lo entenderás. No le des tanta importancia. En nuestro mundo estas cosas son normales...

—Pues en el mío, no.

—Cariño, no te enfades, por favor...

—Hablaemos en otro momento. Buenas noches.

Colgó el aparato y se acercó a la ventana exhalando un profundo suspiro. En la calle llovía con intensidad. Marta todavía no había llegado a casa, confiaba en que se encontrase en algún lugar en el que pudiera guarecerse de la lluvia.

XIV

El momento con el que Beatriz había soñado durante toda su vida había llegado al fin. Apenas podía creerlo: se encontraba entre bambalinas, ataviada como Julieta con un largo traje de raso y encaje que cubría sus piernas casi hasta los tobillos, y calzaba unas zapatillas de ballet especialmente diseñadas para ella. Blanca, a su lado, no dejaba de acomodarle el vestido, retocar su peinado y dedicarle palabras de aliento. La mano de David, húmeda y temblorosa, que Beatriz apretaba entre las suyas, contradecía con su nerviosismo la débil sonrisa de sus labios, que pretendía ser tranquilizadora; pero la ansiedad que traslucía su mirada lo traicionaba, y era ella quien se sentía obligada a reconfortarlo con la serenidad de su ánimo. Se sentía embriagada por las luces del escenario, por aquel olor a polvo añejo y madera, tan característico de los teatros, por la emoción de aquel instante tan largamente esperado...Al escuchar los primeros compases de Prokofiev que marcaban su entrada en escena se le aceleró el corazón. David la besó ligeramente en la mejilla, “mucha mierda”, le susurró, a la manera en que se desea suerte en el mundo del espectáculo. Miró a Blanca, que presionó levemente su hombro y le sonrió con los ojos velados por las lágrimas. Beatriz respiró hondo e irguió su estilizado cuello. Uno de los bailarines venía a su encuentro y le tendía la mano para que hiciera su entrada en el salón palaciego donde se celebraba el gran baile de los Capuleto, ella la tomó con decisión y se sintió llevada, casi en volandas, hasta el centro de las tablas.

El instante se hizo mágico. Bañada por la luz de los focos, envuelta por la música de *Romeo y Julieta*, se sentía ligera como un pájaro, y hasta creía

que si lo intentaba, sería capaz de volar. En apenas unos segundos pasaron por su mente, como un relámpago, los más duros momentos vividos hasta llegar a pisar aquel escenario: el accidente, el horror de saberse mutilada, la rabia, el odio hacia todos y hacia todo, la impotencia, el abandono de sí misma, la renuncia a seguir viviendo... Y en medio de toda esa desolación, el callado dolor de su madre, el apoyo inquebrantable de Blanca y el amor incondicional de David que no quiso abandonarla por más que ella lo intentó, por más que lo maltrató, que lo despreció, que lo humilló para que se alejase de su lado para siempre, para que llegase a odiarla y no se condenase a sí mismo a compartir su vida con una inválida; y el bueno de Nelson, intentando distraerla y levantarle el ánimo con su charlatanería y sus bromas que no ocultaban, no obstante, su preocupación y su congoja.

Poco a poco, se fue haciendo la luz al final del túnel. Pero eso no significaba que el tiempo del sufrimiento hubiese acabado, al contrario: entonces era cuando empezaba la verdadera lucha; vencer el dolor físico junto con el dolor del alma, sobreponerse al desaliento, dar tres pasos atrás para avanzar tan sólo uno; de nuevo la rabia, las discusiones constantes y acaloradas con quienes más la querían, el llanto incontenible provocado por el cansancio, por el desánimo...Caer, levantarse, volver a caer y levantarse de nuevo, hasta la extenuación, hasta alcanzar el triunfo de su propia superación, hasta llegar a aquel escenario y sentirse capaz de volar...

En el patio de butacas, sumido en la oscuridad, el tiempo se había detenido. El aire se hallaba suspendido en los pulmones de los espectadores que atestaban la sala y que parecían haberse olvidado de respirar. Los rostros expresaban la emoción que les embargaba mientras muchos ojos se llenaban de lágrimas. Los de Teresa, desbordados de amor y felicidad por ver cumplido al fin el sueño de su hija, apretando con fuerza entre sus manos la mano grande y protectora de Oscar que la observaba por el rabillo del ojo, compartiendo con ella aquel momento de dicha que tiempo atrás parecía una quimera, sintiendo que al fin había logrado reparar en parte la infelicidad que sin querer había provocado. Junto a ellos, Laura rodeaba con su brazo los hombros de su hija Marta que sollozaba quedamente, en tanto ella trataba de deshacerse del nudo que se le había formado en la garganta. Al lado de Marta, Elena controlaba sus emociones componiendo una

apacible sonrisa, mientras que Ruth, sentada junto a ella, parecía estar a punto de saltar de su butaca y ponerse a dar gritos de alegría en medio del pasillo. Tras ellos se encontraba Nelson, tan emocionado como si presenciara el debut de la hija que nunca tuvo, tratando de sosegar a su espléndida y oronda esposa cubana que lloraba moqueando sin pudor. Gloria, solícita, le proporcionaba un kleenex tras otro al tiempo que impregnaba el aire con la exquisita fragancia de su Chanel nº 5; estaba orgullosamente sentada junto a Diego que, para su sorpresa, en aquella ocasión, había tenido la deferencia de acompañarla.

Sobre el escenario, Beatriz, con el rostro transfigurado por el goce de aquel instante, brillaba como una estrella cuando se asomó al balcón desde el que escuchó los requerimientos amorosos de Romeo; después éste, subió a buscarla y ambos descendieron la escalera tomados de la mano para interpretar el *Pas a Deux* en el que se juraban amor eterno. Entre bastidores, Blanca y su hijo, así como todos sus compañeros y compañeras del ballet, la observaban atentamente, prestos a acudir en su ayuda, en caso de que lo necesitara. Pero Beatriz se sentía segura, transportada a la Verona de finales de la Edad Media, bailaba totalmente entregada, sin albergar el más mínimo temor. Las limitaciones que le imponía su pierna las suplía dando vida a Julieta con todo su ser; con sus gráciles brazos, capaces de expresar toda las emociones de la joven enamorada; con sus manos, que dibujaban delicadas formas en el aire; con la expresividad de su rostro, con sus ojos, con su sonrisa; con su estilizada figura que se elongaba o se recogía, que se quebraba y se abandonaba en los brazos de su amante para rehacerse después y alejarse de él, abatida, y dejarse de nuevo alcanzar para entregarse rendida a su amor imposible, en una sublime representación de las delicias y quebrantos causados por la pasión. Bailaba con sus bien entrenadas piernas como si ambas le hubieran pertenecido siempre, las bendecía y les estaba agradecida por permitirle encontrarse ahora sobre aquel escenario, como si nunca hubiese odiado y maldecido aquella prótesis que ahora sentía como parte de sí misma. Agradecía a la vida aquella segunda oportunidad que le había brindado, y a todos cuantos la hicieron posible.

Cuando con las últimas notas, se arrastró, herida de muerte, hasta los brazos de su amado Romeo que, creyéndola muerta, se había quitado la vida, y cayó el telón, un denso silencio recorrió la sala. De pronto, el público, como si acabara de salir de un estado de éxtasis, prorrumpió en aplausos y “vivas”, y los bailarines tuvieron que salir a saludar en incontables ocasiones hasta que decidieron no levantar más el telón, ya que el entusiasmo de la concurrencia parecía inagotable.

Después de recibir múltiples muestras de felicitación en su camerino, Beatriz pudo por fin cambiarse de ropa y reunirse con su familia y sus amigos para ir a celebrar el éxito de aquella noche memorable cenando todos juntos en un restaurante próximo al teatro. Sin embargo, llegar hasta allí no resultó tarea fácil para el grupo, ya que a cada paso la muchacha era requerida por algún desconocido que había presenciado el espectáculo y deseaba darle la enhorabuena, por alguna encantadora dama todavía emocionada que quería pedirle un autógrafo, por un ilusionado matrimonio que deseaba fotografiarse junto a ella. La joven, flanqueada por su madre y por su novio, no cabía en sí de gozo. Jamás podría olvidar aquella noche, la más grande de su vida, ocurriera lo que ocurriese después, pese a que Blanca le aseguraba que aquella noche no sería la última, que sólo era el principio de su carrera como bailarina. “¡Bailarina!”, se repetía Beatriz en su interior, “¡había conseguido convertirse en bailarina!”. A pesar de todo, había logrado alcanzar su sueño.

La cena no se dilató en exceso. Beatriz se encontraba cansada después de aquel debut lleno de nervios y emociones, aun así, la velada resultó alegre y bulliciosa, salpicada de continuas bromas y divertidos comentarios que todos celebraban con sonoras carcajadas. Para Teresa fue la noche más feliz de su vida. Había recuperado la sonrisa, su capacidad de reír, después de mucho tiempo. Su hija volvía a ser aquella niña dulce y feliz llena de ilusiones y alegría de vivir que deseaba ser bailarina más que ninguna otra cosa en el mundo, y por fin lo había conseguido; su pequeña, después de tantos sufrimientos, había alcanzado su sueño y ella se sentía dichosa. Además, Teresa tenía a su lado a Oscar, aquel hombre extraordinario que le había demostrado que la amaba tanto como ella a él, aunque no se lo hubiese dicho nunca. Y también estaban todos sus amigos, todas aquellas

personas maravillosas que tanto la habían apoyado y sin las que no hubiera sido capaz de salir adelante mientras duró aquella horrible pesadilla que parecía haber llegado a su fin.

Tras la cena, la despedida a la puerta del restaurante se prolongó un buen rato más, pues todos parecían resistirse a dar por terminada aquella entrañable reunión, y cada vez que alguien hacía amago de marcharse, volvía sobre sus pasos para añadir algo más, una última ocurrencia, alguna broma, otro abrazo; hasta que Oscar se decidió a tomar a Beatriz y a Teresa del brazo y se las llevó en dirección al coche, porque era evidente que la muchacha, a pesar de no perder ni por un instante la sonrisa, estaba extenuada.

Ya en el auto, camino del domicilio de las dos mujeres que comentaban alborozadas los acontecimientos de la jornada, el semblante de Oscar cambió por completo y se tornó grave, se desentendió de la charla y se concentró en la conducción con un rictus de honda preocupación en el rostro que contrastaba con la alegría de madre e hija. Aquel repentino cambio no le pasó desapercibido a Teresa que lo observaba a hurtadillas desde el asiento del acompañante con creciente inquietud. Oscar detuvo el automóvil ante la casa de Teresa y se apresuró a bajar para abrirles galantemente las puertas a ambas y ayudarlas a salir. Se despidió de Beatriz con dos cariñosos besos reiterándole una vez más su felicitación, y cuando se volvió hacia Teresa, que le ofrecía la mejilla para darle las buenas noches, la sonrisa desapareció de su rostro y fue sustituida por un gesto de enorme pesar que turbó a la mujer. Ella lo interrogó con la mirada, y entonces Oscar tomó sus manos con ternura y la miró a los ojos.

—Necesito hablar contigo—dijo.

—¿Ahora?—preguntó, extrañada—¿No puedes esperar a mañana, en la galería?

—No—respondió Oscar con firmeza—, no puedo esperar ni un minuto más. Es algo muy importante y necesito decírtelo ahora.

—Está bien—Teresa se volvió hacia su hija que la aguardaba ante el portal—cariño, ve subiendo a casa. Yo voy enseguida.

—De acuerdo, mamá. Buenas noches, Oscar.

—Buenas noches—respondió Oscar forzando una sonrisa.

Beatriz entró en el portal y ambos la observaron en silencio mientras se alejaba hacia el ascensor. Entonces Teresa devolvió su atención a Oscar y escrutó su rostro con preocupación y un incierto temor.

—Bueno—dijo tomando aire para darse valor y disponerse a escuchar lo que Oscar tuviera que decirle, ya que no parecía ser nada halagüeño—, ¿qué es eso tan importante que no puede esperar?

Oscar también respiró hondo antes de responder.

—Teresa—dijo apoyando cariñosamente sus manos sobre los hombros de ella—, sabes lo importante que eres para mí y que por nada del mundo quisiera hacerte daño.

Aquel preámbulo la inquietó. La expresión de Oscar era de un absoluto abatimiento. No alcanzaba a adivinar qué era lo que ocurría, qué había cambiado de pronto para que él se mostrara tan apesadumbrado. Estaba convencida de que su relación marchaba bien, ella se sentía tranquila y segura en su compañía, lo amaba, y hasta aquella noche, tuvo la absoluta certeza de que él compartía sus sentimientos; lo veía alegre y relajado cuando estaba junto ella, y no le cabía duda de que ambos se compenetraban y se sentían dichosos durante el tiempo que pasaban juntos. Sí, era cierto que él nunca le había dicho que la quisiera, pero ella tampoco lo había hecho, simplemente por timidez; sin embargo, lo amaba, y pensaba que él tendría sus razones para no expresarle sus sentimientos abiertamente. No quería presionarle, no quería forzarle, confiaba en él y sabía que se lo diría cuando considerase que era el momento, o tal vez nunca, si hubiera alguna razón que se lo impidiera, pero ella le seguiría queriendo y se sentiría feliz por el mero hecho de tenerlo a su lado, de poder verlo cada día. Con todo, de súbito, todas aquellas convicciones parecían tambalearse y transformarse en angustiosas dudas, en negros presagios.

—Hay algo que te he estado ocultando desde que nos conocimos y que no ha dejado de atormentarme día tras día—prosiguió él—, porque sé que confías en mí y no mereces que te siga engañando, aunque sea por omisión, aunque sea por no hacerte daño. Pero, en mi descargo te diré que nunca pensé que llegaría a sentirme tan cerca de ti, que llegaría a amarte como te amo. Y cuando me di cuenta de ello, ya era demasiado tarde, seguí sin confesarte la verdad porque tenía miedo de perderte...

Ella guardaba silencio y contenía la respiración para no perderse ni una sola de sus palabras. Acababa de decirle que la amaba, pero lo había hecho con una profunda tristeza, como si amarla fuese una fatalidad. No acertaba a imaginar donde quería ir a parar.

—Teresa, querida, perdóname por no habértelo confesado antes—dijo con voz entrecortada. Hizo una pausa para tomar aire de nuevo y, armándose de valor, continuó—: yo conducía el coche que atropelló a tu hija.

En el rostro de Teresa no se movió un solo músculo al oír aquella confesión, al menos, no de un modo evidente. Seguía mirándolo con los ojos muy abiertos, como si no hubiese comprendido bien lo que acababa de decirle, como si esperase que continuara hablando. Pero Oscar pudo percibir con claridad que un relámpago de sorpresa atravesaba su mirada expectante seguido después de una expresión de incredulidad, de negación. Y sintió como propio, como un cuchillo que desgarrara sus entrañas, el intenso dolor que se reavivaba en aquel rostro paralizado por el pasmo, en aquellos ojos que se llenaban de lágrimas, en aquellos labios que se apretaban con fuerza.

—Di algo, te lo ruego...—suplicó, adelantando una mano hacia el rostro de ella.

Pero Teresa dio un paso atrás horrorizada, negando repetidamente con la cabeza, con sus manos, con todo su cuerpo. Abrió la boca como si fuese a hablar, pero sólo pudo boquear, tragar aire como si se ahogara, con la desesperación de un pez que se asfixiara fuera del agua. Entonces se dio la vuelta y echó a correr hacia el portal.

—¡Teresa!—gritó él— ¡Teresa, por favor...!

No podría precisar el tiempo que anduvo conduciendo sin rumbo fijo por las calles desiertas de la ciudad, sin importarle siquiera por dónde circulaba, deteniéndose ante los semáforos en rojo como un autómata, reanudando la marcha sin que su conciencia tomara parte en aquella operación, concentrado en preguntarle a la madrugada si se había equivocado, si había actuado mal. ¿Qué tenía que haber hecho? tal vez nunca debió acercarse a Teresa y a su hija, ¿habría sido mejor mantenerse a

distancia? ¿Desentenderse de su dolor y abandonarlas a su suerte? No hubiera podido soportarlo, se habría vuelto loco pensando que había dejado tras de sí un rastro de desdicha, que otras personas sufrían por su causa mientras él seguía adelante con su vida como si nada hubiese ocurrido. Quizás era, en realidad, un egoísta, y con su proceder, únicamente había tratado de apaciguar sus sentimientos de culpa para sentirse mejor consigo mismo, sin pensar en las consecuencias que podrían acarrear sus supuestos actos de buena voluntad, pero estaba seguro de que con su actitud había logrado ayudar a Beatriz y a Teresa a paliar en parte aquella terrible desgracia. No obstante, aun amparándose en esa convicción, no podía apartar de su mente el rostro demudado de Teresa, la tremenda desolación de su mirada. No podía soportar ser de nuevo el causante de su dolor.

Cuando llegó a su casa tenía la sensación de haber envejecido por dentro de golpe, como si cargara de repente con veinte años más sobre sus espaldas. Le estallaba la cabeza, le dolía todo el cuerpo a causa de la tensión acumulada aquella noche, aquellas últimas horas. Se dio una ducha para intentar relajarse y se acostó, pero le resultó imposible conciliar el sueño, la cama se había convertido en un instrumento de tortura en el que daba vueltas como un poseso deseando que amaneciera, temiendo que amaneciera... ¿Qué ocurriría entonces? ¿Cómo se enfrentaría a Teresa? ¿Volvería a verla? Quizás ella no quisiera volver a verlo, quizás no volviera a la galería para no encontrarse con él—pensó de pronto, acongojado—. No podía soportar la idea de tener que vivir de nuevo sin ella, sin verla cada día, sin su mirada, sin su sonrisa, sin la dulzura de su voz...

El timbre del teléfono rompió de súbito el angustioso silencio de la noche, interrumpiendo el flujo de sombríos pensamientos que atormentaban a Oscar.

—¿Diga?

—Soy yo...—la voz queda de Teresa le abrió al instante las puertas del paraíso—no podía dormir...

—Yo tampoco...—dijo él. Y calló, porque estaba tan emocionado por su llamada que no acertaba a decir nada más. Cerró los ojos y se deleitó, por unos momentos, en su recuperada presencia a través del hilo del teléfono, la sentía tan cerca que podía percibir su respiración, sentir su calor, hasta le

parecía oler su perfume. Y apenas sin darse cuenta, pronunció su nombre—: Teresa...

—Sé que tú no tuviste la culpa —dijo ella.

—Pero, no debí ocultarte quien era, debí decírtelo desde el principio. Te he tenido engañada durante todo este tiempo porque no soy más que un cobarde, y cada día que pasaba me resultaba más difícil confesarte la verdad. Yo sólo quería ayudaros, nunca pensé que me enamoraría de ti. ¿Podrás perdonarme? ¿Podrás olvidar que yo...?

—¡Shhhh...!—lo interrumpió ella—No hay nada que perdonar. No hay nada que olvidar.

—Te quiero, Teresa—dijo él.

—Yo también te quiero—confeso ella—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Teresa colgó, y Oscar, en un impulso inconsciente se llevó el teléfono a los labios y lo besó, lo mantuvo apoyado sobre su pecho durante unos instantes y lo acarició como si se tratara de la propia Teresa, como si su espíritu hubiese impregnado el aparato y todavía permaneciera en él. Después, lo colocó sobre su base con suma delicadeza, contemplándolo con infinita ternura, con la misma ternura con la que contemplaría a Teresa. Se tendió sobre la cama y se durmió como un niño con una apacible sonrisa en los labios.

XV

El breve sonido de un claxon se destacó sobre el ruido del tráfico y el bullicio habitual de la calle alertando a Laura, que salió del cuarto de baño donde estaba acabando de maquillarse, y se asomó al balcón para saludar a Ernesto con la mano; éste le devolvió el saludo apoyado sobre la portezuela de un flamante descapotable azul metalizado y luciendo un magnifico bronceado y una sonrisa radiante.

Laura regresó al baño para echarse una última ojeada en el espejo y después de cepillarse el cabello fue a vestirse a su habitación. Hacía buen tiempo; eligió un vestido blanco de tirantes con un generoso escote que resaltaba su silueta, pero lo pensó mejor y acabó decidiéndose por una blusa y un pantalón negros algo más discretos. No deseaba estar demasiado atractiva aquella tarde. Después de pensarlo mucho, después de darle infinitas vueltas había tomado una decisión. Sabía que hiciera lo que hiciera se arrepentiría pero, probablemente, si se mantenía firme, con el paso del tiempo se sentiría liberada, y con toda certeza, mucho mejor consigo misma.

Según su madre, había tenido mucha suerte de que un hombre como Ernesto se hubiese fijado en ella, y además se le veía muy enamorado, decía con satisfacción. Acaso porque Laura le había ocultado que estaba casado. No le pareció necesario comentárselo puesto que Ernesto tenía intención de separarse, y de ese modo, se ahorra unos cuantos sermones.

Las opiniones favorables de quienes conocían a Ernesto influían en ella y la hacían dudar, la forzaban a reconsiderar su decisión una y otra vez. Pero Laura ya no disfrutaba como antes de su compañía, ya no se sentía tan

a gusto a su lado. No soportaba su carácter posesivo y caprichoso, sus celos infundados, sus temores infantiles de ser abandonado. Pese a ello, no conseguía reunir el valor necesario para decírselo abiertamente, ni siquiera cuando él percibía su malestar y le preguntaba con preocupación qué le ocurría. Pensaba que si le confesaba sus dudas no lo comprendería, que se enfadaría, y ella odiaba las confrontaciones, la asustaban. Había sido así desde niña, siempre trataba de estar en armonía con todo el mundo, y si algo le molestaba o le parecía injusto prefería callarse y darse media vuelta. En más de una ocasión, en sus años escolares, fue Elena quien tuvo que dar la cara por ella. Pero ahora era una mujer adulta y debía afrontar sus propios problemas, y no le parecía correcto seguir jugando con los sentimientos de Ernesto mientras ella trataba de averiguar qué era lo que realmente deseaba. Tal vez se estuviese equivocando. Ernesto la quería, no le cabía la menor duda, pero ella no lograba sentir aquellas mariposas en el estómago que le quitaban el aliento y casi le hacían perder el sentido cuando estaba con Javier. No tenía porqué ser igual que entonces, razonaba, ya no era una jovencita descubriendo el amor por primera vez; aquella era una relación madura, entre adultos, en la que primaban otras cosas, se había dicho a sí misma en los últimos tiempos como si tuviera que autoconvencerse. Como quiera que fuese, no se sentía feliz y no deseaba seguir manteniendo aquella farsa. No podía controlar sus sentimientos, nadie podía hacerlo. No podía obligarse a amar a quien no amaba. Había algo peor que no ser correspondido en el amor, pensaba Laura, y era no ser capaz de amar a quien te ama. Esa catatonia afectiva, ese sentir el corazón anestesiado, era mucho más triste que amar sin esperanza; al menos esto último, tenía algo de sublime, de heroico.

Suspiró con tristeza. Por mucho que le pesara así estaban las cosas. Seguramente su madre no podría comprenderlo, pero a ella le faltaba algo que no podía precisar y que estaba segura que nunca podría encontrar en Ernesto.

Por otra parte, desde que el invierno pasado descubriera que Ernesto había contratado a un detective para que le diera cuenta de todos sus movimientos, algo se había roto de forma definitiva dentro de ella. Ernesto le dio mil explicaciones absolutamente convincentes —no en vano era

abogado— y había logrado embaucarla de nuevo con su innegable capacidad de persuasión. Pero, aunque Laura lo intentó, ya nada volvió a ser como antes; de repente, empezó a verle con otros ojos, no podía evitar sentirse recelosa. Él, se daba perfecta cuenta de ello y había redoblado sus esfuerzos para seducirla con sus atenciones, con sus regalos y sus gratas sorpresas que, sin embargo, no acababan de lograr que Laura volviera a sentirse tan feliz y confiada como tiempo atrás. Con todo, le resultaba sumamente difícil tomar una determinación que pudiera ser dolorosa o desagradable para otra persona, y encontraba mil excusas para postergar el momento de hacerlo. Pero ese momento había llegado y no podía seguir eludiéndolo por más tiempo.

Quizás Elena tuviese razón, como de costumbre. Tal vez fuera cierto que, consciente de ello o no, buscaba a Javier en cada hombre que se cruzaba en su camino. No seguía enamorada de él, eso no, sería absurdo después de tantos años, pero de lo que sí estaba segura era de que Javier había sido el hombre de su vida y de que no podría amar nunca a ningún otro como lo había amado a él. Lo cierto era, no obstante, que Javier hacía mucho tiempo que se había ido de su lado, la había abandonado por otra mujer y ella tenía derecho a rehacer su vida, al menos debía intentarlo, debía concederse a sí misma una nueva oportunidad. Aunque, finalmente, tampoco en esta ocasión hubiese salido como habría deseado.

El claxon volvió a sonar, esta vez con mayor insistencia, y Laura corrió al balcón de nuevo. Ernesto ya no sonreía, parecía algo molesto. Lo tranquilizó con un gesto indicándole que enseguida bajaba.

—¿Qué?—comentó Marta con sorna, mientras que, tumbada en el sofá, cambiaba compulsivamente el canal del televisor con el mando a distancia —¿Tu Romeo se está poniendo nervioso?

—¿Has visto mi móvil?—preguntó Laura hurgando en su bolso y haciendo caso omiso del comentario de su hija.

—Creo que te lo has dejado en el baño.

Laura se dirigió al baño y lo recorrió con la mirada. En efecto, allí estaba, sobre la tapa del bidé. Lo guardó en el bolso haciendo un gesto de condescendencia hacia sí misma ¿dónde tenía la cabeza? ¡Ojalá no tuviera que salir aquella tarde! Hubiese preferido ponerse algo cómodo para

tumbarse en el sofá con su hija y ver juntas una película romántica mientras devoraban una tarrina entera de helado de chocolate.

Volvió al salón y besó precipitadamente a Marta en la mejilla. La muchacha la examinó entonces de arriba abajo y sonrió con un gesto de aprobación.

—Estás muy guapa, mamá—dijo. Y añadió guiñándole un ojo—:A ver lo que haces ¿eh?

—A ver lo que haces tú —replicó su madre con una sonrisa cómplice—. Y no te acuestes muy tarde ¿vale?

—Vale—prometió Marta—. ¡Que te diviertas!

Bajó a la calle con presteza y se dirigió hacia Ernesto que, recuperando su espléndida sonrisa, la recibió con un cariñoso beso.

—¿Y este coche?—preguntó Laura admirando el magnifico vehículo.

—Me lo acabo de comprar—respondió con orgullo mientras le habría gentilmente la puerta para que se acomodara en el asiento del copiloto — ¿Te gusta el color? Si no te gusta lo cambio. Dudé si pedirlo en rojo, pero me pareció demasiado llamativo.

—Este color es muy bonito—aprobó Laura en tanto que Ernesto rodeaba el automóvil y se sentaba al volante.

—Estás muy guapa—dijo observándola con admiración mientras giraba la llave de contacto.

—Gracias—respondió ella en un tono neutro, rehuyendo su mirada.

—He pensado que podríamos ir a cenar a Sitges. Hace tiempo que no vamos. Es temprano y hace una tarde estupenda.

—Me parece una buena idea.

Le apetecía salir de la ciudad y le encantaba Sitges. Aunque la villa había cambiado mucho desde su juventud, cuando compartía con Elena y dos amigas más un pequeño apartamento sin un solo mueble, en el que dormían con sacos en el suelo y casi unos encima de otros, cuando coincidían todas las amigas y traían invitados sin previo aviso —lo que solía ocurrir con frecuencia—. Guardaba muy gratos recuerdos de aquella época: de los locos veranos en los que la noche y la diversión se prolongaban hasta el amanecer que a menudo les sorprendía en la playa, y disfrutaban del primer baño del día antes de desayunar un buen tazón de

chocolate caliente y retirarse a descansar; de los días de invierno en los que la bonanza del tiempo les permitía acercarse a la playa a coger mejillones entre las rocas, para cocinarlos después allí mismo encendiendo una pequeña fogata y comérselos después con unas gotas de limón ¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué locuras no habrían hecho en aquellos lejanos días! Y sin embargo Laura los recordaba con tal nitidez, que le parecía imposible que hubiesen pasado casi treinta años. La percepción del tiempo es tan relativa..., se dijo con melancolía.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que suba la capota?

Le sorprendió la voz de Ernesto colándose de improviso entre sus recuerdos, arrancándola del pasado y devolviéndola a la realidad.

—No, estoy bien. Gracias.

Enfilaban ya la autovía de Castelldefels y no habían intercambiado una sola palabra desde que salieron de Barcelona. La voz prodigiosa de Charlotte Church cantando *The Flower Duet* desde el equipo de música daba un sentido épico a aquel silencio que de otro modo hubiera resultado embarazoso. Ernesto adoraba la ópera, y Laura no se habría atrevido nunca a perturbar el deleite que le proporcionaba aquella soberbia interpretación iniciando una conversación banal. Por otra parte, tampoco tenía muchas ganas de hablar, por lo que la música durante el viaje le proporcionaba una tregua para poder pensar.

Observó brevemente a su acompañante y éste, percibiendo su mirada, volvió el rostro hacia ella y sonrió al tiempo que aproximaba su mano a la de Laura y se la presionaba levemente.

—¿Estás bien?—preguntó.

Ella asintió emitiendo un sonido gutural apenas perceptible, sin despegar los labios, y devolvió su atención a la carretera.

Cuando llegaron a Sitges aparcaron el automóvil y Ernesto tomó la mano de Laura para atravesar el paseo marítimo en dirección a su restaurante favorito confundiéndose con otras parejas, y multitud de turistas, deteniéndose de vez en cuando a contemplar algunas de las obras que diversos artistas plásticos exhibían a lo largo del recorrido tentando a los curiosos paseantes, ávidos de recuerdos de sus vacaciones en la pintoresca población. Laura aspiró el aire del mar, y el sabor del salitre que

llegó a su garganta actuó como un bálsamo que tuvo el poder de sosegar su ánimo temporalmente.

El maitre del restaurante, reconociéndoles de inmediato, se apresuró a abrirles la puerta solícito, en cuanto los vio llegar, y tras saludarlos con aquella perfecta combinación de cordial familiaridad y cortesía profesional que tan diestramente manejaba, los condujo a una mesa que ofrecía una vista privilegiada de la playa con la inconfundible silueta de la iglesia de San Bartolomé y Santa Tecla dibujándose al fondo, contra el cielo violáceo del anochecer.

Después de que eligieran el menú, el camarero trajo el vino que Ernesto había pedido y escanció un poco en su copa para que lo probara; tras recibir su aprobación sirvió a Laura y después a Ernesto antes de retirarse con un ceremonioso saludo. Ernesto levantó su copa y miró a Laura sonriendo mientras aguardaba a que ella lo imitara.

—Por nosotros—dijo con una sonrisa traviesa. A Laura le pareció que se mostraba particularmente animado aquella noche.

Ella alzó su copa e hizo un leve gesto de asentimiento antes de tomar un pequeño sorbo.

—Has estado muy callada todo el camino—dijo Ernesto con cierto tono de reproche, aunque sin perder la sonrisa—¿Va todo bien?

—¡Claro!—mintió ella intentando sonreír, pero sintió que la sonrisa temblaba nerviosamente en sus labios.

Ernesto, sin embargo, no se apercibió de ello y pareció complacido con su respuesta. Tomó un trago de vino y se arrellanó en la silla sonriendo con satisfacción.

—¡Estupendo! Porque tengo algo muy importante que decirte.

—Yo también—respondió Laura.

—¿Ah, sí?—se sorprendió Ernesto—Bien, pues dime...

Laura se maldijo a sí misma por haberse precipitado. Todavía no estaba preparada ni creía que él lo estuviera. Era preferible dejarlo para el final de la cena.

—No, tú primero, por favor—rectificó.

Fuera lo que fuese lo que tuviera que decirle Ernesto, le ayudaría a ganar tiempo y pensar en la mejor manera de plantearle el asunto.

—De acuerdo, como quieras.

Ernesto no insistió. Era obvio que estaba deseoso de hablar. Laura se dispuso a escucharle y él sonrió satisfecho mientras bebía nuevamente de su copa en tanto aguardaba a que el camarero acabara de servirles el primer plato y se retirara de nuevo. Parecía disfrutar de aquel momento, de la mirada interrogante de ella, y se deleitaba en prolongar el suspense un poco más.

Por fin se inclinó sobre la mesa con una sonrisa de triunfo y declaró:

—He dejado a mi mujer.

—¿Qué?—exclamó Laura, en lo que, más que una pregunta, se asemejaba a un grito de terror. Inmediatamente miró a su alrededor temiendo que todo el restaurante la hubiese oído y la estuviese observando.

—Ya está todo en manos de nuestros abogados—siguió él, entusiasmado—. Por eso no he podido verte estos últimos días. Tenía muchas cosas que resolver y quería darte una sorpresa. No ha sido fácil, pero ahora ya está. He dejado el bufete y me he ido de casa. De momento me he trasladado a un hotel.

Laura sintió que la tierra se abría bajo sus pies y la cabeza le daba vueltas en un angustioso torbellino. Estaba aturdida.

—Pero ¿por qué lo has hecho?—preguntó consternada.

Ernesto la miró sorprendido. Su sonrisa ilusionada de niño travieso había desaparecido súbitamente de su rostro y se había transformado en una expresión de decepción, de temor.

—Creía que te alegrarías...

—Bueno—Laura trató de recomponer el gesto y tomó otro sorbo de vino—. Si es lo que deseabas...me alegro por ti.

Él dejó escapar una risita nerviosa.

—Lo he hecho por ti—aclaró—, por nosotros. Ahora podremos vivir juntos, casarnos, si tú quieres.

—Ernesto, yo nunca te pedí que lo hicieras. Nunca te he pedido nada—se defendió Laura, angustiada.

—Es cierto. Nunca me lo pediste abiertamente, pero siempre has dejado claro que te incomodaba nuestra situación, que no te gustaba el papel de

amante, tener que vernos poco menos que a escondidas...—replicó, tratando de contener su creciente malestar.

—Eso fue al principio, Ernesto. Después, han cambiado muchas cosas.

—¿Qué es lo que ha cambiado?—preguntó en tono agrio—¿Es que nunca vas a perdonarme lo del detective?

—No se trata de eso, Ernesto. Es que...nunca pensé que tomarías una decisión tan drástica. Sabía lo importante que era para ti tu trabajo, tu familia, tus negocios, tu posición social...

—Tú eres más importante que todo eso—esbozó una sonrisa seductora y tomó la mano de Laura entre las suyas, pero ella la retiró para coger su copa y se echó instintivamente hacia atrás en la silla.

—Me haces sentir responsable—dijo con gesto preocupado—. Debiste decírmelo antes de tomar una decisión así. Debimos hablar de ello, ya que al parecer yo formaba parte de tus planes.

—Hemos hablado muchas veces de ello—repuso, molesto—. Te dije desde el principio que mi matrimonio era un puro formalismo, que iba a arreglarlo todo para que tú y yo pudiéramos estar juntos.

—Es cierto, pero nunca creí...

—Nunca creíste que hablase en serio ¿verdad? Creías que sólo era una estratagema para retenerte a mi lado, que no eras más que un capricho para mí. Pues como puedes comprobar, estabas equivocada.

—No, no creía nada de eso—replicó Laura—, pero tampoco pensaba que te precipitarías de este modo. Creía que lo pensarías más detenidamente, que sopesarías los pros y los contras. Tú mismo me has repetido infinidad de veces que es mucho lo que hay en juego.

—Así es. Pero, ya lo ves: me he liado la manta a la cabeza y he tirado por la calle de en medio—trató de bromear.

Laura no respondió. No se le ocurría nada que pudiera decir. De pronto se sentía mezquina, egoísta. Ernesto había renunciado a todo por ella y sólo era capaz de sentir pánico y un loco deseo de salir corriendo de allí.

—Bueno, ya está hecho—prosiguió él, intentando dominar su decepción y dar a su voz un tono conciliador—. Comprendo que te haya sorprendido y necesites un tiempo para asimilarlo. No te preocupes. Ya verás como todo saldrá bien.

Ernesto había tomado su mano de nuevo y le ofrecía una sonrisa tranquilizadora, pero era evidente que estaba disgustado. Cogió su copa y la apuró de un solo trago. El camarero se apresuró a llenársela otra vez y volvió a vaciarla de inmediato. Laura le observaba con preocupación.

—No deberías beber tanto. Tienes que conducir...—advirtió.

—Tranquila—dijo—. Ya sabes que no me afecta el alcohol. ¿Qué querías decirme tú?

—Déjalo—rechazó ella evitando su mirada—. No tiene importancia...

—No—insistió con gesto adusto—, parece que ésta es la noche de las grandes declaraciones, y yo, al parecer, ya me he puesto en ridículo. Ahora te toca a ti.

Le sorprendió aquel tono autoritario y sarcástico que no reconocía en él.

—De verdad, Ernesto—ella le dirigió una mirada implorante. De pronto se sentía muy cansada, sin fuerzas—. Preferiría que lo dejáramos para otro momento. Y no te enfades por mi reacción ¿de acuerdo? Tienes razón: necesito algo de tiempo. Dentro de unos días podremos hablar de todo esto con más tranquilidad.

—La verdad es que no esperaba que te lo tomaras así—porfió él—. Creía que sería una sorpresa agradable, que te sentirías feliz. Últimamente parece que no consigo satisfacerte con nada...

Ella guardó silencio. Fijó su mirada en la lejanía, en la oscuridad del mar. En aquellos momentos su mayor deseo sería sentir la fría arena cosquilleando sus pies desnudos, caminar por la playa bajo el manto protector de la noche y sentir la refrescante brisa sobre su rostro. Huir de allí, escapar de la enrarecida atmósfera de aquel selecto restaurante, de la mirada inquisitiva de Ernesto. Sólo anhelaba que aquello terminase, que Ernesto dejara de torturarla. Pero él insistía.

—Vamos, ¿Qué era lo que querías decirme?—persistió sin disimular su irritación—. Siempre quieres dejarlo todo para otro momento. Pues no. En esta ocasión no te lo voy a permitir. Ya que estamos, vamos a aclarar las cosas de una vez por todas. ¿De qué se trata? ¿Querías decirme que ya no me quieres? ¿Qué has conocido a otro? ¿Es eso? Puedes decírmelo sin rodeos, esta noche ya nada puede sorprenderme.

Volvió a vaciar su copa y la puso sobre la mesa con un golpe seco, con rabia contenida.

—Ernesto, por favor...

—Está bien—concedió él. Hizo un gesto al camarero y pidió la cuenta—. Lo siento. Será mejor que nos vayamos.

El maitre acudió presuroso a su encuentro cuando los vio levantarse de la mesa.

—¿Ha estado todo del gusto de los señores?—inquirió servicial.

—Todo perfecto. Gracias, Matías—respondió Ernesto forzando una sonrisa.

—Me alegro mucho, señor. Espero verles pronto de nuevo—dijo con una leve inclinación de cabeza en tanto les abría la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches—respondieron ambos.

Ya en la calle se encaminaron hacia el coche en silencio. Laura, inquieta, observaba a Ernesto por el rabillo del ojo. Él mantenía el rostro sereno e incluso le parecía vislumbrar en sus labios una leve sonrisa. Con todo, se le veía pensativo. Laura decidió entonces que no podía romper con él en aquellos momentos; Ernesto lo había dejado todo por ella y debía permanecer a su lado, al menos, durante algún tiempo. Le tomó del brazo y se apoyó en él cariñosamente, Ernesto la miró y sonrió.

—¿Te importa que volvamos por la costa?— preguntó él mientras le abría la puerta del automóvil—. Hace una noche preciosa.

—Como quieras—respondió Laura, a su pesar.

Ciertamente era una noche fantástica: había luna llena, el aire estaba limpio y las estrellas brillaban en el cielo como inquietas luciérnagas. Aun así, hubiese preferido regresar por la autovía y estar en su casa lo antes posible, pero no deseaba contrariar más a Ernesto.

Abandonaron el pueblo y tomaron la sinuosa carretera de la costa del Garraf. Ernesto conducía tranquilo y en silencio, concentrada su atención en las curvas de la vía, mientras Laura lo observaba a hurtadillas. Veía su perfil sereno y se preguntaba en qué estaría pensando, pero no se atrevía a hablar, ¿Qué podría decirle para paliar su decepción? Ahora lamentaba no haber hablado con él mucho antes, no haberle confesado sus verdaderos

sentimientos antes de que él... Pero en ningún momento se le había ocurrido pensar que Ernesto podría llegar a tomar aquella determinación de forma tan precipitada, tan inesperada, sin decirle nada a ella, sin hacerle saber que era algo inminente. Sentía haber reaccionado de aquel modo en la cena. Lo cierto era que no se lo esperaba, precisamente aquella noche, cuando ella estaba pensando en algo tan distinto...

—Ernesto...—musitó.

—Querías decirme que me dejas, ¿no es cierto?—Más que una pregunta, era una afirmación rotunda.

—No, yo...

Ernesto sonreía de un modo extraño, y aquella sonrisa la sobrecogió.

—¿Y en qué posición quedo yo ahora?—prosiguió como si no la hubiese oído—. ¡Lo he dejado todo por ti! Porque creía que me amabas, que deseabas que estuviésemos juntos. No puedo dar marcha atrás, no puedo volver a mi casa con el rabo entre las piernas y decirle a mi mujer que sufrí un ataque de enajenación mental. Mi suegro no quiere saber nada de mí, ha jurado que hará cuanto esté en su mano para que se me cierren todas las puertas y no pueda volver a ejercer como abogado. Y ahora tú... Siempre he tratado de complacerte, creía que eras feliz a mi lado...

—Y soy feliz, Ernesto—dijo Laura, tratando de resultar convincente—. Siento haber reaccionado así. Me has cogido desprevenida, eso es todo, no me lo esperaba.

—¿Me amas?—inquirió él de súbito, mirándola directamente a los ojos.

—Claro que te amo—respondió Laura con prontitud, deseando que él devolviera su atención a la tortuosa carretera.

—Mientes—. Sentenció él, tajante.

Subió el volumen de la música. La voz de Charlotte Church se apoderó de la noche. La luna iluminaba las curvas de la calzada como un potente foco, y el mar oscuro y silencioso, espejeaba a los pies del acantilado donde iban a romper las olas quedamente, dibujando una difusa puntilla de espuma blanca.

Ernesto aumentó el volumen de nuevo, esta vez hasta su máxima potencia. Laura lo miró sorprendida y él se volvió hacia ella con la más

encantadora de sus sonrisas. Pisó el acelerador a fondo justo cuando entraban en una cerrada curva. Laura clavó las uñas en el asiento aterrorizada, como si de aquel modo pudiera mantener las ruedas del coche pegadas al asfalto, pero el deportivo volaba ya en el vacío y, describiendo una curva en el aire, se precipitaba pendiente abajo, golpeando los peñascos hasta estrellarse contra aquel inmenso muro de aguas negras que lo acogían con enorme estrépito en su lóbrego seno y se lo tragaban en unos instantes.

Poco después, el silencio volvía a reinar en la oscuridad de la noche. El mar recobraba la calma, y la luna, único testigo de la tragedia, permanecía impasible, contemplando vanidosa su reflejo sobre su negro espejo, indiferente a las humanas pasiones y las caprichosas piruetas del destino.

OceanofPDF.com

XVI

Elena no había dormido nada en toda la noche, en realidad, ni siquiera lo había intentado. Cuando la llamaron por teléfono para darle la noticia se quedó paralizada, debió de pasarse horas sentada en el sofá, anonadada, con el teléfono en la mano y mirando al vacío, incrédula, pensando que aquello era una pesadilla y se despertaría en cualquier momento. Pero al amanecer comprendió que estaba bien despierta, que aquella terrible noticia era real. Entonces se dio una ducha, cogió su coche, y se dirigió al tanatorio. Mientras cruzaba la ciudad, todavía se resistía a creerlo. Jamás se le pasó por la cabeza que algo así pudiera ocurrir, que le pudiera ocurrir a Laura...Daba por sentado que siempre estarían juntas, que envejecerían juntas. Y de pronto, Laura ya no estaba. Ya no volvería a compartir risas con ella, confidencias, recuerdos...

—Nunca fuimos a Katmandú—murmuró, sin saber por qué.

Entonces, le vino a la memoria el recuerdo de cuando eran unas adolescentes y, al salir de clase, bajaban por las Ramblas hasta el puesto de flores, situado a la altura de la calle del Carmen, que regentaban los padres de su amiga Emilia, , a los que la joven ayudaba en su tiempo libre.

A Laura y a ella les encantaba estar allí. Charlaban con Emilia de sus cosas, hacían planes para el futuro y se entretenían en la contemplación de aquella variopinta marea humana que deambulaba incesante arriba y abajo del famoso paseo. Turistas con su cámara al hombro sedientos de sol y aventuras, trotamundos, pacifistas, estudiantes cargados de libros y de ansias de libertad en la España sombría de los primeros años setenta en los que, aquel pequeño reducto en pleno corazón de la ciudad, en el que todo

parecía posible, era como un oasis, como una ventana abierta al mundo por la que se colaban los aires de Europa, de aquella Europa tan próxima en la distancia y tan lejana al mismo tiempo, tan ajena a la vida oprimida de los españoles de entonces.

No estaban muy seguras de dónde quedaba Katmandú. Lo situaban por la India, que tampoco sabían ubicar en el mapa con exactitud, pero el nombre les sabía a lejanía, a aventura, a espiritualidad. Toda su pandilla de amigos soñaba con ir allí algún día siguiendo la estela de Los Beatles, conocer al gurú Maharishi y encontrar, a través de la meditación trascendental, el verdadero sentido de su existencia. Pero ninguno de ellos llegó a cumplir aquel sueño, al menos, ninguno de sus amigos más cercanos. La vida adulta fue imponiendo sus propias reglas y los condujo, a cada uno de ellos, por distintos derroteros. De la mayoría no volvieron a saber nunca, pero con toda probabilidad, y como ellas mismas, habrían dejado en el olvido aquella ilusión juvenil.

Ni siquiera comprendía por qué de pronto volvía a su mente aquel recuerdo. Tal vez porque era algo que Laura y ella tenían pendiente, como tantos otros sueños de juventud olvidados, y ahora tomaba conciencia de que ya nunca podrían hacerlo realidad, y esa certeza le causaba una enorme tristeza. Pese a que si Laura viviera, posiblemente ninguna de las dos habría vuelto a pensar en ello.

No obstante, por aquel entonces, aquella ilusión acicateaba la impaciencia de las tres amigas por acelerar el paso del tiempo y alcanzar la mayoría de edad y la supuesta libertad que debía traer consigo. Entretanto, en aquellos días despreocupados y jubilosos de Las Ramblas, distraían la espera observando con curiosidad cómo se desarrollaba la vida a su alrededor. Llamaban especialmente su atención los pintorescos vecinos del barrio, aquellos personajes un tanto estafalarios que pululaban a diario por allí y que en la mayoría de los casos vivían en su propio mundo, inmersos en sus particulares historias vitales, atrapados en ellas, y ajenos a cuanto ocurría más allá de las viejas y familiares callejuelas. Todos tenían alguna historia fascinante que contar y se aferraban a ella con obstinación puesto que eso era lo único que los diferenciaba como personas; su pasado y sus

recuerdos, era todo cuanto tenían. Su presente consistía sólo en sobrevivir un día más, y el futuro, simplemente no existía para ellos.

Uno de aquellos personajes era Lili, una mujer encantadora y prematuramente envejecida que subsistía de las propinas que le daban los floristas a cambio de hacer pequeños recados y llevar ramos de flores a sus destinatarios.

Lili había sido en su juventud una reina del cabaret. Nació, para el mundo del espectáculo, como Lili Garbo por obra y gracia de un avisado empresario teatral que quiso dotarla de un nombre con reminiscencias hollywoodienses para darle un aire más internacional. Fue durante algún tiempo la estrella indiscutible de El Molino—por aquel entonces, el Moulin Rouge, como su homónimo parisino—, pero la noche, la vida disoluta, y algún amorío desdichado combinados con la bebida y su extremada juventud, acabaron pronto con su prometedora carrera y cayó en el olvido y en la más despiadada miseria.

A Lili le agradaba desempolvar sus viejos álbumes de fotos para las muchachas y contarles, una y otra vez, anécdotas de sus años de esplendor que ellas escuchaban con agrado. Era una mujer entrañable. Alegre y vivaracha, correteaba de puesto en puesto seguida siempre de cerca por su fiel compañero, un perrillo menudo y flaco como ella misma al que llamaba *Molinillo* porque le recordaba tiempos más felices y por el incesante movimiento de su cola, según decía.

Un buen día Lili no apareció a media mañana por La Rambla de las Flores, como tenía por costumbre, ni tampoco en los dos días sucesivos. A las jóvenes les extrañó su ausencia; no recordaban un sólo día en que no la hubieran visto rondando por allí, les constaba que aquel reducido mundo era toda su vida: allí conseguía su sustento diario y también tenía a sus amigos. Laura insistió en que se llegaran a su casa. Sabían donde vivía, Lili lo había mencionado en varias ocasiones; podía encontrarse enferma, apuntó Laura, preocupada.

Las dos amigas se acercaron a la calle Hospital y empujaron una desvencijada puerta que daba paso a un estrecho y oscuro corredor. Bajo la escalera se encontraba la vivienda que ocupaba Lili. No había ningún timbre, por lo que golpearon la puerta con los nudillos y enseguida les

respondieron los ladridos de *Molinillo*, instantes después reconocieron la voz apagada de Lili que preguntaba quién llamaba.

—¡Somos Laura y Elena! ¡Las amigas de Emilia, la florista!—gritó Elena para que Lili pudiera oírla.

—¡Ah! ¡Pasad!—dijo la mujer, con un tono de voz más animado.

La puerta se abrió gimiendo quejosamente y todavía tuvieron que forzarla un poco para que cediera y poder entrar. Lili sólo había tenido que estirar el brazo desde la cama en la que se hallaba recostada, para abrirla.

Entraron en el pequeño habitáculo y, después de cerrar tras de sí, apenas quedaba espacio para moverse. *Molinillo* las reconoció y celebró su llegada dando saltos en torno a ellas, alborozado; después, subió a la cama con sumo cuidado y se tumbó a los pies de su ama, vigilándola atentamente con sus ojillos vivarachos.

—¡Que alegría de veros!—dijo Lili sonriendo feliz.

—Lili ¿Qué te pasa?—preguntó Laura, alarmada.

—¡Oh! No es nada—la tranquilizó la mujer—. Sólo estoy un poco resfriada. Siento no tener nada que ofreceros...pero sentaos, sentaos, por favor.

Acompañó sus palabras con un ademán indicándoles que se sentaran sobre la cama -no había ninguna silla en la habitación-, lo que Laura hizo con cuidado mientras Elena se quedaba de pie.

—¿Te ha visto algún médico?—insistió Laura, poniendo su mano sobre la frente de Lili.

—¡Oh! No hace falta, no te preocupes. La vecina de arriba me trajo un medicamento de la farmacia y ya me siento mucho mejor. Hoy ni siquiera he tenido fiebre.

Mientras Lili y Laura conversaban, Elena echó una ojeada al cuarto: el mayor espacio lo ocupaba la cama, y a los pies de ésta había una cómoda con dos cajones sobre la que se acumulaban toda clase de objetos —probablemente recogidos en la calle—, y un hornillo de alcohol con un pequeño cazo de latón encima. Paralelo a la cama se encontraba un armario con un espejo en la puerta que apenas reflejaba sombras, a causa de las oscuras manchas que el paso del tiempo había ido dejando en él, y se hallaba ligeramente inclinado porque le faltaba una de las patas. No había

ninguna ventana; la escasa luz existente provenía de una triste bombilla que colgaba de un cable en el centro de la habitación. Olía a orines; el baño común se encontraba en el piso superior, y Lili no se había sentido con fuerzas de subir y bajar aquel tramo de escaleras para poder utilizarlo y tenía que arreglárselas con un orinal—les explicó avergonzada, a modo de disculpa—. Ellas le restaron importancia para que se quedase tranquila, y Elena se preguntó cómo alguien podía vivir de aquella forma sin que jamás se le hubiese escuchado una sola queja.

—¿Comes bien?—indagó Laura, tomando tiernamente una mano de Lili entre las suyas.

—Sí. La vecina de arriba me trae algo todos los días. Y también a *Molinillo*. Es una buena mujer y se porta muy bien con nosotros. ¿Verdad, chiquitín?

El perro movió el rabo al oír su nombre y Laura lo acarició.

—De todas formas vamos a ir a buscarte algo caliente—insistió Laura.

—No hace falta que os molestéis...

—Me quedaré más tranquila, Lili.

—Como quieras...—aceptó la mujer, algo azorada. No le gustaba vivir de la caridad ajena, siempre había tenido a gala ser capaz de ganarse la vida por sí misma—. Lo que sí que os agradecería es que os llevarais a *Molinillo* a dar una vuelta. La vecina lo saca todos los días al portal para que haga sus necesidades, pero me da pena el pobrecillo, está acostumbrado a pasarse todo el día en la calle.

—No te preocupes—dijo Laura—. Le daremos un buen paseo. Enseguida volvemos. ¿Necesitas algo más?

Ella negó con la cabeza y las chicas se fueron a una plazoleta cercana donde soltaron al perro que no paró de dar saltos y corretear alegremente a su alrededor, feliz de poder disfrutar de un poco de libertad y de espacio en el que moverse. Después, encargaron comida para Lili en un bar y pidieron algunas sobras para el can, tras lo que regresaron a casa de la enferma. Estuvieron con ella un rato más mientras se tomaba el consomé y la tortilla francesa que le habían traído, y *Molinillo* se deleitaba con un revoltijo inidentificable de alimentos que, sin embargo, parecía disfrutar sobremanera. Más tarde se despidieron con la promesa por parte de Lili, de

que al día siguiente sería ella la que iría a visitarlas a la parada de las Ramblas.

Pero Lili no apareció, y Laura se empeñó en volver a su casa para comprobar cómo seguía, y ya de paso, llevarle algo de comer y un ramo de margaritas, que eran sus flores preferidas. Al llegar se encontraron la puerta de la vivienda abierta y la habitación estaba vacía. Corrieron a casa de la vecina con el corazón encogido en el pecho. La mujer, con ojos llorosos, les dijo lo que más temían oír: Lili había fallecido durante la noche y ella encontró su cuerpo sin vida cuando fue por la mañana a llevarle un vaso de leche caliente. La habían trasladado al depósito.

Salieron de la casa conmocionadas. Era la primera vez en sus cortas vidas que se enfrentaban a la muerte como algo real y tangible; ya no era una entelequia, un asunto misterioso y ajeno a ellas, algo que les ocurría a los demás. Su amiga Lili había muerto y eso significaba que nunca más volverían a verla. No recorrería más los puestos de flores de Las Ramblas repartiendo su simpatía y su ingenio a raudales, ni volvería a contarles viejas historias y a mostrarles sus amarillentas fotografías.

Las dos muchachas resolvieron ir hasta el depósito con la intención de llevarle las flores a Lili y despedirse de ella. Laura no podía parar de llorar. Se disponían a coger un taxi cuando descubrieron a *Molinillo* al otro lado de la calle; el pobre animal miraba con inquietud a todas partes y daba vueltas sobre sí mismo sin saber hacia adónde dirigirse; buscaba a su ama angustiado, con el rabo recogido entre sus patas y los ojillos asustados. Laura lo llamó. El perrillo levantó las orejas y corrió a su encuentro, contento de encontrar por fin a una persona amiga. El taxista se negaba a llevar al perro en su coche, pero cedió al fin, ante la insistencia de las niñas y la desolación que reflejaban sus semblantes.

Laura tomó la decisión de llevarse a *Molinillo* a su casa, seguro que a Lili le habría gustado. Aunque la joven sabía que eso supondría un duro enfrentamiento con sus padres, ya que su madre tenía una fobia irracional y endémica hacia la mayor parte de especies animales, y era capaz de cruzar de acera por no toparse con un perro que viniera de frente. Sin embargo, pudieron más las lágrimas de la muchacha y la triste historia de Lili que los temores maternos y la oposición paterna. El perrito se quedó. Y vivió feliz

junto a su nueva familia los años que le restaron de vida. Pero Laura no se conformó con eso. Al día siguiente, arrastró a Elena por todos los puestos de floristas de Las Ramblas para comunicar la triste noticia y recolectar el dinero suficiente para comprarle a Lili un ataúd y una lápida en la que hizo grabar su nombre: “Lili Garbo”—nunca supieron cual era el verdadero—, en letras bien grandes, para que destacara en el cementerio como lo que había sido: una rutilante estrella del cabaret.

Así era Laura, suspiró Elena con tristeza, mientras, tras aparcar cerca del tanatorio, se encaminaba hacia allí con paso lento.

Entró en el edificio y subió a la primera planta. Había mucha gente; varios grupos de personas se congregaban frente a las distintas salas de velatorio, y sin embargo, apenas si se oían unos leves murmullos, como si los allí presentes temieran molestar a los difuntos. Enseguida distinguió a Marta que, en cuanto la vio, se encaminó hacia ella con gesto abatido, a Elena le pareció que a aquella pobre niña le suponía un enorme esfuerzo salvar los pocos metros que las separaban y fue a su encuentro. La muchacha era una sombra de sí misma; tenía los ojos hundidos, secos, agotadas ya todas las lágrimas. Esbozó una triste sonrisa y se fundió en un largo abrazo con Elena. Ninguna de las dos dijo nada, ¿Qué podían decir? El mundo se les había vuelto del revés y no existían palabras para expresar la dolorosa perplejidad en que las había sumido aquel acontecimiento desolador, inesperado. Elena besó a Marta y la acarició con ternura, después, enlazadas por la cintura, se acercaron al grupo de amigos y familiares que intercambiaban saludos, comentarios con voz queda, frases de consuelo, de pesar.

La madre de Laura salió a su encuentro tratando de contener un llanto que se desbordó en cuando abrazó a la más íntima amiga de su hija.

—No sabes cuanto lo siento...— musitó Elena, con la voz entrecortada por la emoción.

—Lo sé, querida, lo sé—se apartó un poco de ella para mirarla con consternación, con los ojos inundados de lágrimas—. No hay derecho...yo tenía que haberme ido antes que ella, es ley de vida. Los hijos no deben morir nunca antes que sus padres. Es horrible, Elena, horrible...

Elena asentía sin saber que responder. Acariciaba el brazo de la madre tratando de confortarla al tiempo que oprimía a la hija contra su costado y la sentía blanda, abandonada a su abrazo, muda, presa de estupor, con aquella expresión de ausencia, de cansado aturdimiento en el rostro.

—¿Y tu marido?—preguntó Elena al no ver al padre de Laura.

—Le he tenido que dejar en casa. Todavía no sabe nada de lo ocurrido. No sé como decírselo, Elena. En el estado en que se encuentra esto lo matará a él también. No podrá soportarlo...—sollozó la mujer, desconsolada.

—No, mujer, ya verás como todo irá bien...—dijo tratando de darle ánimos, avergonzada de la vacuidad de sus propias palabras. Le constaba que aquel hombre adoraba a su hija, a su única y preciosa hija, y que en el mundo de sombras en el que habitaba ella era la luz que de tanto en tanto conseguía devolverlo a la realidad y hasta le hacía sonreír. ¿Qué podría decirle aquella pobre mujer cuando preguntase por su Laurita? ¿Cómo le explicaría que nunca más volvería a verla?

Tragó saliva en un infructuoso intento por deshacerse del nudo que atenazaba su garganta y señaló con un cabeceo la salita en la que reposaba Laura.

—Voy a entrar un momento a verla—anunció.

Las dos mujeres asintieron y ella se abrió paso entre la gente saludando con brevedad a algunos conocidos hasta llegar a la sala donde se hallaba el féretro con los restos mortales de su amiga. Cuando la vio allí, tendida e inmóvil, se llevó instintivamente una mano a la boca para contener un grito de angustia que pugnaba por escapar de su garganta. Estaba preciosa... Con aquella dulce expresión que la había acompañado siempre. Le acarició suavemente el cabello, pasó su mano por la fría mejilla, y la besó en la frente. Y fue entonces cuando el entumecimiento emocional, la incredulidad que la había mantenido entera desde que supo lo ocurrido, se deshizo de súbito para dar paso a un incontenible llanto. Hacía mucho tiempo que no lloraba, no podía recordar cuando fue la última vez, pero en aquel momento, sentada junto a Laura, las lágrimas salían a borbotones de sus ojos y anegaban sus mejillas mientras ella se cubría la boca con ambas

manos para evitar que la oyeran desde fuera, hasta que logró calmarse un poco.

—Nunca fuimos a Katmandú, Laura...—le dijo en un mudo reproche.

Era como si culpase a su amiga por haber incumplido su promesa, y con su muerte, hubiese cercenado cualquier posibilidad futura, como si la hubiese traicionado. Porque se había ido sin avisar y la había dejado tremendamente sola. Elena, por primera vez en su vida, se sentía desamparada, perdida.

Marta posó con suavidad su mano sobre el hombro de Elena.

—La van a bajar a la capilla—dijo en voz baja—Es la hora del funeral.

Elena asintió, y tras limpiarse la cara con un pañuelo y apoyarla por un instante sobre la mano de la muchacha, en un gesto de cariño, se puso en pie lentamente. Marta se inclinó para besar a su madre por última vez. Elena acarició la mano de su amiga y ambas salieron de la estancia apoyándose la una en la otra.

Fuera, se encontraron con Ruth. Llevaba sus voluminosas rastas discretamente recogidas en una cola baja y era evidente que se había esmerado en elegir un vestuario lo más discreto posible, pero aun así, su aspecto resultaba extravagante en aquel austero escenario, y muchos de los presentes la miraban con curiosidad sin que se apercibiera de ello, o, si lo hacía, no parecía preocuparle en absoluto. Abrazó a Marta y murmuró unas palabras de pésame. La abuela de la joven se aproximó a ellas y se llevó a la muchacha para que recibiera las condolencias de unos conocidos que acababan de llegar.

—Es la hostia, tía...—se lamentó Ruth consternada, con lágrimas en los ojos, cuando se quedó a solas con Elena—. No me lo puedo creer... ¡Qué putada!

—Y que lo digas—corroboró Elena, dándole unas palmaditas en el hombro, y repitió con rabia—: ¡Qué putada...!

Marta reclamó la presencia de Elena tendiéndole la mano y ésta se unió a ella y a su abuela para bajar juntas a la capilla. Rehusó la invitación de sentarse en uno de los primeros bancos reservados a la familia, prefirió quedarse en pie en un lateral. Poco después, Gloria se acercó a ella con aire compungido y se saludaron con un gesto. Hacía calor y la pequeña capilla

del tanatorio estaba atestada de gente. Elena miró a su alrededor, había muchas personas a las que no conocía; suponía que serían amigos de la familia, vecinos, simples conocidos, personas relacionadas con el trabajo de Laura...era natural que todos quisieran despedirse de ella: todo el que hubiera tenido la oportunidad de conocerla tenía que quererla por fuerza. Distinguió a Javier al fondo, del brazo de su esposa, que la saludó con un cabeceo; se le veía muy afectado, tan incrédulo como ella misma.

Elena trataba de atender respetuosamente a las palabras del sacerdote, pero le sonaban huecas, vacías de contenido, rutinarias. Aquel individuo ni siquiera había conocido a Laura, se limitaba a hacer su trabajo, pensó Elena, que era un tanto reacia a toda la parafernalia religiosa, pero dirigió su mirada a Marta y a la madre de Laura, y viéndolas comprendió que, probablemente, todo aquel ceremonial les proporcionaba un cierto consuelo. Era una suerte, se dijo, tener alguien a quien encomendarse cuando la realidad era demasiado cruda para poder aceptarla.

Finalizado el ritual religioso, todos fueron saliendo en silencio de la capilla y despidiéndose de la familia tras reiterarles sus condolencias.

—Parece mentira...—dijo Gloria mientras aguardaba para hacer lo propio junto a Elena, que se mantenía un poco apartada—. Hace unos días nos estábamos riendo juntas en el gimnasio... ¿Quién hubiera podido imaginar que ocurriría algo así?

Elena asintió en silencio.

—¿Sabes? —Dijo con tristeza—. Estaba a punto de dejar a Ernesto. Ojalá lo hubiera hecho antes de irse con él a Sitges y sufrir ese horrible accidente...

—Sí—afirmó Gloria. Y prosiguió—: ojalá pudiéramos saber lo que nos depara el destino.

Elena asintió pensativa. Después miró a Gloria:

—Y tú ¿Cómo estás?

—Bien...—respondió encogiéndose de hombros.

—¿Cómo van las cosas en casa?

Gloria en los últimos tiempos había estado coqueteando con la idea de separarse de su marido, aunque para sus amigas, a todas luces se trataba

más de un intento de llamar la atención de Diego que de una decisión meditada y firme, tomada con seriedad.

—Mejor—declaró aliviada por poder cambiar de tema—, Diego últimamente está más atento conmigo, pero si quieres que te diga la verdad, ya me da igual. He conocido a una persona...

Elena la miró interrogante y esbozó una leve sonrisa, y Gloria sonrió a su vez con picardía. Miró a su alrededor y, comprendiendo que no era el momento ni el lugar, refrenó su deseo de contarle a Elena su última aventura.

—Ya te contaré—prometió. Y añadió con un suspiro—: Hay que disfrutar de la vida mientras se pueda, Elena. Ya ves, en el momento menos pensado...

Teresa, del brazo de Oscar y seguida por su hija Beatriz y el novio de ésta se acercó a ellas con expresión afligida.

—¡Qué desgracia más grande! ¡Pobrecilla!—Se lamentó, saludándolas a ambas con sendos besos—. Dios no debería llevarse así a las personas buenas...

Tras intercambiarse saludos y cruzar algunas palabras, Teresa y los suyos se dispusieron a despedirse de la familia de Laura. Gloria les siguió. Y cuando ya se hubieron ido todos, Elena se acercó de nuevo a Marta, que lloraba desconsolada en brazos de su padre y la besó con ternura. Dedicó también unas palabras a Javier y abrazó a la madre de Laura. Después, salió apresuradamente del tanatorio.

Fuera, el mundo parecía distinto, sin Laura. La vida seguía para ella, para Elena, pero sería una vida extraña en la que ya no estaría su amiga, su hermana, toda su familia. Una vida que de repente se le antojaba carente de sentido, vacía, absurda. Sentía rabia, impotencia, una inmensa tristeza por todo lo que a Laura se le había quedado por hacer, por vivir. Aquello era una gran estafa, una tremenda traición, una burla del destino. Tantas cosas que se les quedaron por decir, por compartir... No podía estar más de acuerdo con Gloria, tan acertada en su frivolidad: la mejor forma de vivir era sin pensarlo demasiado, intentando disfrutar de cada momento como si fuese el último porque cualquier momento podía serlo.

Carpe Diem..., se dijo Elena. Cuán triste y premonitoria le sonaba ahora aquella máxima.

OceanofPDF.com